UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 00993542 0

456
100
I
14

JACINTO BENAVENTE

TEATRO

TOMO SÉPTIMO

Alma triunfante.—El automóvil.

La noche del sábado.

MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, 29
1904

108329
13 | 3 | 11

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

ALMA TRIUNFANTE

DRAMA EN TRES ACTOS DIVIDIDO EN CUATRO CUADROS

Estrenado en el Teatro de la Comedia, de Madrid,
el 2 de Diciembre de 1902.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ISABEL.	Sra. Pino.
EMILIA.	Srta. Bremón.
DOÑA VICENTA.	Sra. Caro.
PETRA.	» Domínguez.
ANDRÉS.	Sr. Morano.
EL PADRE VÍCTOR. . . .	» Tallaví.
DON ANTONIO.	» Vallés.
EL DOCTOR HERNÁNDEZ.	» Gonzálvez.

ALMA TRIUNFANTE

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Sala de visitas en la planta baja de un sanatorio. Al foro dos ventanas altas con reja, al través de las que se divisan las copas de los árboles de un jardín sombrío. Muebles severos.

ESCENA PRIMERA

ANDRÉS y el DOCTOR HERNÁNDEZ. Al levantarse el telón, Andrés, cerca de una ventana, escucha una voz de mujer que canta acompañada al piano. A poco entra el Doctor.

DOCTOR

¿Cómo va?

ANDRÉS

¡Doctor! Dije que no le avisaran á usted. Yo hubiera esperado solo. Tal vez estuviera usted ocupado.

DOCTOR

No; he terminado la visita. No hay novedad. Es un día tranquilo.

ANDRÉS

Sí... oigo reir, cantar. Nadie diría que estamos... en donde estamos.

DOCTOR

Pues esto es lo normal, lo corriente. En cualquier casa de familia bien avenida habrá al cabo del año más disgustos y vocerío que entre mis pobres enfermos.

ANDRÉS

Para ustedes que están acostumbrados; no serán tan pacíficos cuando están aquí: y bien lo sabe usted, ¿qué voy á decirle? De otro modo no aconsejaría usted como inevitable la terrible separación de seres queridos. Solo los que hemos pasado por ello sabemos lo que es eso. ¡Es horrible, Doctor, es horrible! La muerte es más piadosa que la locura al separarnos para siempre de un ser querido. Hora por hora contemplar cómo sin remedio posible se anega la razón, la luz del espíritu, en un cuerpo lleno de vida, de juventud, de fuerza... y es más horrible todavía, que no hay cariño ni compasión que se sobrepongan, en quien advierte desesperado la espantosa ruina espiritual, á un sentimiento instintivo de repulsión por la triste criatura que á pesar suyo no es la misma para nosotros, y á nuestro cariño responde con odio, con desconfianza á nuestros cuidados, con desvaríos á nuestras razones. ¡Es horrible, Doctor, es horrible!... Si no había de sanar nunca, á pesar mío hubiera llegado á desear la muerte de mi Isabel... y la quiero con toda mi alma, y soy cristiano de corazón... ¡Dios lo sabe, que me ha impuesto pena tan dura!

DOCTOR

Sí, es muy triste; la ley debía aceptar la nulidad del matrimonio en estos casos.

ANDRÉS

¿Nulidad dice usted? Eso no. La muerte solo destruye el Sacramento; las leyes humanas nada pueden.

DOCTOR

Corriente; no quiero molestar á usted en sus creencias respetables. La ley humana no lo destruye, pero la ley natural acude al reparo, como sucede siempre que leyes humanas ó divinas pretenden contrariarla.

ANDRÉS

Comprendo porqué habla usted así, pero no acepto esa natural disculpa; soy pecador.

DOCTOR

No se atormente usted; nadie podía esperar, yo nunca lo creí, que su esposa llegara á curarse.

ANDRÉS

Yo debía esperarlo, yo lo deseaba con toda mi alma. Usted lo ha visto, cuando usted mismo dudaba todavía.

DOCTOR

Aún dudo...

ANDRÉS

¿Cree usted?...

DOCTOR

Que la curación aparente es indudable; que yo mismo, aun dudando, que usted menos aún, no podemos oponernos á que su esposa de usted vuelva á su casa, con ustedes. Otra cosa podía parecer, en mi deseo de lucro, en usted...

ANDRÉS

¿Pero usted no cree en la curación?

DOCTOR

No creo, no. Contra la opinión del médico de la familia, de lo que yo mismo observo, de lo que todos vemos, sigo creyendo que cuando la locura hace presa, es para siempre. No creo en eso que llama el vulgo pérdida de la razón, esa razón que se va y vuelve para efectos de dramas y novelas. Si se tratase de una epilepsia larvada, creería que el período de calma se prolongaba en esta ocasión; pero han sido cinco años de constante perturbación, sin tregua de lucidez.

ANDRÉS

Usted mismo dijo siempre que le extrañaba el carácter agudo constante en la perturbación. ¿No podía ser eso un síntoma favorable? Usted sabe que la causa fué una emoción violenta, terrible; no había lesión anterior ni antecedente en la familia.

DOCTOR

Lesión estudiada, antecedentes precisos. Ríase usted de las emociones violentas si no existe predisposición. Si por emociones violentas fuese, usted mismo, la misma madre de su esposa de usted, hubiera podido tras-

tornarse cuando su hija de usted murió de tan horrible manera.

ANDRÉS

Es verdad. Pero Isabel, al ser madre, había sufrido una operación que la imposibilitaba para volver á serlo, y aquella muerte horrible de nuestra única hija, por un accidente, por un descuido del que todos, y su madre más que todos, nos creimos responsables... ¡Ah! Era para que sucediera lo que sucedió; por la vida de todos pasaron entonces la locura y la muerte... ¡Pobres de nosotros! ¿Y teme usted todavía?...

DOCTOR

En toda perturbación de cualquier orden, aparte la predisposición del sujeto, influye también grandemente el medio en que la perturbación se produjo. El cambio de medio puede determinar un cambio beneficioso en el sujeto, que no debe, sin embargo, tenerse por curación en el enfermo ni por corrección en el delincuente, sino simplemente por... adaptación al nuevo medio. Usted lo dijo; al llegar aquí, al observar tan dulce quietud, cualquiera podía creer que mis enfermos no son enfermos, sino secuestrados por sus familias en complicidad conmigo. Y ya ve usted, bajo mi responsabilidad, ninguno podrá volver sin peligro entre los suyos. En estos cinco años solo he podido creer en la mejoría de su esposa de usted; mejoría tan indudable que, lo repito, no es posible oponerse á que vuelva con ustedes.

ANDRÉS

Usted oyó á los padres de Isabel en la última entrevista. Aunque dudara yo, como usted, que Isabel ha re-

cobrado la razón para siempre, debo creerlo, usted lo comprende.

DOCTOR

Sí, lo comprendo. Y como las cuestiones de familia son muy delicadas, compartiré con usted la responsabilidad de lo que suceda. Su señora está prevenida, para disminuir la emoción natural, y hoy mismo, como convinimos, puede volver con ustedes.

ANDRÉS

Mis suegros no tardarán; vendrán en coche desde su finca. Yo he llegado de Madrid ahora mismo y no los he visto; ya quedamos citados aquí.

DOCTOR

Ya saben ustedes lo que les tengo advertidos. Como si estos cinco años hubieran pasado en un sueño; nada de recuerdos, nada de preguntas. Distracción, vida agitada, de pequeñas preocupaciones sin importancia. Y no eviten ustedes que vea niños como antes, al contrario, siempre con precauciones por si volvieran las primeras ideas.

ANDRÉS

¿De modo que usted cree que nos convendrá más vivir en una gran capital que en el campo ó en un pueblo tranquilo?

DOCTOR

Desde luego. A nuevos tiempos nueva higiene. Los modernos hemos aplicado toda nuestra actividad á cambiar por completo el medio en que vivimos, y no nos hemos cuidado de adaptar nuestros nervios á la nueva vida; hay que propagar la gimnasia de nervios. Créalo

usted, la tranquilidad, la vida del campo para remediar la neurastenia, es como la vida cenobítica para evitar el pecado, una deserción y una cobardía. Hay que aguerrirse frente al enemigo. Si yo tuviera tiempo escribiría un libro con este título: «La vida en las grandes ciudades como ejercicio higiénico».

ANDRÉS

Y no diré yo que sea una paradoja. Al ocurrirme la horrible desgracia, ¡ojalá no hubiera yo buscado un refugio en la soledad á mi tristeza! ¡ojalá hubiera vivido siempre en Madrid como en estos dos últimos años!

DOCTOR

Sí, la soledad y la tristeza son muy traicioneras... Si hubiera usted consultado conmigo... Ha parado un coche en el jardín. Sus suegros de usted, seguramente.

ANDRÉS

Sí, es la hora. *(Suena una campana.)*

DOCTOR

Ya he dado orden de que pasen aquí. Les acompañará el Padre Víctor, por de contado.

ANDRÉS

Es un santo.

DOCTOR

Sí, es muy simpático, muy tolerante y hombre de gran cultura. Ha tenido usted suerte.

ANDRÉS

¿Porqué?

DOCTOR

Porque dadas las ideas de usted y de su familia, y la influencia que con ustedes tendrá siempre un director espiritual, no han podido ustedes elegir mejor.

ANDRÉS

Es muy bueno, es un santo, él nos salvará.

ESCENA II

Dichos, doña VICENTA, PETRA, don ANTONIO y el PADRE VÍCTOR.

DOCTOR

¡Señores!

ANTONIO

¡Querido doctor!

DOCTOR

(Al Padre Victor.) ¡Amigo mío!

P. VÍCTOR

Servidor de usted.

VICENTA

(A Petra.) Deja eso ahí donde no estorbe y espera.

ANDRÉS

He llegado de Madrid hace poco y creí encontrarles á ustedes aquí; por eso no he pasado antes por su casa.

VICENTA

Es igual. Y diga usted, doctor, ¿mi hija?...

DOCTOR

Sin novedad y mejorando por horas en su aspecto físico. Parece rejuvenecida; es una verdadera resurrección.

VICENTA

¿Lo ven ustedes? Dudaban ustedes de la misericordia de Dios.

ANDRÉS

Yo nunca, señora.

DOCTOR

Yo, por mi parte, soy modesto; no atribuyo á mi ciencia al mérito de esta admirable curación.

P. VÍCTOR

¿Porqué no, doctor? Al César lo que es del César.

DOCTOR

Gracias.

ANTONIO

De modo que no habrá inconveniente en que hoy mismo...

ANDRÉS

Hoy mismo, ahora mismo; el doctor me lo ha dicho.

VICENTA

¿Es verdad? Hoy con nosotros. ¡No me atrevía á esperarlo todavía!... ¡Hija de mi alma! ¡Hija de mi vida! *(Llorando.)*

ANTONIO

¡Por Dios, mujer!

PETRA

¡Vaya, señora! Déjese ahora de llantos. Bastante tiene llorado; hoy alegría, alegría.

DOCTOR

Déjenla ustedes; es natural.

VICENTA

¡Mi pobre santa! ¡Lo que ella ha padecido en estos años!...

PETRA

Ella no, señora... ¿Qué sabía ella? ¡pobre!

VICENTA

Y aún no ha terminado. No sabe una lo que pide cuando pide algo á Dios. ¡Quién sabe lo que tendrá que padecer todavía!...

ANTONIO

Calla, Vicenta, no es ocasión...

P. VÍCTOR

Eso no, doña Vicenta. Si en un pobre cerebro enfermo ha querido Dios que la razón luzca de nuevo, con mayor fuerza triunfará de malas pasiones en los espíritus sanos y en las conciencias honradas. ¿No es verdad, Andrés?

ANDRÉS

¡Señora, no tema usted por su hija, por mi esposa del alma!

VICENTA

¡Hija mía! Ya lo ves. Os separó Dios, él vuelve á reuniros. ¡Bendito sea!

ANDRÉS

Con toda mi alma le rogué siempre.

VICENTA

Y yo lo creo. ¡Erais tan felices, mi hija te quería tanto! ¡Andrés, Andrés, por la memoria de tu madre, que mi hija pueda volver á ser feliz á tu lado, que pueda olvidar estos años horribles! ¡Parece mentira, de todo se acuerda! Me da miedo cuando la oigo hablar de sus delirios, de lo que pensaba, de lo que veía, porque lo veía en efecto... Yo creí que no se acordaría de nada. ¿Es buena ó mala señal esto, doctor?

ANTONIO

Déjate de preguntas. Bastante has mareado al doctor. Y ten muy presente lo que te ha dicho: con ella nada de recuerdos, ni de averiguaciones impertinentes... Y á ti, Petra, lo mismo te digo: que las mujeres, por el afán de curiosear y de saber...

PETRA

¡Por Dios, señor! No tiene que decirme nada.

ANTONIO

Y nada de llantos ahora ni de soponcios.

VICENTA

Descuida, he dado pruebas de fortaleza.

PETRA

¡Ya lo creo, señora! cuando veníamos aquí las dos solas, y la señorita no nos conocía ni quería mirar para nosotras. Muchos días solo de lejos podíamos verla, gritando siempre por su niña, busca de aquí, busca de allá... creía que todos se la habían quitado... ¡Válgame Dios! ¡Lo que la señora y yo tenemos llorado por ese camino adelante!

ANTONIO

Bueno, bien, no charles más. Acabaron los recuerdos. Todo pasó. ¿Han hablado ustedes del punto de residencia más conveniente?

ANDRÉS

Sí, ya hemos hablado.

VICENTA

Lejos de aquí, sobre todo. Ya le he dicho á mi marido que venda de cualquier modo la casita. La compramos solo por estar cerca de aquí.

ANTONIO

Tiempo hay, mujer. No debemos precipitarnos. ¿Quién sabe?...

VICENTA

¿Si tendremos que volver aquí? No lo pienses; me hace daño... ¡No lo querrá Dios!

P. VÍCTOR

No lo querrá; pero don Antonio piensa muy razonablemente.

VICENTA

¡No, Virgen Santa! Que solo por agradecimiento, para saludar á nuestro querido doctor, volvamos á pisar este camino.

DOCTOR

Así será. Su hija de ustedes ya sabe que hoy es el día fijado para su salida. Mi mujer y mi hija la prepararon para que no se emocionara demasiado, y les aguarda á ustedes tranquila. Ahora yo quisiera, y confío en la prudencia de ustedes, que no sean ustedes los que se emocionen.

ANTONIO

Por mí ya sabe usted, desde muy niño estoy acostumbrado á reprimir mis sentimientos.

VICENTA

Vamos cuanto antes; que podamos llegar á casa antes de que anochezca.

ANDRÉS

Sí, sí; cuanto antes.

DOCTOR

Vengan ustedes. Todos no; la señora y la muchacha primero; la ayudarán ustedes á vestirse, á arreglarse... Don Antonio y yo esperamos en el jardín, y allí nos encontramos, y usted nos espera aquí con el Padre Víctor, porque al fin la presencia de usted es la que más ha de emocionarla; de este modo insensiblemente vuelve á todos y evitamos una presentación brusca.

ANTONIO

Muy bien pensado.

VICENTA

Vamos, Petra. Y mucha prudencia.

PETRA

No tiene usted que decirme nada, señora.

P. VÍCTOR

Aquí esperamos. ¡Vayan con Dios!

ANTONIO

(Bajo al Padre Víctor.) ¿Cree usted que es ahora el momento de hablarle claro?

P. VÍCTOR

Veremos, veremos. Yo creo que ha de ser él quien hable primero.

DOCTOR

Pasen ustedes.

ESCENA III

ANDRÉS y el PADRE VÍCTOR

ANDRÉS

Espera usted que sea yo quien hable...

P. VÍCTOR

No, hijo mío. Espero que nada tenga que decirte. Si habló tu conciencia, si escuchaste su voz, esa es la verdad; no busques en mis palabras razones para confirmarla, y menos en tu pensamiento sofismas para obscurecerla.

ANDRÉS

La verdad es... mi culpa... la triste expiación, que debe ser mía solo, como el pecado...

P. VÍCTOR

Es de quien debe ser, de los pecadores.

ANDRÉS

¡No, yo solo! ¡Ella no! ¡Triste criatura, ni sospechaba mi cariño cuando comprendí que la quería con toda mi alma! Entonces yo pude huir, pude vencerme, seguro de que el dolor sería para mí solo... ¡Corazón egoísta! ¡Seguramente si hubiera sido lo contrario, no hubiera vacilado en alejarme para siempre, orgulloso de mi victoria!... ¡Qué facil sacrificar á los que nos quieren, qué difícil sacrificar lo que se quiere!

P. VÍCTOR

Verdad es; y si así lo entiendes, advierte hacia qué lado va tu deseo; seguro es que al lado opuesto está tu deber. Para apartarnos de su recta senda finge la flaca voluntad conflictos y dudas, el mismo vicio se disfraza de virtud para llamarnos de su parte. Desconfía de esas virtudes débiles, mundanas, que llamáis compasión, tolerancia... El deber es uno, y para él no hay conflictos ni vacilaciones. Cuando creemos luchar entre dos deberes opuestos, es que nuestra torpe voluntad levanta polvareda de batalla que envuelve y obscurece la conciencia; pero no lo dudes, donde está el mayor sacrificio, la renuncia mayor de nuestra voluntad, que es la más alta voluntad, allí está la virtud, allí está el deber.

ANDRÉS

¡Mi deber!... ¡Sí!... ¡Mi esposa, mi Isabel antes que todo! Lo sé. ¿Pero no debo reparar mi culpa? ¿No debo aceptar sus consecuencias como expiación? Como mi pobre Isabel, hay otro ser inocente que tiene derecho á mi protección, á mi cariño: ¡es hija de mi culpa, pero es mi única hija, la hija de mi vida, la hija de mi alma! Pensando en ella, mi corazón y mi conciencia me dicen lo mismo: es inocente, es tu hija, no puedes abandonarla, es tu deber, y, si no fuera mi deber, si ese cariño fuera un pecado todavía, es un pecado que Dios debe perdonar, porque un cariño tan grande solo puede enviarlo Dios como una absolución.

P. VÍCTOR

O como castigo, si con loca ceguedad, obstinándote en el pecado, desafías orgulloso la justicia de Dios, que castiga donde más se ama.

ANDRÉS

¡No, Dios mío, no! ¡Mi hija no! ¡Que viva, que sea dichosa! ¡Por su vida, por su alegría todo! aunque nunca volviera á verla, si ese es el sacrificio que Dios quiere de mí, el mayor de todos.

P. VÍCTOR

¿Lo ves? Ni quererla sabes. Pides su vida, su alegría, felicidades de este mundo, ¿no es eso? No aciertas á decir como el cristiano: «¡Señor, hágase tu santa voluntad!»

ANDRÉS

¡Sí, padre; sí, Dios mío! ¡Hágase tu santa voluntad!

Pero no me castigues en mi hija... No la veré más... desde lejos velaré por ella; si es preciso, ni aun eso; su madre solo vivirá para ella... Ni sabrá que la quiero, no habré existido para ella, ni un recuerdo, indiferencia... odio acaso si llega á saber... Lo que Dios quiera, pero para mí solo; si no la veo más, para mí ha muerto, ya estoy castigado, pero ella que viva y que rece por mí, porque su madre me perdona, y aunque no me perdone, no puede enseñar á su hija á maldecirme.

P. VÍCTOR

Me desconsuela escucharte. Acobardado ante la idea del castigo para ti más terrible, la muerte de tu hija, pretendes algo así como sobornar á la justicia divina, anticipando tu sacrificio con una vehemencia de pasión que está muy lejos de la serena fortaleza del hombre fuerte. No, pobre criatura, no es así como debes resignarte. Debes amparo y amor á tu hija, la debes cariño de padre, cumplir el deber, consecuencia de una falta, es su más justa expiación, pero siempre que el cumplimiento de ese deber no sea pretexto en tu conciencia para acercarte todavía á la que nunca debió ser madre de tu hija, á la que no puede seguir siendo para ti lo que ha sido hasta ahora.

ANDRÉS

Usted sabe que de ese cariño solo subsiste en nuestro corazón el afecto purísimo y santo por nuestra hija.

P. VÍCTOR

Santo y puro os pareció el afecto que, sin daros cuenta, os acercaba: la tristeza en tu corazón, la piedad en el suyo; dulces y nobles sentimientos, que no podían

pareceros culpables, os unieron torpemente para caer al fin en horrible pecado. El demonio se acuerda de que fué ángel, y, con voz de ángel, finge todavía para inducirnos al pecado. El orgullo humano cree poseer todas las virtudes, y ninguna es segura sin la primera de todas: la humildad.

ANDRÉS

Humilde y resignado aceptaré la regla de conducta que usted me indique, sin una protesta de mi corazón, cueste lo que cueste. ¿Qué debo hacer?

P. VÍCTOR

¿Pero es que nunca pensaste que podía llegar este caso? ¿Qué deseo criminal era el tuyo? La paz en el crimen, que tu esposa solo saliera de aquí muerta, y ese día...

ANDRÉS

¡No, por Dios lo juro!, y no juro en vano; nunca deseé la muerte de Isabel.

P. VÍCTOR

Pero tampoco esperabas su curación. ¿No es eso?

ANDRÉS

Con toda mi alma se la pedí á Dios.

P. VÍCTOR

Pero la ciencia aseguraba que no era posible; aún juzga que la mejoría puede ser engañosa... Piensa en tu responsabilidad si esa infeliz sabe ó sospecha...

ANDRÉS

Sí, ese es mi tormento mayor, el engaño. ¡Si yo pudiera confesárselo todo, si ella pudiera ser el juez de mi culpa!...

P. VÍCTOR

Su corazón es tan bueno que sabría perdonarte; pero su triste razón enferma, acaso no podría resistir el golpe. Nunca debe saber la verdad de lo pasado, pero ese silencio debe ser tu última mentira.

ANDRÉS

Usted sabe que no puede serlo. En ese silencio hablará siempre algo que llena mi pensamiento y mi corazón, algo que, si llegara un día de prueba, se sobrepondría á todo...

P. VÍCTOR

¿Al cariño de tu esposa?

ANDRÉS

A todo.

P. VICTOR

¿A la salvación de tu alma?

ANDRÉS

El cariño de mi hija no puede ser causa de la perdición de mi alma.

P. VÍCTOR

¿El de tu hija nada más?

ANDRÉS

Nada más, Padre, otra vez se lo juro.

P. VÍCTOR

Calla, vienen... Ante todo, piedad para esa mártir.

ESCENA IV

Dichos, ISABEL, doña VICENTA, PETRA, don ANTONIO y el DOCTOR HERNÁNDEZ

ANDRÉS

¡Isabel! (*Se abrazan llorando.*)

PETRA

¡Bendito Dios! ¡Bendito Dios!

ANTONIO

¡Vamos! Prudencia...

DOCTOR

Deje usted... Es natural.

ISABEL

(*Acariciando á su esposo.*) ¡Pobre mío! ¡Pobre mío! Para vosotros ha sido la pena; yo he soñado. ¡Un sueño largo y triste! Dios se ha compadecido de nosotros. Eramos demasiado felices.

VICENTA

¡Vaya! Hija mía, no pienses en nada.

ANDRÉS

Vamos de aquí.

ANTONIO

Petra, lleva todo eso al coche.

PETRA

Corriendo, señor... ¡Bendito Dios! ¡Bendito Dios!

ISABEL

Recoge estas flores. Son de las pobres enfermas, las cogieron para mí en el jardín. Todas lloraban al despedirme. Al salir las dejaremos en la capilla, en el altar de la Virgen. ¡Que por su mediación quiera Dios conceder la salud á todos!... ¿Oís? Cantan como niñas... como niñas... ¡Andrés de mi alma!

ANDRÉS

¡Isabel!

ANTONIO

¡Doctor!

DOCTOR

No se alarmen ustedes. Déjenla llorar.

P. VÍCTOR

¡Hija mía! Es preciso ser fuerte.

ISABEL

Lo soy, ¿no es verdad, doctor? ¿No he sido buena, no le obedecí en todo?

DOCTOR

Cierto. Siempre me fué obediente.

ISABEL

(Al Padre Víctor.) Y á usted y á todos. No hay cuidado, ya estoy buena y para siempre. ¿Verdad, doctor? Para siempre.

ANDRÉS

¿Quién lo duda? Vamos, despídete del doctor.

DOCTOR

Acompaño á usted hasta el coche.

ISABEL

De su brazo, ¡doctor! También del tuyo; así, como una enfermita convaleciente que vuelve á la vida... necesito apoyo y cariño, mucho cariño... *(Van saliendo.)*

VICENTA

(Al Padre Víctor.) ¿Habló usted á Andrés?

P. VÍCTOR

Sí. No teman ustedes. Sabe cuál es su deber, sabrá cumplirle.

VICENTA

¿Pero esa hija?... ¿Qué será de su hija?

P. VÍCTOR

Usted, como madre y como cristiana, ¿cree usted que puede abandonarla?

VICENTA

Eso no. ¿Qué culpa tiene esa criatura?

P. VÍCTOR

Entonces deber de todos es ayudarle á cumplir con su deber.

CUADRO SEGUNDO

Gabinete modesto.

ESCENA ÚNICA

EMILIA y ANDRÉS

ANDRÉS

(Después de escribir.) No tienes que pensar en nada... Te presentas todos los meses en casa de don Joaquín y él se encargará de todo. Si alguna vez necesitas algo más...

EMILIA

Es demasiado.

ANDRÉS

Es cuanto puedo hacer.

EMILIA

¿Porqué dices eso? ¿Crees que yo puedo dudar de ti? Ni tú de mí; aunque ves cómo acepto con tanta conformidad todo lo que tú dispones. No es por mí, bien lo sabes; yo sola nada aceptaría. ¿Pero qué puedo hacer? Los únicos parientes que me quedan seguirán negándome su protección como siempre; pero ahora justificarían su abandono con mi conducta. De mi trabajo, ¿qué puedo esperar? Me sería difícil volver á encontrar lecciones; las gentes se enteran de todo; por ti mismo debo evitar que nadie sepa de mí; desde ahora viviré

más retirada; sola con mi hija y solo para ella, y espero que algún día podré responder fielmente de cuanto me confías generoso, que no tendrás que pedirme cuentas ni de estos intereses ni del porvenir de tu hija, ¡nuestra hija! Puedes estar tranquilo aunque estés lejos... Sin ti, no me queda más que ella en el mundo... Figúrate cuál será mi vida, ella solo y siempre .. Yo te aseguro que cuando las penas y los dolores de este mundo lleguen á punzar siquiera su corazón habrán destrozado antes el mío...

ANDRÉS

Por ella no es mi pena, le basta con tu cariño. De mí ni se acordará mañana.

EMILIA

Se acordará siempre.

ANDRÉS

Sí, un nombre, una idea... á su edad. Si yo supiera que para ella el no verme mañana como todos los días era tan horrible pena como lo será para mí... pero no, cualquier juguete bastará á borrarme de su memoria... Tenía yo cinco años cuando murió mi madre, y dicen que yo no sabía estar más que en sus brazos; mi madre había de vestirme, mi madre había de lavarme, darme de comer... «Este hijo me tiene hecha una esclava», dicen que repetía á cada paso, besándome al decirlo, de seguro... Y murió, y todos temían que yo lo adivinara, y todos se preguntaban: «¿Qué será de esta criatura sin su madre?» Y cuando me llevaron á verla muerta... á la madre de mi alma, á mi esclava... ahora lo recuerdo con espanto... fijándome en una corona de flores como ante un nuevo juguete... «¡Qué bonita corona!

¡Qué bonita! Para mí la corona...» Es horrible, ¿verdad? ¡Pero los niños son así! Dios lo hace; todo es vida en ellos y solo la vida los llama; no tienen tristezas para lo que muere ni para lo que se aleja... son crueles como la vida... más atenta á lo que nace que á lo que muere. Demasiado pronto pesan en el corazón los recuerdos... ¿Qué?

EMILIA

Creí que se había despertado.

ANDRÉS

Que no despierte, que no me llame...

EMILIA

Nos llama siempre juntos... «mamá», «papá»; no sabe separar nuestros nombres... Y ya, ¿quién sabe? No volverá á vernos juntos... Ni debemos esperarlo.

ANDRÉS

No; Dios nos castiga porque pensamos ser dichosos á costa del dolor ajeno.

EMILIA

No, no lo pensamos, no hables así... Yo no deseé nunca su muerte.

ANDRÉS

Pero creimos que nunca volvería.

EMILIA

Yo no sé... no lo pensaba nunca, no quería pensarlo.

ANDRÉS

Es verdad, es verdad. Es preciso afrontar nuestra conciencia. Creimos que nada nos separaría, creimos ser felices. ¡Dios nos castiga! ¡No quiera castigarnos en nuestra hija!

EMILIA

¡No, eso no! ¡Ella no! Ahora soy yo quien debiera morirse. Muerta yo, nuestra hija sería solo tuya... vuestra, la que perdísteis, lleva su nombre; estoy segura de que hallaría otra madre... ¡Seríais tan dichosos!... ¡Qué hermoso sueño! ¡Yo soy quien debe morir!... ¡Llévame, Dios mío!

ANDRÉS

¡Calla! Llora y reza, pero sin vanos deseos... Hágase la voluntad de Dios, eso has de decir... Es tarde...

EMILIA

¿Vuelves hoy mismo?

ANDRÉS

Sí, me esperan... Me escribirás, como te he dicho, lo que baste para saber de vosotros.

EMILIA

Descuida. Lo que basta para saber de tu hija... ¿De mí? ¡Si ella vive contenta!... ¿Qué más quieres saber? No inquietarán tu vida mis palabras de cariño... ¡Nuestro cariño! Dios querrá perdonarlo... ya solo queda un remordimiento... y un deber... ¡Adiós!

ANDRÉS

No; la mano... ¡Adiós!

EMILIA

¿No quieres verla? Duerme, no te llamará... ¡Quién sabe cuándo volverá á verte!

ANDRÉS

Sí, sí... verla, sí... pero ahora me falta valor; comprende que debo aparentar alegría, que no vivo para mí solo...

EMILIA

Es verdad. ¡Pobre Andrés! Y yo mañana, cuando me pregunte... ¿Cómo podré fingir alegría? ¡Calla! Se ha despertado... Sí...

ANDRÉS

¡Chist! Que no me sienta. ¡Adiós!

EMILIA

¡Espera! ¡Andrés de mi alma! ¿Oyes? «Papá», «mamá»... Siempre al despertar...

ANDRÉS

¡Hija mía! ¡No puedo, no puedo!... ¡Quiero verla! ¡Hija mía! ¡No es posible, Dios mío, no es posible!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala modesta en casa de Andrés.

ESCENA PRIMERA

Doña VICENTA y don ANTONIO

ANTONIO

¿A quién escribes?

VICENTA

Al Padre Víctor.

ANTONIO

¿Ocurre algo? ¿Crees necesaria su intervención?

VICENTA

Ocurre... ocurre... ¿Pero tú no lo ves? ¿No comprendes que nuestra hija acabará por enterarse de todo, que enfermará de nuevo, que Andrés hace todo lo posible para que así suceda? Como si lo deseara, eso es, como si lo deseara.

ANTONIO

¡Mujer! No hay motivo para pensar así. Que Andrés anda preocupado estos días, que sale y entra de conti-

nuo, que se encierra en su cuarto sin querer hablar con nadie; yo sé la causa, y es muy natural: la chiquilla ha estado muy malita, creían que se moría; ya está fuera de peligro; lo sé por el médico que la asiste. No era otra la causa de la inquietud de Andrés.

VICENTA

¡Y lo dices tan tranquilo! Como si esa causa no existiera siempre; como si en fuerza de traernos acá un día y otro las impresiones, buenas ó malas, de allá, nuestra hija no concluyera al fin por comprender que más le valiera haberse muerto ó no volver nunca á esta casa...

ANTONIO

¡Mujer! ¡Mujer!

VICENTA

¡Qué hombres! ¡Qué hombres! Esos son los buenos, los cristianos, los educados en el temor de Dios... ¡Nunca lo hubiera creído de Andrés!

ANTONIO

Yo lo hubiera creído siempre. Cinco años ni casado, ni viudo, ni soltero... La realidad es la realidad.

VICENTA

¡Calla, calla! Hablas como un hombre sin creencias.

ANTONIO

Yo no pongo en duda ningún precepto divino, lo que pongo en duda es la virtud de los humanos para cumplirlos.

VICENTA

Eso quiere decir que tú le disculpas, que te juzgas capaz de haber hecho lo mismo.

ANTONIO

Yo no, mujer. Yo soy creyente por temperamento. Si hubiera tenido la desgracia de nacer en Turquía, hubiera sido allí tan buen mahometano, como aquí buen católico. Pero es cuestión de carácter. Andrés... Andrés... no es como yo, apasionado, vehemente, alma de apóstol, pronta al combate... Esos caracteres no maduran para la santidad hasta los cuarenta ó cincuenta años... Pero le quisísteis tan perfecto... y lo será... Sin duda que cuando Dios le ha dejado un tanto de su mano, solo ha sido por advertirle y lograr al fin mayor gloria de su arrepentimiento... Pero entretanto nosotros, míseros mortales, quizás hubiéramos preferido en nuestro egoísmo á un hombre con algo más de mundo, de la cáscara amarga, como suele decirse, que hubiera sabido distraerse cautamente en aventurillas sin importancia, sin revestir de tanta gravedad una sola, que debió ser un pecadillo sin enojosas consecuencias.

VICENTA

No hables así. No es posible que sientas lo que dices. O te burlas ó quieres probarme. ¿Tú crees que yo solo mido la gravedad de la falta por la gravedad de las consecuencias?

ANTONIO

Ya se ve que no. La falta sería la misma; pero convengamos en que para nuestra tranquilidad, y la de nuestra hija sobre todo, si no existiera esa criatura, como

si nada hubiera pasado. Respetemos los designios de Dios; pero ésta, ésta seguramente no se desgracia como la otra.

VICENTA

¡Nos libre Dios de los malos pensamientos! Déjame concluir esta carta.

ESCENA II

Dichos y PETRA

PETRA

¡Señora! ¡Señora!

VICENTA

¿Qué ocurre?

PETRA

No se asuste.

ANTONIO

¿Qué pasa?

PETRA

Miraba si venía la señorita.

VICENTA

¡Mujer! ¡Por la Virgen Santa!

PETRA

No se asuste. Pero como me tienen ustedes dicho que si noto algo en la señorita no deje de avisarles...

ANTONIO

Y... vamos, acaba.

PETRA

Pues esta mañana, la señorita se hartó de llorar encerrada en su cuarto.

VICENTA

¡Ay, Dios mío! ¡Ves, lo que yo temía!

ANTONIO

¡Mujer! No es raro; es muy natural que llore... hay recuerdos...

PETRA

Y ahora me llamó con mucho secreto y me dió esta carta para el Padre Víctor; me dijo que la llevara en seguida.

VICENTA

(*Cogiendo la carta.*) ¡A ver, á ver!

ANTONIO

No vayas á abrirla; si algo contiene que revele el menor peligro para la salud de nuestra hija, el Padre Víctor no tardará en advertírnoslo. Ni una palabra, y lleva esa carta.

VICENTA

¿Y nada más te ha dicho la señorita? ¿No te ha preguntado nada más en estos días?

PETRA

¿Preguntar? Pregunta tanto, pregunta siempre. Todo lo que ha pasado en estos años quisiera saberlo día por día.

VICENTA

Pero tú...

PETRA

¡Qué van á decirme! Yo no sé nada; los cinco años pasaron como un día; todos muy tristes, el señorito más que todos: ya la dije: cuantas veces entraba en su cuarto le veía delante de dos retratos, el de la señorita y el de la niña.

VICENTA

¡Mujer! ¿Qué has dicho? ¿El de la niña?...

ANTONIO

Eres una habladora. ¿Lo ves? ¡El de la niña!

PETRA

¡Señor! Yo... no se enfaden. No dije nada malo.

VICENTA

¡Eso crees tú! Anda, anda.

ANTONIO

Corre, lleva esas cartas, ¡habladora!

PETRA

Si yo hubiera sabido... Perdonen ustedes... Yo...

VICENTA

¡Calla, calla! *(Sale Petra.)*

ESCENA III

Doña VICENTA, don ANTONIO y después ISABEL

VICENTA

¿Has oído?

ANTONIO

Tiene razón; ¡ella qué sabía!

VICENTA

¡El de la niña! Demasiado sabe Isabel que no se retrató nunca; nos quedó esa tristeza más. Y ahora, al oir... con algo que ya sospechará, con la conducta de Andrés en estos días... Lo sabrá todo, lo sabrá todo. ¡Pobre hija mía!

ANTONIO

¡Chits! Aquí viene; que no te vea llorar.

ISABEL

¿No estaba Andrés con vosotros?

VICENTA

No. Creo que no está en casa.

ISABEL

¿Con quién hablábais.

VICENTA

Con nadie.

ANTONIO

Sí, con Petra; la reñíamos por una torpeza.

ISABEL

¡Pobre! ¿Os dijo que yo la había enviado con una carta para el Padre Víctor?

VICENTA

No; no dijo nada.

ANTONIO

Sí nos lo dijo. ¡Qué tontería ocultarlo!

ISABEL

Cierto. Si ya sé que espiáis todos mis pasos. No, si no me enfado; es natural; tenéis miedo. ¿Tan poca seguridad os han dado de mi curación? No tengáis cuidado. Estoy muy bien; pero si os dedicáis á observarme de continuo, por fuerza notaréis en mí cosas extrañas. Siguiendo los pasos á las personas que más cuerdas parecen, ¡cuántas rarezas observaríamos á cada instante! ¿No veis que al sentirme vigilada por todos, el mismo esfuerzo por mostrarme demasiado razonable me hace caer á veces en extravagancias? Quisiera que todas mis palabras y mis acciones fueran la cordura misma para inspiraros tranquilidad. Si parezco alegre os alarma mi alegría; si lloro os asusta que llore; no es que me queje de vuestros cuidados, pero, ¡por Dios! dejadme vivir libremente, que acabaré por recordar con pena aquella casa, aquella triste casa, donde á lo menos podía llorar y reir á mis anchas, sin que nadie me pidiera razón de mi llanto ni de mi risa, y no creáis que muchas veces tienen aquí más razón que allí risa y llanto.

ANTONIO

También son aprensiones tuyas. Cuidamos de ti como antes, como siempre; solo ahora te parecen enfadosos nuestros cuidados. Tú eres quien no tienes confianza en nosotros. ¿Qué deseas decir al Padre Víctor que no puedas decírnoslo antes?

VICENTA

¿Qué te ocurre, hija mía? No nos ocultes nada. Nadie primero que nosotros debe saber la causa de tu tristeza. ¿Es que ya no somos lo mismo para ti?

ISABEL

No, no somos los mismos. Ni vosotros ni yo. Vuelvo de muy lejos, como una muerta que resucita... Si yo quisiera saber nadie me diría la verdad.

VICENTA

Tu madre sí; pregunta. ¿Qué quieres saber?

ANTONIO

¡Mujer!...

ISABEL

¡No; calla, calla! ¡silencio! Lo que tú digas, no; verdades de este mundo, no. Vuelvo de muy lejos como una muerta; yo quiero verdades del cielo, verdades de Dios; solo con ellas pueden volver los muertos á juzgar á los vivos.

VICENTA

¡Hija mía! ¡Por Dios! ¿Qué dices? no estás buena...

ANTONIO

¿Quieres que llamemos al doctor? No te asustes, pero estás muy nerviosa. Algo te ocurre. ¿Qué ha sido? ¡Dímelo todo, hija mía!

VICENTA

¡Hija de mi alma! Sí, que venga el doctor. Vé tú mismo.

ISABEL

Sí, el doctor; yo también tengo miedo. Pero antes el Padre Víctor; quiero hablar con él, quiero oirle... Verdades del cielo, verdades de Dios. De los muertos solo vuelve el alma.

VICENTA

¡Hija mía! ¡Corre, avisa al doctor, no tardes!...

ANTONIO

Voy, voy... y Andrés no vuelve... (*Sale don Antonio.*)

ESCENA IV

ISABEL y doña VICENTA

VICENTA

Vamos, hija mía; ahora estamos solas. Dime, ¿qué sientes? ¿qué te pasa? ¿porqué tienes miedo?

ISABEL

Tengo mucho miedo, como cuando era niña... ¿Te acuerdas? ¡Cuántas veces huyendo sin saber de qué, de

un fantasma imaginario, me escondía entre tus brazos, y tú para tranquilizarme me tapabas los ojos con las manos y decías como si hablaras con el fantasma amenazándole: «No está aquí mi niña, no está aquí mi niña, vete, vete», y tu voz bastaba á tranquilizarme, y con hipo de llanto y risa me abrazaba á tí más todavía!... Después, no eran fantasmas, realidades horribles han venido; la muerte, la locura llegaron, y aunque éramos dos madres para cerrarles el paso, la muerte se llevó a mi hija para siempre... la locura á la tuya para siempre también, para siempre. ¡Madre mía!

VICENTA

No digas eso, no; no lo pienses.

ISABEL

¡Sí, sí! No debí volver nunca con vosotros. Esta vida de ahora es mentira, la verdad no es posible. Soy la enferma á quien siempre se muestra cara alegre para que no sospeche su enfermedad. Todos mentís conmigo y yo también miento. No me atrevo á reir ni á llorar, ni me atrevo á preguntaros... y la imaginación aletea, como mariposa alocada, un recuerdo, una adivinación, un presentimiento... pero todo es locura, es mentira, para mí la verdad nunca, nunca, nunca...

VICENTA

Sí, hija mía, la sabrás aunque te cueste la razón, aunque te cueste la vida... Escúchame...

ISABEL

No, de ti no... Otra vez te digo que calles. En ti la

verdad sería acusadora, sería odiosa, y yo quiero que sea confesión de su alma. ¿Entiendes? Solo de su alma... Yo nada sé si él nada dice.

ESCENA V

Dichos y ANDRÉS

VICENTA

¡Andrés! ¡Andrés! ven aquí. ¡Isabel!

ANDRÉS

¿Qué ocurre? ¿Porqué llora usted?

ISABEL

No te asustes, no es nada. Estoy muy nerviosa, quiero que venga el Padre Víctor y el doctor también, pero no es nada, es que tengo miedo.

VICENTA

¡Por Dios, Andrés! Tú solo puedes salvarla.

ANDRÉS

¿Pero qué sientes? Ven acá, dímelo todo... ¿Qué piensas? ¿Qué quieres?

ISABEL

Mi pobre cabeza; vuelven las ideas de antes... me asusta todo.

VICENTA

¡Mi pobre hija! Otra vez lo mismo. ¡Dios no tiene piedad de nosotros!

ANDRÉS

No; no puede ser. ¿Han avisado al doctor?

VICENTA

Sí, fué Antonio... También al Padre Víctor... No tardarán. ¡Por Dios, Andrés... mi hija! Isabel, dile á Andrés todo lo que sientes... dile porqué has vuelto á pensar en nada triste, porqué te asusta todo...

ISABEL

Tengo miedo, mucho miedo.

ANDRÉS

¿Miedo á qué?

ISABEL

A odiar, á ser mala, á desear, como antes, que todas las madres pierdan á sus hijos, que nadie tenga hijos, que todos lloren... No quiero pensarlo, que todos rían, que todos sean felices.

ANDRÉS

¡Isabel! Ven acá... Hoy estaba yo alegre...

ISABEL

Para ti hay alegría.

ANDRÉS

Y también para ti.

ISABEL

No, nuestras vidas se han separado. Vuelvo de muy lejos, nada nos une; tu compasión por esta enferma, nada más que tu compasión. Ni esposa, ni madre, ni

mujer siquiera. El espectro de una muerta querida que vuelve cuando su memoria es ya solo un recuerdo piadoso, sin calor y sin vida... ¡No, no os acerquéis, ni caricias ni abrazos!... ¡Rezad por mí!...

VICENTA

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cuánto tardan! No la dejes sola... voy á ver. (*Sale doña Vicenta.*)

ANDRÉS

¡Inspírame, Dios mío! ¿Sabe la verdad ó delira?... ¿Debo callar, ó debo confesarlo todo? (*Alto.*) ¡Isabel! ¡Mírame... dime la verdad, la verdad!...

ISABEL

¿La verdad? ¿Yo? Yo no sé la verdad... Sí, una sé, la verdad de lo que yo siento. He muerto y debo volver á enterrarme, ya sabes... allí, tan cerca y tan lejos; aquellas paredes separan como una losa sepulcral de los que viven, de los que pueden ser dichosos, los que aman y son amados; madres con hijos, esposos con esposas, la vida, la vida fuerte y sana... la vida cruel, implacable para los enfermos como yo, heridos en el cuerpo ó en el alma...

ANDRÉS

¡No, Isabel! Yo te quiero siempre, yo quiero que vivas á mi lado; sin un recuerdo triste. Esto pasará: estás nerviosa, estás triste, pero nada más. Vendrá el doctor y verás cómo te dice que estás buena. Nos iremos al campo, donde tú quieras, pero juntos... ¿Es que estás triste porque estos días no estuve siempre á tu lado? ¿Es que dudas de mi cariño?... Dime lo que sien-

tes, dime lo que quieres... Tendré que reñirte como á una niña caprichosa, sí, como á una niña.

ISABEL

¿Sabes tú cómo se riñe á los niños? Yo no lo sé. Murió nuestra niña... No es ella la que salta y juega y ríe por jardines alegres, vestida de color de rosa, como una muñeca grande, con sus bucles de oro, peinados á caricias por manos maternales... No es ella, no; no es la nuestra...

ANDRÉS

¡Isabel! ¡Por Dios santo! ¿Deliras ó recuerdas?

ISABEL

No es recuerdo, es un sueño... ¿Cómo se llamaba nuestra hija?

ANDRÉS

¿No te acuerdas? Carmen... Carmita...

ISABEL

¡Ah! Sí... Así la llamabas... la misma voz... el mismo nombre...

ANDRÉS

¡Isabel! Por su memoria, por su recuerdo... por la gloria en que esperamos hallarla... ¡dime la verdad!...

ISABEL

¿La verdad? ¿Tú crees que la verdad está en las palabras? La verdad está en el fondo de las almas... Ya sabrás la verdad... ¡Déjame ir, déjame ir!... Te digo que

no estoy buena, que tengo miedo de volver á odiaros, que vuelven la ideas horribles... ¡Dejadme ir... dejadme ir!...

ESCENA VI

Dichos, doña VICENTA, después don ANTONIO, el PADRE VÍCTOR y el DOCTOR

VICENTA

Ya están aquí. ¡Gracias á Dios! El doctor Hernández y el Padre Víctor, todos juntos. ¿Cómo está Isabel? ¿Qué dice?

ANDRÉS

De nuevo su razón se extravía. ¡No hay esperanza!

VICENTA

¡Dios mío! Doctor, Padre; pasen ustedes aquí; pronto.

ANDRÉS

¡Isabel! El doctor, el Padre Víctor...

P. VÍCTOR

¡Hija mía!

ISABEL

¡Ah! ¡Padre! ¡Qué bondad! Pronto atendió mi ruego. Doctor, perdone usted; muy pronto volveré con usted para siempre.

DOCTOR

No, hija mía. ¡Qué aprensiones!

ISABEL

Sí, para siempre. Por eso antes quiero, necesito hablar con el Padre Víctor.

ANTONIO

¿Pero porqué no le dices antes al doctor?...

DOCTOR

No; es muy justo. No hay inconveniente, yo fío mucho en el Padre Víctor, es un santo de entendimiento.

P. VÍCTOR

Gracias. Perdone la ciencia si usurpo su puesto por breves momentos...

DOCTOR

No soy de los que niegan la eficacia de la medicina espiritual.

VICENTA

Vamos... Padre, en Dios y en usted confío...

ANTONIO

¿De modo que?...

ANDRÉS

Tiene usted razón, doctor, es para siempre. *(Salen todos menos Isabel y el Padre Víctor.)*

ESCENA VII

ISABEL y el PADRE VÍCTOR

ISABEL

Ahora puedo decir la verdad; me oprimía, me ahogaba.

P. VÍCTOR

Ante todo, hija mía, tu cabeza está para razonar. ¿No sería mejor que el doctor supiera antes?...

ISABEL

¡Mi razón! ¡Está firme, entera! Creen que no... ¡Es tan fácil hacer creer que se está loco!... Usted también me mira con desconfianza; claro, todos los locos dicen lo mismo, que no lo están. No lo estoy, no; al contrario, todo lo que podía enloquecerme ha muerto en mí... pasiones de odio, de celos, de dolor... todo lo humano... Solo queda el alma... ¡Mi alma triunfante!

P. VÍCTOR

¡Hija mía!

ISABEL

No, no estoy loca, digo que no estoy loca... Óigame usted; solo usted sabrá la verdad...

P. VÍCTOR

¿En confesión?

ISABEL

En confesión...

P. VÍCTOR

Ya te escucho...

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del segundo.

ESCENA PRIMERA

El PADRE VÍCTOR y el DOCTOR HERNÁNDEZ.

DOCTOR

Yo siempre lo creí, y aunque bien hubiera querido equivocarme, por desgracia mi pronóstico fué certero. Era aparente la calma, producida por un medio apropiado en que nada exaltaba su cerebro; es lo que no quieren comprender las familias en su deseo de ver lograda una curación que raras veces puede ser completa. Ya lo ven ustedes; si la ciencia es falible, los milagros no lo son menos.

P. VÍCTOR

¿De modo, que usted no duda?

DOCTOR

No hay duda posible.

P. VÍCTOR

¡Dichoso usted! Bendita ciencia si de tal modo lleva

al convencimiento. Yo veo la grandeza de un alma, el soberano esfuerzo por desprenderse de toda miseria terrenal, y dudo á pesar mío... y por culpa de usted. Para su ciencia, toda exaltación es desequilibrio, todo desequilibrio, locura, el talento superior como la cortedad de entendimiento, el crimen como la virtud extremada ó el sacrificio por una idea ó por un sentimiento. ¿Dónde fijan ustedes el nivel de la razón humana para que todavía podamos confiar en ella?

DOCTOR

¿La razón humana? Tanto vale preguntar por la razón de la vida toda. Llamamos mal á lo que se opone á nuestro bien; llamamos locura á lo que se opone á nuestra razón, pero todo es uno, todo es... la vida, madre fecunda de alegrías y dolores inexplicables.

P. VÍCTOR

Y la vida, esta sola vida, ¿valdría la pena de vivir? ¿No cree usted en algo más allá, doctor? ¿Porqué es usted tan bueno entonces? La ciencia debe satisfacerse solamente con la verdad.

DOCTOR

¿Y qué es la verdad sino es el bien? Como sentenciados á una misma pena, en una misma cárcel nos hallamos todos en la vida. ¿Porqué ni para qué? ¿Quién lo sabe? Pero solo el mutuo amor, la mutua piedad pueden ayudarnos á soportar la pena. Esta es la única verdad; quien asegure poseer otra es un imbécil ó es un malvado.

P. VÍCTOR

Doctor, ¿entre cuáles me coloca usted?

DOCTOR

Entre los buenos, entre los míos. Estamos solos. Usted como yo sabe muy bien que mi ciencia y su fe son un prestigio para llegar á las almas obscuras que ni entienden ni aman. Si por nosotros llega la luz, el amor, la alegría, hasta ellas; si realizamos el bien, ¿qué importa ese nombre? Esta es mi mano... Estamos solos...

P. VÍCTOR

Así lo viera todo el mundo.

ESCENA II

Dichos y ANDRÉS.

ANDRÉS

Padre Víctor, doctor; de los dos necesito. Díganme ustedes que no es mía la culpa, que Isabel nada sabe, que su curación fué engañosa como usted creyó siempre. Los padres de Isabel me acusan, me acuso yo mismo y creo que yo también voy á volverme loco. ¡Y no poder afrontar la verdad, no poder saber de ella misma!... Solo usted lo sabe... No, padre; no me imponga usted silencio, ya sé que nada puede usted decirme.

P. VÍCTOR

Puedo decirte que yo no creo que su razón esté de nuevo extraviada.

ANDRÉS

¿No lo cree usted? Entonces...

DOCTOR

Su fe le hace admirar, como sublimes ideas, no sé qué razonados disparates. Nadie coordina mejor su desconcierto que los cerebros perturbados; si la idea fija fundamental no es algún absurdo disparate, ¡qué fácilmente pueden fundamentar sobre ella el edificio de la más terrible locura, la que puede contagiar á los sanos, la locura razonadora!

P. VÍCTOR

El secreto de confesión me obliga á no revelar en qué fundo mi convicción, pero no á manifestarla. Digo y repito, que yo no puedo creer en conciencia que su razón esté perturbada.

ANDRÉS

Entonces, ¡Dios mío! ¿porqué huye de mí? ¿Porqué vuelve su odio?

DOCTOR

Los mismos síntomas del primer ataque, el horror á las personas más queridas, el deseo de alejarse de ellas, ese delicado instinto de todo ser que sufre, que hace á los animales ocultarse para morir.

P. VÍCTOR

¿Instinto también en este caso? ¿Nada más, doctor?

DOCTOR

Comprendo que la locura sea para ustedes problema más pavoroso que la muerte. Al fin, al morir, materia y espíritu se separan. ¿Y quién puede seguir al espíritu en su vuelo? Pero la locura los funde fatalmente; una lesión

y el espíritu inmortal, de esencia divina, vale menos en el hombre que el instinto sano en el animal. Comprendo que para explicar el problema apelaran ustedes á la posesión demoniaca: que hayan ustedes mirado con un terror supersticioso á los pobres alienados.

P. VÍCTOR

No, querido doctor; si los consideramos poseídos de un espíritu maligno, fué por no considerarlos, siquiera, como pecadores, por tener con ellos, antes que ustedes, la piedad de considerarlos irresponsables.

DOCTOR

Para el mal, pero genios ó santos para el bien.

P. VÍCTOR

Al mal lleva la pesadumbre del pecado si con firme voluntad no sabemos vencerle. El alma puede triunfar siempre del dolor y del pecado. Todo hombre lleva en sí el Adán de su caída y el Cristo de su redención. ¡Ay de las almas que no resucitan y sucumben clavadas á la cruz del dolor!

DOCTOR

Admiro su fe y su virtud, pero mis pobres enfermos no me dejan creer en triunfos del espíritu.

P. VÍCTOR

Ahora sí, tu esposa sí, yo lo creo, yo lo afirmo... créelo, Andrés, no consientas que la separen de ti... ¡Que Dios te inspire!

ANDRÉS

No; yo sabré antes... ¡Si fuera lo que pienso! Locura

ó sacrificio sería horrible, sería por mi culpa... No, todo antes, quiero verla, quiero hablarla.

DOCTOR

Es una imprudencia. Acabarán ustedes por precipitar el ataque, y por fin no se conseguirá el milagro.

P. VÍCTOR

Permítanos usted, doctor. Ya ve usted que no soy intransigente; primero confiamos en Dios, luego en usted.

ESCENA III

Dichos y don ANTONIO

ANDRÉS

¿Cómo está Isabel? ¿Qué dice? ¿Habla de mí? ¿Está más tranquila?

ANTONIO

No hay remedio. Quedó con su madre, en sus brazos, como una niña, pidiéndole que la cuente cuentos; ha hecho que la busque los juguetes que guardaba su madre y las muñecas que todos comprábamos para la niña, ¿te acuerdas? para cuando fuera grande; no llegó á jugar con ellas; estaban guardadas. Allí está con ellas, las mece y las canta como una niña; ¡parte el corazón! hasta su cara parece de niña, la mirada, la risa... Su pobre madre, muerta de pena, allí con ella, le cuenta cuentos como cuando era niña... Parece que es verdad, que no ha pasado el tiempo, que no han pasado tantas tristezas

por esta casa, que ella es una niña y que todos somos felices.

ANDRÉS

¡Dios mío! Déjenme ustedes, necesito saber que no es por mi culpa, y si lo fuera, yo prometo que mi sacrificio será tan grande, tan grande, que bastara á satisfacerla. Sí, ¡por Dios lo prometo! Por salvar á Isabel abominaré en todo de mi pecado... ¡Si lo veo, todo lo que nace de la culpa es culpable... maldito!... ¡Mi hija! ¡Su cariño... todo!... No la veré más, huiré de su lado para siempre; muerta para mí, como la nuestra; para todos igual dolor, para todos igual sacrificio.

ESCENA IV

Dichos y doña VICENTA

ANTONIO

¡Ah! ¡Vicenta! ¡Pobre madre!

VICENTA

Vengan ustedes, no puedo más.

DOCTOR

¿Cómo se encuentra?

VICENTA

Tranquila, muy tranquila. ¡Pobre hija mía! No es posible que vuelva el ataque, es aprensión suya; pero quiere marcharse hoy mismo, doctor, con usted, cuando

usted vuelva... Ya ve usted, no es posible dejarla marchar de este modo.

ANDRÉS

No, no saldrá de esta casa, déjenme ustedes.

DOCTOR

Calma, señores; la situación es muy crítica; no quieran ustedes precipitar la crisis temible.

ANTONIO

¡No, por Dios! dejen ustedes al doctor.

P. VÍCTOR

No; déjenme á mí. Yo solo acepto la responsabilidad de lo que suceda.

DOCTOR

Si es así... la confianza de estos señores está con usted.

ANTONIO

En usted también, doctor.

P. VÍCTOR

Traigan ustedes á Isabel.

VICENTA

Al momento. *(Sale doña Vicenta.)*

P. VÍCTOR

(Á Andrés.) Espere usted cerca...

ANDRÉS

Con toda mi alma lo prometo; sacrificio por sacrificio. Nunca veré á mi hija.

P. VÍCTOR

Ofréceselo á Dios de todo corazón. *(Salen todos menos el Padre Víctor.)*

ESCENA V

El PADRE VÍCTOR, y después ISABEL. Isabel pasa con dos muñecas en los brazos.

P. VÍCTOR

¿No me ves? ¿Adónde vas?

ISABEL

Huyendo de la vida... No á la muerte, á nacer á otra vida... Son mis muñecas, las de mi niña... Ahora ella soy yo...

P. VÍCTOR

Ven aquí, no finjas desvaríos conmigo; antes me hablaste en confesión, yo solo conozco tu secreto, pero veo con pena que mis palabras de nada sirvieron, y yo no puedo autorizar con mi absolución tu propósito.

ISABEL

Usted me ha perdonado, Dios me perdona.

P. VÍCTOR

Por temor de Dios, por ser horrible pecado, dijiste

que no habías pensado en darte muerte. ¿Y crees que Dios puede perdonarte ese suicidio moral que tú juzgas sublime sacrificio? No, ese sacrificio es inútil, es un cobarde abandono del puesto que Dios te ha destinado. ¿Qué te propones al realizarlo? ¿No ser un estorbo para una unión criminal que nada legitima, ni el amor á esa hija, fruto del pecado? No, tu deber está aquí; no puedes destruir un sacramento santo, no puedes ser ocasión de nuevo pecado; antes te prefiero ofendida, celosa, defendiendo como mujer el corazón del hombre que ofendió á Dios al ofenderte.

ISABEL

No me hable usted así; no quiero escucharle; así hablaba mi corazón... ¡Cuánto he luchado! ¡Cuánto he sufrido! Cuando supe... más que saber adiviné la verdad; en todo, en las palabras y en el silencio, en la compasión que me rodeaba, en palabras cariñosas que me decían y no estaban pensadas para mí; me hablaba como se habla á los niños... destrozando mi corazón... sin una prueba cierta, sin saber nada, hubiera podido contar la historia día por día; cuando por fin supe, cuando ví por fin, no fué ver, fué recordar .. Así los veía siempre juntos, dichosos con su hija... Carmen, Carmita, como la nuestra... Crea usted que entonces no pensé yo en morir, en enterrarme como ahora; pensé... así, como usted dice, en luchar, en vengarme, en todo lo humano, como mujer, como madre... pero, ¿lo soy acaso? ¡Si había muerto, si nadie contaba conmigo en la vida, si no debí volver nunca!... Y él condenado por mí á vivir siempre sin amor, sin alegría... ¿De qué puedo quejarme? De mi locura, que no me llevó sin sentirlo, como en un sueño, á la verdadera muerte. ¿Qué puedo

exigir? ¿Con qué razón? La vida es vida y yo había muerto.

P. VÍCTOR

Sí, la vida es vida; pero hay más vida que esa que tú llamas así; hay vida del alma que puede saciarse con el amor de Dios y por él con la caridad, amor divino, que bien puede colmar un corazón mejor que todos los amores humanos...

ISABEL

El que bastará á colmar el mío en mi soledad, donde rezaré por todos...

P. VÍCTOR

No será: si anhelas el sacrificio, muestra mejor la grandeza de tu alma; no dejes lugar á que nadie dude de su divina luz... Si has muerto como dices, si eres alma solo, resucita y triunfa toda luz, toda amor.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos y ANDRÉS

ISABEL

¡Andrés!

ANDRÉS

¡Isabel! Tu perdón, tu perdón... *(Cae de rodillas.)*

ISABEL

¡Déjame, déjame! No quiero verte. ¡Déjame marchar!

No quería oirte... Nada me has dicho, nada sé... ¡Déjame ir, déjame ir!...

ANDRÉS

No saldrás. La culpa es mía, mío el sacrificio... Pero tú no debes sufrir por mi culpa.

ISABEL

¿Quién te ha dicho?... No lo creas, huyo porque huye mi razón, porque no quiero odiar, porque quiero morir lejos de aquí, porque esta vez es la muerte...

ANDRÉS

No; huyes porque piensas que yo puedo ser dichoso con mi remordimiento, que hay algo para mí en la vida sin tu cariño y sin tu perdón... No me disculpo... Debí vivir con mi dolor, para tu recuerdo, para el de nuestra hija... Tienes razón para odiarme, para apartarte de mi lado si quieres castigarme todavía; pero si has creído que así puedo ser feliz, ni con el amor de mi hija... entonces me juzgas infame, criminal... y yo soy el que debe huir para siempre de tu lado...

ISABEL

Ni esposa ni madre... ¿Qué es para mí la vida?... Para ti sí, la querrás tanto como á la nuestra... Vive por ella... Vive para ella...

ANDRÉS

Nunca sin tu perdon... No la veré nunca, y la quiero con toda mi alma... Dios lo sabe, lo sabes tú también... Si no la quisiera tanto no valdría mi sacrificio... No la veré nunca... como á la nuestra... igual... es más triste,

la nuestra está en el cielo... y ésta vive... y nunca sabré qué es de su vida... será buena, mala, alegre, triste... lo que Dios quiera... Dependerá la suerte de su vida... de cualquiera... de todos... de mí nada, no sabrá nada... Lloraremos juntos por las dos; rezaremos juntos por la que vive... ¡Dime si no es bastante mi sacrificio!...

P. VÍCTOR

¡Hija mía! Así lo ha prometido.

ISABEL

¡No, Andrés!... ¡Dios mío! ¡Su hija no... su hija no!... ¡Andrés!... ¡Por mi hija!... *(Coge las muñecas.)* ¡Para ella!...

ANDRÉS

¡Isabel!

ISABEL

Será el alma de nuestra hija que ha vuelto, como yo, para perdonar y para bendecir... Será mía también... ¡Quiero verla!

ANDRÉS

¡Isabel! ¡Isabel!

P. VÍCTOR

Ahora es grande tu alma para gloria de Dios.

ISABEL

Será nuestra hija, nuestra hija...

ANDRÉS

Sí, sí; déjame adorarte como á una santa; la verás; pero piensa en lo grande de tu sacrificio, piensa que

hay una madre como tú, que si la separan de su hija se volverá loca de dolor...

ISABEL

¡Otra mujer! Es verdad... Lo sé, lo acepto... De su madre siempre... Dios se llevó á mi hija, y mi dolor aun contra Dios se rebelaba... ¿Qué hubiera hecho si hubieran sido los hombres los que me hubieran separado de ella?... De su madre siempre... Para ella también mi perdón... Somos hermanas en el dolor, cruz de la vida.

P. VÍCTOR

Cruz de la vida, sí; que es suplicio si al dolor sucumbe el alma, redención, si clavados á nuestra cruz por el dolor resucita triunfante el alma. *(Telón.)*

FINAL DEL DRAMA

EL AUTOMÓVIL

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

Estrenada en el Teatro Lara el día 19 de Diciembre de 1902.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA LUISA..	Sra. Ruíz.
MARGARITA.	Srta. Domus.
DOÑA TELESFORA. . . .	Sra. Valverde.
PAQUITA..	Srta. Alba.
JULIANITA..	» Ziur.
MUSETTE.	» Rodríguez.
FEDERICO..	Sr. Montenegro.
DON HILARIO.	» Rodríguez.
EL MARQUÉS DEL SUSPIRO DEL MORO. . . .	» Santiago.
ENRIQUE..	» Barraycoa.
PEPE TOMILLARES.. . .	» Calle.
CARRILLO..	» Cantalapiedra.

La acción en una playa á la moda, entre española y francesa. Época actual.

Derecha é izquierda, las del actor.

EL AUTOMÓVIL

ACTO PRIMERO

Salón en un Casino veraniego. Excesivamente modernista. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

MARÍA LUISA y FEDERICO sentados.
Se oye música dentro.

MARÍA LUISA

¿Te parece que estoy bien vestida esta noche? Me alegro. Porque tú tienes muy buen gusto.

FEDERICO

¡Ya lo creo! Me has gustado tú...

MARÍA LUISA

No, en eso no...

FEDERICO

(*Remedándola.*) En eso no... Lo dices sin creerlo. Cada día estás más bonita.

MARÍA LUISA

Así, por días.

FEDERICO

Por horas. Con el aire del mar se te ha puesto un color...

MARÍA LUISA

No me lo digas; negrucha, ¿verdad? Y el cutis muy áspero.

FEDERICO

La manita no.

MARÍA LUISA

Que nos ve todo el mundo. Mi tía y mi prima no nos quitarán ojo.

FEDERICO

¡Mejor!... ¡Que nos vean!

MARÍA LUISA

¡Que nos miran! ¡Ay, pero si estamos solos! ¡Nos han dejado solos! ¿Dónde se han ido?

FEDERICO

¿Solos? Mejor. ¿Y ahora?

MARÍA LUISA

Ahora si que no. No faltaba más...

FEDERICO

¿No decías antes que nos miraban?

MARÍA LUISA

Pues ¡qué quieres!, me parece peor ahora, que no nos miran. Pero ¡qué ocurrencia! Dejarnos así, sin avisar... Luego, la tía le dice á papá que vive sacrificada

por acompañarme. ¡Si papá supiera!... Y aquí no estamos bien.

FEDERICO

¿Porqué no? En una sala de Casino... como en plena calle.

MARÍA LUISA

Estarán en el salón de baile. Paquita y Julianita saben que nos aburre, y habrán intrigado con la tía para que las acompañe.

FEDERICO

O estarán en los caballitos. Tu tía tiene de cuando en cuando una corazonada.

MARÍA LUISA

Los cinco verdes que acertó el primer día la volvieron loca. Pero yo no me atrevo á moverme de aquí, no hagamos la procesión del niño perdido.

FEDERICO

No tardarán. Digo, si es que tu tía no da con otra racha de verdes... ó tu prima Paquita con el suspirado pretendiente, que eso sí que no será racha.

MARÍA LUISA

¡Pobre prima!

FEDERICO

Sin agraviarla, cuidado que tiene ganas de novio.

MARÍA LUISA

Regularcillas. Está en una edad tan crítica, y la pobre tiene tan poco que agradecer á Dios...

FEDERICO

Pues á los hombres me parece que va á tener menos que agradecerles.

MARÍA LUISA

Ella cree que todo consiste en que está muy gruesa Hace diabluras por adelgazar. De seguro estará valsando.

FEDERICO

¡Pobre pareja!

MARÍA LUISA

Mira, vamos al salón de baile. Aquí estoy violenta.

FEDERICO

¡Qué tontería! ¡Se está tan bien aquí!... Aunque nos vean, tardaremos tan poco en reparar nuestra falta... Ya lo sabes, á la entrada de invierno...

MARÍA LUISA

Sí, sí; tú no sabes lo que son los preparativos. Y mira, yo no soy tonta, digo lo que siento; estoy deseando casarme, sobre todo... por esto, por no tener que preocuparme de los acompañantes, por ir á todas partes con quien me parezca.

FEDERICO

Conmigo siempre, siempre juntos, como ahora.

MARÍA LUISA

Siempre no. Ya sé que lo dices por decir... ó porque lo crees ahora; pero yo no soy tonta para creerte ni para exigirlo. No soy de esas mujeres que ponen á su

marido en ridículo, y hay muchas maneras de poner á un marido en ridículo.

FEDERICO

¡Ya lo creo!

MARÍA LUISA

Cuando vamos de visitas, de tiendas, de tiendas sobre todo. ¡Qué papel más desairado el de un marido que permite que su mujer regatee con el comerciante! Y si es el marido el que regatea... Y te advierto, que mi mayor diversión es ir de tiendas.

FEDERICO

¡Digo! Sé de memoria todos los escaparates de Madrid. ¡Me he llevado unos plantoncitos delante!...

MARÍA LUISA

Y ahora, casada, que podré comprar muchas más cosas y más bonitas. ¿A que no sabes cuando yo era una chiquilla porqué deseaba casarme, más que por nada?

FEDERICO

¡Qué sé yo!

MARÍA LUISA

Por llevar muchas joyas y vestidos de terciopelo. ¡Me entusiasman! ¡Ah! Y las pieles también me entusiasman, y como se llevan ahora, combinadas con encajes y gasas... Desde luego, para vestirse y para todo, el estar casada se presta á más combinaciones.

FEDERICO

Por eso no reñiremos, ya sabes que me gusta todo lo *chic*.

MARÍA LUISA

Aquí no volveremos otro verano.

FEDERICO

Es un quiero y no puedo insoportable; ni España, ni Francia; ni San Sebastián, ni Biarritz.

MARÍA LUISA

Cuando queda esto bien es en Octubre, cuando se va todo el mundo.

FEDERICO

Entonces, sí. Si la gente tuviera buen gusto, entonces es cuando debía venir todo el mundo... *(Vuelve á oirse la música.)*

MARÍA LUISA

¡Qué bonito vals! Nuestro vals. ¿Te acuerdas?

FEDERICO

El primero. ¿Dónde fué? En casa de los Renovales, ¿verdad?

MARÍA LUISA

No; en casa de Julia. En el último baile que dieron antes del último escándalo.

FEDERICO

Después dieron más...

MARÍA LUISA

¿Más bailes?

FEDERICO

No; más escándalos.

MARÍA LUISA

¡Qué lástima de gente! ¡Una casa tan bien puesta! ¡Se pasaba tan bien allí!

FEDERICO

Tu padre fué el primero que los embargó, ¿no es verdad?

MARÍA LUISA

No hubo más remedio. ¡Fué un disgusto!.. Pero ya se lo advirtió papá el último día que comimos allí. Ya sabes que papá es muy serio para sus asuntos.

FEDERICO

Dímelo á mí. El día que me presenté á pedirle permiso para nuestras relaciones estaba dispuesto á llevarme á los Tribunales.

MARÍA LUISA

Es que le habían dicho tales cosas de ti... ¡Porque tenías una fama!...

FEDERICO

Por nada malo.

MARÍA LUISA

Eso decía yo. Por gastar mucho dinero en cosas de buen gusto... Cuando yo le oía decir á papá: «¡Es un perdido! Se ha gastado ocho mil duros en un tronco de caballos rusos...», yo no podía participar de la indignación de papá; á pesar mío, me eras muy simpático, y te admiraba.

FEDERICO

¡Me admirabas! ¡Si habíamos nacido el uno para el otro!

MARÍA LUISA

Lo triste fué el día en que papá me dijo, más indignado que nunca: «Ha comprado un collar de perlas para...»

FEDERICO

No me la nombres.

MARÍA LUISA

Lo del collar me parecía admirable; pero pensar que ese collar... Oye, oye; hablando de lo mismo: me han dicho que anda por aquí cerca...

FEDERICO

Te prohibo que recuerdes. Si anda cerca mejor.

MARÍA LUISA

Pues tú bien chiflado estuviste.

FEDERICO

Esa es la palabra. Pero ahora estoy en mi sano juicio, soy otro hombre: lo sabes tú, lo sabe tu padre.

MARÍA LUISA

Si yo no me asusto. Yo nunca hubiera querido á un hombre sin mundo, sin experiencia de la vida. Y papá piensa lo mismo; es lo que él dice: «La experiencia vale por un buen capital.»

FEDERICO

Pues nadie mejor que tu padre sabe lo que me ha costado la mía.

MARÍA LUISA

No hables así de papá. Es muy bueno; á mí no sabe

negarme ningún capricho, ya lo ves; ni el de casarme contigo, que á mucha gente le parece una bar... ¿Qué regalo dirás que piensa hacerme ahora?

FEDERICO

¡Qué sé yo!

MARÍA LUISA

Un automóvil.

FEDERICO

¿Un automóvil? Ya veo la intención. Para impedir nuestra boda.

MARÍA LUISA

¿Porqué?

FEDERICO

Porque nos matamos antes.

MARÍA LUISA

¡Qué broma fúnebre! Nunca has de hablar en serio.

FEDERICO

Es mi carácter. ¿No dices que te agrada tanto mi carácter? ¿Que antes de conocerme te era ya simpático... por eso, porque tu padre se indignaba conmigo?

MARÍA LUISA

Es verdad, pero entonces... era otra cosa; me hacías gracia, pero no te quería como ahora; ahora te quiero más formal; tengo miedo de que tampoco me tomes en serio... y si vieras, yo también tengo el genio alegre, y me río de todo, y creía que esto de querer era una broma, una alegría más de la vida, y no lo es, es muy serio, casi triste. Ahora pienso yo en muchas cosas que

no había pensado nunca. En lo que será de nosotros mañana, y después, y dentro de muchos años, y siempre. Y al pensar que uno de los dos ha de morirse antes que el otro, y que ese puedes ser tú... ¡ay! me muero de pena.

FEDERICO

María Luisa, por Dios, que estamos en el Casino... Cuando somos tan felices, cuando dentro de poco estaremos casados, no es ocasión de pensar en nada serio. Tu tía... *(Mirando hacia la primera derecha);* que no nos vea conmovidos, creerá que hemos tenido algún disgusto.

ESCENA II

Dichos, doña TELESFORA y ENRIQUE por la primera derecha.

MARÍA LUISA

Pero tía, ¿dónde se mete usted?

TELESFORA

¡Cómo! ¿Estaban ustedes solos? ¡Solos aquí!

MARÍA LUISA

¡Claro! Nos dejan ustedes...

TELESFORA

Esas niñas. ¡Qué locas! Estarán bailoteando.

ENRIQUE

¿No estaba mi hermana con ustedes?

MARÍA LUISA

¡Hola, Enrique! Sí, estaba, pero ha desaparecido con mi prima.

TELESFORA

¿Y tu padre? ¿No estaba aquí tu padre?

FEDERICO

Don Hilario no piensa más que en la concentración. El partido que se forma todos los veranos por estas playas. Andará de conferencias.

ENRIQUE

(Bajo á Federico.) No están malas conferencias. Anda de acoso por la sala del crimen.

FEDERICO

(Bajo á Enrique.) Ya me lo figuro, he pasado por ello. No perderá el tiempo.

MARÍA LUISA

¿Y usted, tía, y usted?

TELESFORA

No quieras saberlo. He caído en la tentación. Mira... veinticinco duros. *(Enseñando unos billetes.)* Una suerte loca.

MARÍA LUISA

Pero, tía...

TELESFORA

Si llego á tener arranque... Todo el mundo me achuchaba. Atrévase usted, señora. Me dió el corazón que

ganaba el amarillo, juego dos pesetas... ¡pum! el amarillo. ¡Figúrate si llegan á ser cinco duros! Juego á la repetida, y ¡cataplúm! otras dos pesetas. No me atreví á doblar. ¡Figúrate si doblo! Luego me da la corazonada del verde, y ¡pum! acierto cuatro. ¡Es racha!, dicen unos; debe quebrar, dicen otros; y voy á la quiebra, y ¡paf! empieza un *tierce à tout* precioso. Un señor que seguía mi juego, ganó un dineral. «Mil gracias, señora—me dijo;—es usted mascota...»—Es favor,—le contesto, y quería que hiciésemos una vaquita; pero en esto veo que entraba la de San Serapio, que tiene pata, me quebró el *tierce à tout* y no quise seguir jugando; pero he podido ganar un dineral.

ENRIQUE

Yo, en cambio, no he acertado una...

TELESFORA

No quiso usted jugar conmigo...

ENRIQUE

Me asustó tanta suerte...

TELESFORA

Comprendo que los hombres se cieguen; es una emoción, una... Enrique, corra usted, ponga usted este duro á encarnado... (*Dándole el duro.*) Me da el corazón que hay racha... Si sale déjele usted dormir... hasta cinco. Cinco, que hacen diez; diez, que hacen veinte; veinte... No, no le deje usted más que cuatro.

ENRIQUE

Voy, voy. (*Bajo á Federico.*) Déjame cinco duros, me he quedado sin una peseta.

FEDERICO

Toma... (*Dándole un billete.*)

ENRIQUE

Si ven ustedes á mi hermana, que me espere aquí.

TELESFORA

De buena gana volvía con usted.

ENRIQUE

No, déjeme usted... Llevo una combinación infalible. (*Vase por la primera derecha.*)

TELESFORA

Cinco, que hacen diez; diez, que hacen veinte; veinte...

MARÍA LUISA

¡Pero tía! Cualquiera que la vea á usted.

TELESFORA

Si aquí juega todo el mundo. Hay quien se ha sacado el veraneo... Enriqueta, la de Espinosa, llevaba ganadas más de tres mil pesetas en los caballitos.

FEDERICO

Sí, eso cree su marido, es decir, hace como que lo cree.

TELESFORA

No sea usted mal pensado. Delante de mí ganó ayer un dineral en dos posturas... Yo á este paso pienso sacarme el abono del Real.

MARÍA LUISA

Sí, sí, cuenta con ello.

FEDERICO

No se fíe usted de la suerte.

TELESFORA

Usted habla por experiencia. Pero no puede usted quejarse; si fué usted desgraciado en el juego, ahora es usted afortunado en amores y tiene usted la compensación.

FEDERICO

(Bajo á María Luisa.) ¡Qué indirectita! ¡Y qué simpático le soy á tu tía!

MARÍA LUISA

No te importe... Cuando yo mande en mi casa... ella y mi primita ya verás...

TELESFORA

¿Hay cotillón?

MARÍA LUISA

No; hoy es baile sencillo.

TELESFORA

¿Y con quién estarán esas chicas?

MARÍA LUISA

Con toda la gente que habrá en el salón. Más acompañadas...

TELESFORA

Si todas tuviéramos tu despreocupación... *(A Enri-*

que que sale por la primera derecha.) ¡Ay! Pronto vuelve usted. ¿Qué hay?

ENRIQUE

Nada... Ni una... ni una...

TELESFORA

¿Es posible? Yo creo que algunas veces hacen trampa... Debe tener algún mecanismo.

MARÍA LUISA

Acabará por chiflarse.

TELESFORA

¿Qué se daba?

ENRIQUE

Cada vez una cosa.

TELESFORA

Así no hay juego posible. A mí todo lo que no sea un jueguecito claro como antes... ¡Daba gusto! Cada tres un verde... Ya se sabía... dos colores y ¡púm! un verde... otros dos, y ¡cataplúm! otro verde... Daba gloria.

PAQUITA

(Dentro.) ¡Mamá, mamá!...

TELESFORA

¡Hija mía!

ESCENA III

Dichos, PAQUITA y JULIANITA

PAQUITA

(Saliendo por la primera izquierda.) Pero ¿cómo no habéis dado una vuelta por el salón? Vosotras, claro, en vuestra isla. Pero, tú, mamá, ¿porqué no has venido á recogernos?

TELESFORA

Porque María Luisa estaba sola.

JULIANITA

Pues está muy animado el baile.

PAQUITA

No digas, más valía que no lo estuviera. ¡Qué gente! Una de niños góticos que ni bailan ni dejan bailar, diciendo gansadas á las muchachas.

MARÍA LUISA

¿Habéis bailado mucho?

JULIANITA

No; no hemos querido.

PAQUITA

Ninguna muchacha distinguida bailaba. En estos sitios, ya se sabe, se aprovechan las que en Madrid en el invierno no van á ninguna parte; como aquí se hace amistad con cualquiera...

JULIANITA

(*Aparte á María Luisa.*) Te advierto que estaba rabiando por bailar.

MARÍA LUISA

Lo supongo.

JULIANITA

Se ha dado una de pavo... A mí me invitaron varios amigos, pero como sé que á tu prima le hubiera costado una enfermedad, no quise aceptar. ¡Buena está tu primita! Me ha dicho horrores de Federico... Para mí nada nuevo, pero yo no soy como ella; sé yo mucho más y no te digo nada.

MARÍA LUISA

Sí, tú no eres como ella.

PAQUITA

(*Aparte á doña Telesfora.*) No he bailado porque á Julianita nadie le decía nada, y como se muere de envidia, no he querido darle ese mal rato.

TELESFORA

No sé porqué la guardas consideraciones, después que la tenemos de pegote todo el verano.

PAQUITA

Y lo agradece. ¡Buenas cosas me ha dicho de María Luisa y de su novio!... Lo que todos decimos, pero ella debía callarse.

TELESFORA

Al fin está de huéspeda en su casa sin ser de la familia como nosotras.

PAQUITA

Y su hermanito en el hotel á costa de Federico. Son un par de hermanitos... Y así viven á costa de todo el mundo, desde que murió su padre.

TELESFORA

El que pasaba por su padre, porque el verdadero padre era más sinvergüenza todavía.

ENRIQUE

(Aparte á Federico.) Y cuando te cases ¿seguirás soportando siempre al lado de tu mujer á estas *sobresalientas* de suegra?

FEDERICO

Entonces me importará menos; el que no estará siempre al lado de mi mujer seré yo.

ENRIQUE

¡Hombre, hombre! ¿No habíamos convenido en que estabas realmente enamorado?

FEDERICO

Y lo estoy; seguramente cuando llevemos algunos años casados, acabaré por quererla.

ENRIQUE

Si te pesa, cerca tienes á la otra.

FEDERICO

¿A Margarita?

ENRIQUE

Veranea en Biarritz; gran tren por cuenta del Marqués del Suspiro del Moro.

FEDERICO

¿Está en fondos?

ENRIQUE

Le habrá soplado la vena en el Casino... Mira, no sería difícil que el mejor día caigan por aquí. Corren en automóvil por estas playas. Un automóvil magnífico; es el acontecimiento de este verano.

FEDERICO

Sentiría verla.

ENRIQUE

¿Porqué?

FEDERICO

Porque sé que me quiere todavía, y ya sabes lo que es ella.

ENRIQUE

Sí, muy romántica. Su ideal poético es su homónima, Margarita Gauthier. Dice que toda su ilusión sería sacrificarse como ella y morir vestida de blanco, envuelta en pieles...

FEDERICO

¿Y en mis brazos? Gracias. No me siento *primo amoroso* para el papel de Armando.

JULIANITA

(A María Luisa.) Voy á dar un alegrón á tu prima... ¡Enrique! ¡Enrique!

FEDERICO

Te llama tu hermana.

ENRIQUE

¿Qué quieres?

JULIANITA

Como cosa tuya invita á bailar á Paquita. Está desesperada; si se acuesta sin bailar esta noche no habrá quien la aguante.

ENRIQUE

¿Es indispensable el sacrificio?

JULIANITA

Sería capaz de indisponerme con María Luisa y tendría que volverme á Madrid, porque este año no veo colocación en otra parte.

ENRIQUE

La gente se cansa... y yo también, de esta vida de humillaciones.

JULIANITA

Paciencia. Nuestro papel es complacer á todo el mundo, siempre con buena cara. ¿Has ganado algo?

ENRIQUE

Ni un céntimo. Y ya no sé cómo pedirle á Federico.

JULIANITA

Yo me he gastado ya el dinerillo que traje... en compras, en propinas. Toma esta sortija. *(Se quita una sortija y se la da.)*

ENRIQUE

¿Y si notan?...

JULIANITA

Diré que la he perdido. Puede que me compren otra...

ENRIQUE

Son diez duros... ¡Bah!... Hasta mañana.

JULIANITA

Ahora á bailar.

ENRIQUE

A bailar... (*Se separan.*)

MARÍA LUISA

¿Qué te decía tu hermano? ¡Cómo te quiere!...

JULIANITA

Como yo á él. No tenemos á nadie en el mundo. Me hablaba de ti y de Federico; de lo felices que vais á ser; de lo que luciréis en Madrid con vuestra posición y vuestro dinero.

MARÍA LUISA

Daremos bailes... en carnaval, de trajes. A mí me entusiasman los bailes de trajes.

JULIANITA

Serás la mujer más feliz del mundo si no empiezas á tener chiquillos muy pronto.

MARÍA LUISA

Eso es lo malo. Pasado algún tiempo, una niña sola sí me gustaría; muy rubita, para vestirla como á un bebé. Ahora hay un gusto para vestir á los niños...

TELESFORA

(*A Enrique y Paquita.*) ¿Pero van ustedes á bailar á estas horas? Si ya no habrá nadie en el salón... Yo creo

que debíamos probar fortuna por última vez. Estas últimas horas suelen ser las más afortunadas. Es la hora de las rachas. ¿Qué dicen ustedes si cogemos una, aunque no sea más que seis ó siete? Una vaquita de cinco pesetas cada uno. Yo la juego.

PAQUITA

¡Mamá! Ya sabes que á estas horas en los caballitos no hay más que cierta clase de gente.

TELESFORA

A todas horas. Hay una tolerancia con esas pájaras...

ENRIQUE

¿Qué quiere usted? En presentándose con un caballero que las abone... Y si fueran á ser rigoristas se quedaba esto en cuadro.

PAQUITA

Vamos á bailar.

JULIANITA

Luego si te sofocas y coges uno de tus pasmos...

PAQUITA

¡Por Dios! No me sofocaba cuando estaba un poco gruesa...

FEDERICO

La verdad es que en poco tiempo has adelgazado. (Bueno es lisonjear á la familia.)

PAQUITA

Ya me pone en aprensión... Temo si iré á volverme tísica...

TELESFORA

¡Qué cosas dices!

FEDERICO

Por lo menos no será galopante.

MARÍA LUISA

Aquí viene papá... (*Mirando hacia la primera derecha.*) Vendrá á buscarme para retirarnos.

PAQUITA

Es muy temprano. Y Enrique no renuncia á bailar conmigo, ¿verdad?

ENRIQUE

No, no renuncio... (¡Cualquiera renuncia!)

JULIANITA

(*Aparte.*) ¡No, si ella sin bailar no se queda!

ESCENA IV

Dichos y don HILARIO por la primera derecha.

HILARIO

¡Hola, hola! Está aquí toda la brillante juventud. Para ella es la vida, el mundo.

FEDERICO

¿Y esa concentración? ¿Le veremos á usted ministro? De Hacienda, por supuesto. Nuestra hacienda necesita de hombres como usted.

HILARIO

Déjate de bromas. A propósito: tengo que hablar contigo un momento, pero en serio, si es posible.

FEDERICO

¿Ahora mismo?

HILARIO

Sí; es asunto urgente. Perdona, hija; te embargo á Federico por un momento.

FEDERICO

Don Hilario, no me asuste usted.

MARÍA LUISA

En el salón de baile esperamos. No tardar.

PAQUITA

Vamos, vamos á bailar...

TELESFORA

Julianita va con vosotros: no os hago falta.

JULIANITA

(Aparte á Enrique.) (Me ha tomado por señora de compañía.)

ENRIQUE

Ten paciencia.

TELESFORA

Yo vuelvo en seguida. Voy á tentar al diablo. Tengo un encarnado en la cabeza que no me va á dejar dormir en toda la noche. *(Vase por la primera derecha.)*

MARÍA LUISA

¿Qué tendrá que decirte papá? Me asusta.

FEDERICO

A mí también: tu papá, en serio, es terrible.

MARÍA LUISA

Papá, que esperamos. *(Vanse todos menos don Hilario y Federico por la primera izquierda.)*

ESCENA V

FEDERICO y don HILARIO

HILARIO

Querido Federico: cercano el día en el cual nuestras íntimas y antiguas, y estoy por añadir excelentes relaciones, han de estrecharse sólidamente afianzadas por los lazos de la familia, los cuales serán para mí tan gratos como espero, y me atrevería añadir lo serán para ti... en cuyo caso será el día más feliz de mi vida... Creo que entre nosotros no debe haber secretos ni tonterías... ¿No es eso? ¿No es eso?

FEDERICO

¡Ah! Eso... eso debe ser.

HILARIO

Por tanto, y reasumiendo sin tonterías, las cuales á nada práctico conducirían entre nosotros, paso á expo-

nerte en breves palabras el objeto de esta explicación ó pequeña *interview*, si te parece mejor, querido Federico.

FEDERICO

Como usted quiera.

HILARIO

¿Tú conoces á Rafael Gutiérrez de Cetina?

FEDERICO

¡Ya lo creo!

HILARIO

Sé que tuviste un lance con él.

FEDERICO

Sí, un duelo á sable; le abrí la cabeza; desde entonces somos íntimos amigos.

HILARIO

Sí, ya sé que el duelo fué...

FEDERICO

Por una tontería...

HILARIO

Por cuestión de honor.

FEDERICO

Yo me permití apreciar ligeramente la conducta de un íntimo amigo suyo...

HILARIO

Eso es muy digno... ¡el culto á la amistad!...

FEDERICO

Sí, un íntimo suyo; él tenía entonces relaciones con la mujer de este amigo y, claro está, le molestó que yo hablara mal de él.

HILARIO

No comprendo lo que él entendería por molestar; pero esto es lo de menos para el asunto del cual se trata. ¿Tú crees que es hombre de garantías?

FEDERICO

(Aparte.) ¡Ya apareció el asunto! *(Alto.)* ¿Garantías? ¿De qué clase?

HILARIO

Ya me entiendes, de responsabilidad, de cumplir sus compromisos.

FEDERICO

Vamos, sí; hombre á quien se le pueda facilitar dinero. ¿No es esa la palabra?

HILARIO

Y el asunto. Eso es; facilitar quince mil pesetas. No se trata de mí; ya puedes suponer...

FEDERICO

Ya, ya supongo. Usted no presta, usted facilita, busca usted ese dinero de algún amigo, gente que se dedica á esos asuntos...

HILARIO

Y, naturalmente, yo no puedo comprometer á nadie sin garantías; yo tengo que responder; quince mil pesetas no se dan en el aire, querido Federico. Quince mil

pesetas... se dice muy pronto, pero quince mil pesetas no es un grano de anís, querido Federico, quince mil pesetas es una suma...

FEDERICO

¿Una suma? Manejadas por usted, una multiplicación. Reasumiendo, como usted dice, ¿qué desea usted de mí?

HILARIO

¿No te lo he dicho? Informes respecto á esa persona cuyas circunstancias te son conocidas, seguridad de que puedo aventurarme en un negocio en el cual...

FEDERICO

Repito que se trata de un cumplido caballero, que puede usted facilitarle esa cantidad sin reparo, seguro de que si no pudiera pagarle á usted se pegaría un tiro.

HILARIO

Eso no me resuelve nada.

FEDERICO

Lo supongo. Prefiere usted que le diga que sería capaz de pegar el tiro á un amigo para robarle esa cantidad y pagarle á usted... De este modo ¿le ofrece á usted más garantías?

HILARIO

Hablamos en serio.

FEDERICO

¿Pero usted cree que yo puedo tomar en serio que usted me proponga que yo sea su agente de negocios?

HILARIO

¿Qué dices?

FEDERICO

Que no vuelva usted á tratar conmigo de semejante asunto, ni pretenda usted que yo ponga mis amistades á su servicio.

HILARIO

¡Ahora sales por ese registro! ¡De modo que no puedo contar contigo para nada... que al señorito le tienen sin cuidado mis asuntos!... ¡Que no tiene usted enmienda, que ha nacido usted para hidalgo de gotera, esa calamidad nacional, esa!...

FEDERICO

Corte usted el discurso; he nacido como he nacido. Ni yo me quejo, ni usted puede quejarse.

HILARIO

¡Ah! ¿Pero usted cree que una vez casado con mi hija vivirá usted como ha vivido siempre, sin ocuparse de nada serio, sin aspiraciones ya sociales, ya políticas?...

FEDERICO

Viviré como me parezca, y en todo caso, como le parezca á mi mujer, que es con quien me caso.

HILARIO

¿Estás seguro? ¿De modo que yo no significo nada? ¿Olvida usted que todavía existe una escritura?

FEDERICO

No olvido nada. Hoy cuento con el cariño de María Luisa... Espero que podrá más que usted.

HILARIO

Mi hija es mi hija.

FEDERICO

No lo parece.

HILARIO

Porque está demasiado mimada, porque he sido débil, y, sobre todo, porque es de esta sociedad sin respetos ni ideales, de la cual usted forma parte, y como usted millares de jovenzuelos cuya única aspiración es vivir alegremente, como si el vivir no costara nada. *(Se oye dentro hablar.)*

FEDERICO

Viene alguien. Se levanta la sesión. Para la próxima se avisará á domicilio, querido suegro. *(Vase por la primera izquierda. Don Hilario se sienta al lado de una mesa al foro derecha y se pone á leer un periódico.)*

ESCENA VI

Don HILARIO, el MARQUÉS y CARRILLO por el foro derecha.

CARRILLO

Por aquí, señor Marqués; pase vuecencia. Aquí no hay nadie.

MARQUÉS

(Elegantemente vestido con un periódico francés en la mano.) No está mal este Casinito. Yo no lo conocía. ¿Y hay mucha gente este año por aquí? Nunca se me ha ocurrido venir. No parece mal.

CARRILLO

Sí señor; hay mucha gente. Cada año viene más.

MARQUÉS

¿Pero gente bien?... ¿Gente conocida?

CARRILLO

Sí, señor Marqués; se juega fuerte; hay movimiento.

MARQUÉS

No está mal, no está mal. ¿Y tú estás aquí?

CARRILLO

Sí, señor Marqués; este verano hemos venido á caer aquí.

MARQUÉS

¿Y de dónde dices que te conozco?

CARRILLO

¡Oh, señor Marqués! De muchos sitios.

MARQUÉS

Sí; puede, puede.

CARRILLO

Del Casino, después de casa de una amiga de vuecencia... yo estaba allí de mozo de comedor; vuecencia comía allí algunas veces.

MARQUÉS

Sí; puede, puede.

CARRILLO

Después de Eslava: estuve de corista; vuecencia iba mucho allí; tenía vuecencia unas amigas...

MARQUÉS

Sí, ya me acuerdo; unas muchachas moninas, moninas.. Está bien. Mira, yo quiero tomar algo, pero no sé qué; algo ligerito; estoy fatal de mis nervios.

CARRILLO

Vuecencia dirá.

MARQUÉS

Mira; vas á traerme un te hirviendito, hirviendito... y un poco de hielo para enfriarlo, un limón. ¿Entiendes? Unas gotas amargas, un trocito de canela, un huevecito crudo, mostaza inglesa y unas cortecitas de pan tostado. ¿Entiendes?

CARRILLO

(Aparte.) ¡Qué baturrillo! *(Alto.)* Espere vuecencia. *(Recordando.)* Un te, limón, pan tostado... En seguida. *(Medio mutis.)*

MARQUÉS

(Llamándole.) Espera. ¿Sabes quién es aquel señor que lee el periódico? Creo conocerle. *(Indicándole á don Hilario.)*

CARRILLO

Es el mismo.

MARQUÉS

¿Sabés quién digo?

CARRILLO

¡Ya lo creo! Hombre de negocios.

MARQUÉS

Avísale que estoy aquí y deseo saludarle. *(Aparte.)* ¡Qué casualidad!

CARRILLO

(A don Hilario.) Caballero, el Sr. Marqués del Suspiro, que tendrá mucho gusto en saludar á usted. *(Vase por el foro derecha.)*

ESCENA VII

Don HILARIO y el MARQUÉS. Después CARRILLO con el servicio por el foro derecha.

HILARIO

¡Queridísimo Marqués! ¿Usted por aquí? ¡Cuán grata sorpresa!

MARQUÉS

Sí, señor, sí; siéntese, hablaremos. ¿Veranea usted aquí?

HILARIO

Con la familia. He tomado un hotelito.

MARQUÉS

¡Feliz usted! ¡Con la familia! Con sus hijitos. ¿Cuántos hijitos tiene usted?

HILARIO

Una hija única.

MARQUÉS

¡Una hijita! Será monina, monina. He tenido siempre

un verdadero culto por la familia, sea porque siempre he vivido solo y no puedo aguantar á nadie...

HILARIO

¿Porqué no se ha casado usted?

MARQUÉS

Por dejadez. He dado el encargo muchas veces, pero nadie se ha ocupado con interés, y viviré solito, cada vez más solito en aquel caserón, que se me caería encima si no procurara por todos los medios no estar nunca en él. ¿Y cómo está esto? Aburrido, ¿verdad? Todo está aburrido.

CARRILLO

(Que sale un poco antes con una gran bandeja con todo lo que ha pedido el Marqués, dejándolo encima del velador.) ¿Falta algo, señor Marqués?

MARQUÉS

¿Oh! ¡Cuánta cosa!... No, no es esto... He cambiado de idea. ¿Puedes hacerme unas sopitas de ajo?... ¿Tú sabes cómo me gustan á mí las sopas de ajo?

CARRILLO

Sí, señor Marqués; me acuerdo de casa de la... las tomaba usted al levantarse.

MARQUÉS

Bueno, pues ya sabes.

CARRILLO

Bajaré yo mismo á la cocina. *(Aparte.)* Siempre lo

mismo, y todavía me debe más de cuarenta duros... Si no fuera porque le clava uno de cuando en cuando... *(Vase por el foro, llevándose la bandeja con todo el servicio.)*

HILARIO

¿Y usted, Marqués, cuándo ha llegado?

MARQUÉS

Ahora mismo. Vengo desde Biarritz.

HILARIO

¿A estas horas?

MARQUÉS

En automóvil, un juguete que tengo para distraerme. He venido con unos amigos y unas muchachas que he conocido allí... moninas, moninas. Por ahí andan... Dicen que se juega mucho por aquí.

HILARIO

¡Un escándalo! Quisieron prohibirlo, pero hubo una manifestación.

MARQUÉS

No tienen energía. Les tiene sin cuidado que uno se arruine... ¡Aquel Biarritz me ha costado!...

HILARIO

¡Pero, Marqués... ya sabe usted que le concedí un plazo!...

MARQUÉS

No me hable usted. Yo lo perdono todo, es mi carácter; pero lo que usted hizo, no se hace con ningún ami-

go. ¡Pretender ejecutarme!... No está bien; póngase usted la mano sobre el corazón, verá usted cómo le dice que no está bien...

HILARIO

Los negocios...

MARQUÉS

No, querido amigo, no; hay algo que está por encima de todo: los afectos, la consideración de las personas... No es un reproche, pero no me hable usted así nunca. El que yo no le haya pagado no es motivo para que se enfríe nuestra amistad.

HILARIO

(Aparte.) ¿Y quién se enfada?

MARQUÉS

Sobre que no hemos concluído de negociar juntos. Casualmente ha tenido usted la dicha de encontrarme.

HILARIO

¿Sí, eh?

MARQUÉS

Ampliaremos el asuntito. Quedará una cifra redonda.

HILARIO

¡Imposible, querido Marqués!... Aquí no dispongo de fondos ni..

MARQUÉS

¿Imposible? ¡A un amigo como yo se le dice imposible!... Acabaré por reñir con usted, y lo sentiría; abusa usted de la debilidad que tengo por usted.

HILARIO

Pero, querido Marqués, sin garantías...

MARQUÉS

Mi nombre ¿no es una garantía, mi firma, mi palabra?... Me da el corazón que aquí saldamos nuestra cuentecita. En cuanto yo me dé una vuelta por esas salas.

HILARIO

Le desplumarán á usted como á todo el mundo... Como á mi cuñada, que se ha propuesto quedarse sin camisa. (*Viendo llegar á doña Telesfora por la primera derecha muy agitada.*)

ESCENA VIII

Dichos, doña TELESFORA y después CARRILLO, por el foro.

HILARIO

¿Qué, hubo racha?

TELESFORA

Claro que la hubo; pero no hay quien me quite de la cabeza que, en cuanto se juega en gordo, hacen trampa. ¡Como que esto debía estar prohibido! ¡Si los que venimos aquí tuviésemos vergüenza!... ¡Y qué gente! Llena está esa sala de francesas, jugando como locas, y ¡claro!, como todas juegan á lo mismo, llaman la atención y quiebra el juego cuando está una más confiada. Hay una que ha perdido treinta luises en un momento.

MARQUÉS

Ya es perder, ya.

HILARIO

¡Mira que haber venido aquí á volverte loca!...

TELESFORA

A propósito. Con permiso de este caballero. *(Se ponen á hablar aparte.)*

MARQUÉS

¡Madame!

CARRILLO

(Saliendo por el foro.) Señor Marqués, en las cocinas solo ha quedado un cocinero francés, que no entiende lo que le pido.

MARQUÉS

¡Déjalo, déjalo! Ya se me ha quitado toda la ilusión; no quiero nada. Voy á dar una vuelta por ahí. ¿Hacia dónde está la ladronera?

CARRILLO

¿El restaurant? Por aquí. *(Señalando al foro.)*

MARQUÉS

¡No, hombre! Quiero decir...

CARRILLO

¡Ah! ¿Los recreos? En el segundo piso. *(Vase por el foro.)*

TELESFORA

Pues ahí la tienes; y ha venido porque sabe que él está aquí, y eso no ha concluído todavía.

HILARIO

Puede ser, porque el caballerito es de oro.

TELESFORA

¡Si yo no sé en lo que estabas pensando cuando consentiste esas relaciones!...

HILARIO

¡Cualquiera os quita de la cabeza á las mujeres un disparate!

TELESFORA

Si se casa y es desgraciada, que no venga á quejarse. Ya se lo hemos dicho todos. ¿Porqué no caso yo á mi Paquita? Porque para casarla con un perdido siempre hay tiempo.

MARQUÉS

Don Hilario. Con permiso de madame...

TELESFORA

Usted lo tiene. (¿Quién es este vejestorio?)

HILARIO

(¡Calla! ¡Un Marqués!)

TELESFORA

Yo voy á recoger á esas chicas para retirarnos. Hasta luego. ¡Caballero!...

MARQUÉS

¡Madame!... (*Vase doña Telesfora por la primera izquierda.*) ¿Es de su familia de usted esta señora? Parece un ángel de bondad.

HILARIO

Cuñada mía. Para mí ha sido una segunda madre de mi hija.

MARQUÉS

Acompáñeme usted, don Hilario. Usted es hombre de suerte; quiero uncir su suerte á la mía.

HILARIO

Querido Marqués, emplee usted otra frase, porque usted es un guasoncito manso.

MARQUÉS

¿Le ha molestado á usted lo de uncir? Es una palabra poética, simbólica y hasta parlamentaria; pero si le molesta á usted, queda retirada... Siempre su amigo, siempre... *(Viendo llegar á Margarita, Musette y Pepe, que salen por el foro.)* ¡Hola, moninas! ¿Por dónde habéis andado?

ESCENA IX

Dichos, MARGARITA, MUSETTE y PEPE

MARGARITA

¿No lo ves? Haciendo un poco de *toilette*. No íbamos á presentarnos de brujas con los guardapolvos y las antiparras. Pero esto ya está visto: ¡de una cursilería desesperante! Pepe ha perdido ya unos cuartos á los caballitos, ésta ha soltado ya dos barbaridades en francés, tu habrás perdido también, no nos queda que hacer aquí.

MARQUÉS

Te equivocas. Yo todavía no he empezado.

PEPE

¿Pero no vamos á proseguir nuestro viaje? Hay que ir á cenar esas sardinas asadas del Puerto Viejo: dicen que es lo más distinguido.

MUSETTE

Sí, vamonos. ¿Quién dijo que esto era mejor que Biarritz? Las ganas. ¡Como no *haiga* más que lo que hemos visto!...

MARGARITA

Haya, mujer, haya.

MUSETTE

Nunca me acuerdo.

MARGARITA

Es que no te fijas. Siempre la estoy reprendiendo.

PEPE

Tú la educas; pero como luego habla todo el día con Manolo Junquera, que dice *haiga* hasta cuando habla del aya de sus niñas...

MARGARITA

¡Qué exageración! Bueno. ¿Nos largamos?

MARQUÉS

¡Ay, qué moninas! No me dejan vivir. ¡Tanto afán porque viniéramos!... Marcháos solitas. Pepe os acompaña. Váis á cenar esas sardinitas y volvéis por mí cuando os parezca.

MARGARITA

¿Tenemos permiso? Mejor que mejor.

MARQUÉS

Yo tengo que hablar largamente con este amigo, don Hilario Reguera, uno de nuestros prohombres.

HILARIO

¡Señoritas! *(Al Marqués.)* (No me comprometa usted.)

MARGARITA

Tanto gusto...

MUSETTE

Servidora de usted. ¿La familia buena?

HILARIO

Muy buena. ¿La de usted?

MUSETTE

La mía... regular nada más.

PEPE

(A Margarita.) ¿Sabes quién es?

MARGARITA

(Sí, el suegro.)

MARQUÉS

Con que os dejo en libertad; no abuséis de ella como los pueblos jóvenes. Don Hilario, no se separe usted de mí. *Au plaisir mes petites. (Vase con don Hilario por el foro.)*

ESCENA X

MARGARITA, MUSETTE y PEPE

PEPE

¡Qué casualidad! El primer tropezón. Federico no andará muy lejos.

MARGARITA

¡Pobre Federico!

MUSETTE

Yo conocía mucho á este don Hilario.

PEPE

Ya lo hemos visto: le has preguntado por la familia.

MUSETTE

Él no se acuerda; pero mi tía Niceta estuvo en la portería de una casa de este señor. Dice que es un tío con la mar de dinero.

PEPE

Figúrate: con el mío, con el de Federico, con el de todo el mundo... Pero, á Federico, siquiera le ha tocado el reintegro.

MUSETTE

¡Eso es ser vivo!...

PEPE

¡Es lo natural! Así se funden las castas, se nivelan las clases, y la vida resulta un espectáculo divertido; sobre todo para el espectador que tiene buena localidad.

MARGARITA

A mí no me digan: Federico no se casa por gusto; su carácter no puede avenirse con esta gente. Además, está enamorado de mí y tengo la seguridad de que si volviera á verme y yo quisiera...

MUSETTE

¡Qué prima eres! Crees que conoces á los hombres y vives pero que en una pura ilusión; en habiendo dinero por medio, en otro estilo, son peores que nosotras.

PEPE

Eres de un escepticismo aterrador; pero pienso como tú; Federico se casa muy contento: para él no había otra solución.

MARGARITA

Pues dejadme creer que se casa porque yo quiero.

PEPE

Te sacrificas como la dama de las camelias.

MARGARITA

Ya sabes que es mi obra favorita. Siempre que la representan voy á verla al anfiteatro, ¡porque me doy unas de llorar!... Ya sé que soy tonta; pero es cuestión de educación, ¡como yo he nacido en otra esfera!...

MUSETTE

¡Tantas hemos nacido en otra esfera! Mira ésta.

MARGARITA

¿Pensabas tú llevar sombrero y andar en automóvil?

MUSETTE

¿Pero tú crees que lo llevo por gusto? Y el automóvil... Cada vez que subo, si me valiera, iría dando gritos como una loca. ¡Vaya una diversión!

MARGARITA

Pues, hija, entonces, haberte casado con uno de tu clase y haber vivido en una guardilla tan ricamente.

MUSETTE

¿Pero tú crees que es tan fácil casarse y vivir en una guardilla tan ricamente?

PEPE

No; si ella conoce el mundo.

MUSETTE

Pa chasco.

PEPE

Silencio... acércate... Mira quién está allí.

MARGARITA

¿Quién?... Federico... El cuadro de familia...

PEPE

Que mira.

MARGARITA

Ya me ha visto. ¡Pobre Federico! Y la novia no vale nada, decía que era distinguida... Apuesto á que dentro de dos minutos está aquí con cualquier pretexto. Y voy á darle un susto. Y estoy por darle una broma algo pesada.

PEPE

¡No, mujer, ten lástima!

MARGARITA

Por eso mismo, porque me da lástima. ¿Tú crees que no era un favor desbaratar esa boda?... ¡Ja, ja! ¡Tendría gracia!

MUSETTE

¿Pero de qué te ríes tú sola?

MARGARITA

Vamos á reirnos todos. Llama á Federico. Dices que deseo hablarle un momento. Yo le espero en el parque con ésta... en el automóvil; figura que me despido para siempre... le hago subir para despedirme. El automóvil sale disparado, él no puede bajar, si no quiere matarse, y nos le llevamos á Biarritz. Un rapto. ¿No tiene gracia?

PEPE

Mucha, pero es para que nos mate.

MUSETTE

¿Y qué dirá el Marqués que nos espera?

MARGARITA

¡Que diga! Nada, nada; yo estoy muy aburrida este verano; necesito una emoción fuerte. Robar á un hombre. Será la primera vez que se haya visto. Saldremos en los periódicos.

PEPE

Sé franca; dí que todavía quieres á Federico, y echas á broma lo que es muy serio para ti. Sabes muy bien

que después de esa broma, rapto ó fuga, no es fácil que se case, porque á la novia le parecerá muy pesada la broma.

MARGARITA

Puede. En fin... burlas ó veras, es cosa decidida. Nos le llevamos. No me hagas traición. Voy á prepararlo todo; el *chauffeur* en su puesto... nosotros también... *teuf, teuf*... hasta Biarritz. Compuesto y sin novia.

PEPE

Y arruinado.

MARGARITA

¡Como si en el mundo no hubiera más que el dinero! Corre, no tardes.

PEPE

Voy, voy. Con tal de que la novia no se escame... *(Vase Pepe por la primera izquierda.)*

MARGARITA

¡Qué hombres! No saben hablar más que de dinero. Vamos... ¿pero te estás durmiendo?

MUSETTE

Por no oirte... porque estoy viendo que haces una de las tuyas. El Marqués se enfadará, con razón, y te dejará plantada, y ya verás cómo acaba el verano: hasta la frontera los gendarmes, y hasta el Modelo la Guardia civil.

MARGARITA

No se te ocurren más que ordinarieces. Si le quitan á la vida algo de poesía... ¡Corre, que vienen! *(Vanse por el foro.)*

ESCENA XI

FEDERICO y PEPE por la primera izquierda.

FEDERICO

Querido Pepe; dile que no me comprometa, que se haga cargo...

PEPE

No te asustes; no quiere más que saludarte y despedirse de ti. Seguimos nuestro viaje. Por no llamar aquí la atención te espera en el coche. Te agradecerá mucho la atención; ya sabes lo que es ella, se paga de cualquier galantería.

FEDERICO

Pero es que mi novia ya sospecha que está aquí; no sé quién ha podido decírselo. Tú no sabes que toda la familia lleva á mal nuestra boda, y me hacen una guerra... si me cogen en un renuncio...

PEPE

(¡Pobre amigo, soy un Judas!) Entonces, tu verás... no quiero que por mí... no me eches la culpa si te sucede algo.

FEDERICO

No, no; ya me has llamado, voy á saludarla, pero un momento... nada más que un momento. *(Viendo llegar á don Hilario.)* ¡Digo, mi suegro de manos á boca!... ¡y contento tengo á mi suegro!...

ESCENA XII

Dichos y don HILARIO por el foro.

HILARIO

¿Y María Luisa? ¿Y todos?

FEDERICO

Ahí los tiene. (*Señalando á la sala de juego.*)

HILARIO

¿Otra vez? ¡Pero mi cuñada tiene menos juicio que las muchachas!

FEDERICO

Es la última vaquita... Yo voy á saludar á un amigo que ha llegado de Francia con su señora y sus niños. Vuelvo en seguida.

HILARIO

No tardes. He pensado una expedición.

FEDERICO

¿Una expedición á estas horas?

HILARIO

Sí; al Puerto Viejo, á comer esas sardinas famosas... ¿No tenías tantas ganas de ir?... Tengo una sorpresa.

FEDERICO

¿Una sorpresa?

HILARIO

Sí; acabo de hacer un pequeño negocio. Ya lo sabrás.

FEDERICO

Sí; se le conoce á usted en la cara.

HILARIO

¡Qué contenta va á ponerse María Luisa!... Era el capricho que ella tenía.

FEDERICO

Me pone usted en curiosidad. Vuelvo en seguida. (*A Pepe.*) Ya ves, cualquiera se escurre con esta familia. (*Vanse por el foro Pepe y Federico.*)

ESCENA XIII

Don HILARIO. Después Doña TELESFORA, MARÍA LUISA, PAQUITA, JULIANITA y ENRIQUE, todos por la primera derecha.

HILARIO

Ha sido una ganga, una verdadera ganga. Un magnífico automóvil de siete mil francos por tres mil pesetas. Y haciéndole un favor, porque el Marqués esta noche por tres mil pesetas estaba dispuesto á todo. ¡Qué alegría para María Luisa! Y también yo tenía ganas de un automóvil... Es una cosa distinguida... ir por ahí sin que se le ponga á uno nada por delante... Y pobre del que se ponga... Un automóvil y un título, aunque sea romano... Pero eso es más caro que un automóvil. Si los tí-

tulos fueran traspasables, el Marqués ya me hubiera cedido el suyo en quinientas pesetas.

TELESFORA

(Saliendo.) Ya no se juega más; tocamos á quince pesetas. Es una combinación infalible...

JULIANITA

¡Pero qué suerte tiene usted!

TELESFORA

Lo que me falta es arranque, arranque... ¿Venías á buscarnos?

MARÍA LUISA

Si estamos de retirada.

HILARIO

¿Habéis desbancado?

MARIA LUISA

¿Qué le dijiste antes á Federico? Dice que te enfadaste con él.

HILARIO

Tonterías; ya no me acuerdo, ni hay que hablar de eso... Le quieres tú y basta... Tengo que darte una sorpresa.

MARÍA LUISA

¿Sí?...

HILARIO

Un regalo... Adivina... *(Se oye la bocina del automóvil que se marcha.)* ¡Caramba!

TELESFORA

¿Qué es eso? ¡Parece que gritan!

PAQUITA

Es un automóvil. ¡Cómo corre!

HILARIO

Lo están probando. Ya he dado la orden... Ese automóvil es nuestro, tuyo... Acabo de comprarlo.

MARÍA LUISA

¿De veras? ¡Hay qué gusto! ¡Qué sorpresa!

PAQUITA

¿Pero los venden aquí, tío?

HILARIO

Ha sido una ocasión.

TELESFORA

No seré yo quien suba. ¡Me da un miedo!...

HILARIO

Si queréis, ahora mismo podemos estrenarlo. Nos vamos á comer sardinas.

MARÍA LUISA

Sí, sí.

PAQUITA

Vamos...

JULIANITA

Vamos...

HILARIO

Pues andando... El *chauffeur* está desde hoy á mi servicio... Ponéos los abrigos... y en marcha.

TELESFORA

Yo no, yo no.

MARÍA LUISA

No tenga usted miedo. ¿Y Federico? Vendrá Federico.

HILARIO

Dijo que iba á saludar á un amigo.

TELESFORA

(Aparte.) ¡No estará mal amigo!

MARÍA LUISA

Mientras viene nos arreglaremos en el guardarropa.

ESCENA XIV

Dichos y CARRILLO por el foro.

CARRILLO

¡Don Hilario, don Hilario!...

HILARIO

¿Qué ocurre? ¿Has dado ya la orden del señor Marqués?... ¿Sabe ya el *chauffeur?*...

CARRILLO

¡Imposible! El automóvil del señor Marqués acaba de salir á toda máquina.

HILARIO

¡No es posible! No será el mismo.

CARRILLO

El mismo, el mismo, color de naranja con vivos azules...

HILARIO

Eso es.

CARRILLO

Vuelve á Biarritz con las mismas señoritas que han venido y dos caballeros... uno, por cierto, el joven que estuvo hablando aquí con usted.

HILARIO

¡Federico! No es posible... Fede...

CARRILLO

Don Federico. Eso es, así se llama.

MARÍA LUISA

¿Qué ocurre, papá?

TELESFORA

¿Qué pasa?

HILARIO

¡Bribón, bribón! El Marqués y el otro, los dos. Han

querido burlarse de mí, de ti, de todos... ¡Esto es indigno, esto es criminal!... ¡Pero va á ver quién soy yo!

MARÍA LUISA

Pero, ¿qué pasa?

TELESFORA

¿Qué ha sido?

JULIANITA

¿Qué le ocurre á usted?

HILARIO

¡Nada: una friolera! ¿Estás seguro de lo que has dicho? No esté yo tomando en balde esta incomodidad...

CARRILLO

Segurísimo. Por cierto que todos iban riendo á carcajadas... ¡La gran juerga!

HILARIO

¡Ya lo oyes! Él, tu prometido, Federico ..

MARÍA LUISA

¿Qué?

HILARIO

Se ha marchado con esas mujeres en mi automóvil... un automóvil que yo he pagado. Dile al señor Marqués que baje en seguida; dile lo que ocurre. ¡Esto es una estafa!... (*Vase Carrillo.*) ¡Esto entra de lleno en el Código penal!... ¡Conmigo no se juega!

MARÍA LUISA

No puede ser, papá, no puede ser...

HILARIO

No debía ser.

TELESFORA

A mí no me coge de susto...

PAQUITA

¡Todos te lo decíamos!...

JULIANITA

Yo me resisto á creerlo.

ENRIQUE

Si es verdad, no vuelvo á saludarle.

HILARIO

¡Tú verás quién soy yo, quién es tu padre!...

PAQUITA

¡Ha sido una burla... has quedado en ridículo!

JULIANITA

Eso sí... estás en ridículo.

TELESFORA

¡Qué campanada! ¡Cuando se entere la gente!...

PAQUITA

¡Pobre María Luisa! ¿Comó vas á presentarte ante el mundo después de esto?

TELESFORA

¡Pobre hija mía!

PAQUITA

¡Ay, ay! ¡Qué disgusto!

HILARIO

Esto nos faltaba.

TELESFORA

¡El accidente! ¡Claro! ¡Es tan nerviosa... quiere tanto á su prima!... ¡Un médico! ¡Hija mía! ¡Paquita! *(Entre todos la sientan en una silla y la abanican.)*

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, el MARQUÉS y CARRILLO detrás por el foro.

MARQUÉS

¿Pero qué significa?...

HILARIO

Que es usted un trapisondista, un farsante... que se ha burlado usted de mí.

MARQUÉS

¿A mí qué me cuenta usted?... Yo no tengo que ver con esos caballeros... Sobre todo, ahí tiene usted su dinero. ¡Déjeme usted en paz!...

HILARIO

¿Mi dinero? ¿Esto?... *(Cogiendo cuatro fichas de juego que ha soltado el Marqués sobre el velador.)*

MARQUÉS

Bueno, lo que queda de su dinero. Para esto me molesta usted, me desbarata un juego precioso... ¿Cree

usted que va á perder el automóvil? (*Sale Carrillo con un vaso con agua que le ha pedido Enrique al salir con el Marqués.*)

HILARIO

A mí no me importa el automóvil; lo que me interesa es mi seriedad, el porvenir de mi hija...

MARQUÉS

¿Y á mí que me cuenta usted?

HILARIO

¡Como no tiene usted vergüenza!...

MARQUÉS

¡Si no le debiera á usted lo que le debo, no me diría usted eso!

ENRIQUE

¡Señores, señores!...

TELESFORA

¡No vuelve... no vuelve... Ayúdeme usted á llevarla cerca de los balcones!

ENRIQUE

¿Yo? (¡No basta haber bailado con ella!)

JULIANITA

A mí también me va á dar algo.

ENRIQUE

No compliques la situación.

MARÍA LUISA

¡Qué tontas sois! Yo estoy muy tranquila; tan tranquila...

HILARIO

Haces bien. Ese hombre no merece tu cariño. Hubieras sido muy desgraciada. No pienses más en él. Tu padre te comprará todo lo que tú quieras... Encontraremos otro automóvil, compraremos otro marido... bueno... al revés... ¡no sé lo que me digo!

MARÍA LUISA

Pero ha sido una infamia... una infamia... Porque yo le quería... le quería mucho... Era muy simpático.

HILARIO

Todos los pillos son simpáticos. Ven, hija, desahoga tu pecho en el seno de tu padre.

TELESFORA

Y en el de tu tía. *(Telón.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

El MARQUÉS y CARRILLO. El primero tomando chocolate.

CARRILLO

¿Está el chocolate á gusto de vuecencia? Lo he recomendado muy especialmente.

MARQUÉS

No está mal, no está mal. Los bollitos son imposibles. Toda la vida me acordaré de unos bizcochitos que tomé yo en Holanda un verano que se me ocurrió ir por allí. ¡Exquisitos! Los servían unas aldeanas...

CARRILLO

¿Moninas?

MARQUÉS

No; gordas, grandes, caballotes; pero los bizcochitos eran deliciosos; tengo que volver allí solo por los bizcochitos; con chocolate irían muy bien; y mira tú, allí no había chocolate: nunca hay nada completo. Esto, por

ejemplo, sería un paraíso, si la gente no fuese tan amiga de chismes y cuentos. ¡Qué gente! Con esa historia del automóvil están imposibles; que si fué, que si vino, que si la muchacha, que si yo.... ¡Figúrate! ¡Yo, yo! Hasta los periódicos de Madrid creo que han hablado con alusiones transparentes: «Un marqués distinguido, de buena figura...» ese soy yo.

CARRILLO

Está bien claro.

MARQUÉS

No se respeta nada. Yo estoy solo en el mundo, por desgracia ó por fortuna... ¡Vaya usted á saber, vaya usted á saber!... Pero figúrate que tuviera mujer, hijitos, y leyeran... Y á esa pobre monina, llamarla en letras de molde *demi-mondaine;* eso es meterse en la vida privada... Todo está desquiciado. No hay energía en los que mandan; y cuando arriba no hay energía, ¿cómo andará abajo? Todo perdido.

CARRILLO

¡Bah! ¡Quién hace caso de habladurías! Hoy habrá otra historia, la de ese matrimonio que se ha separado...

MARQUÉS

¿Un matrimonio separado? ¡Cuenta, cuenta! ¿Gente bien?...

CARRILLO

Ella, una rubia guapa, muy elegante; venía aquí todas las noches con un caballero grueso, algo bizco...

MARQUÉS

¿El marido?

CARRILLO

No; el marido es un buen mozo, joven, elegante...

MARQUÉS

¿Y se han separado? ¿Por culpa de quién? ¿De la mujer, del marido?

CARRILLO

De los tres...

MARQUÉS

¡Vaya! Se me ha pegado la murmuración de aquí. No quiero saber nada, no pregunto nada... ¿Y ella dices que es rubia? Interesante, interesante. ¡Pobre, pobre! Una mujer desgraciada que irá rodando, rodando. A mí me da siempre lástima de las mujeres que ruedan...

CARRILLO

Y menos mal, si ruedan en coche... ó en automóvil.

MARQUÉS

¡Cuidadito! No vuelvas á nombrar el automóvil. Nadie sabe el disgusto que yo he pasado... ¡Una boda deshecha! ¡Un escándalo! Y mi nombre mezclado con todo esto... Por eso he decidido no volver á Biarritz; no se hablará de otra cosa; ni parezco por Madrid en todo el invierno, ni... ¡Qué cosas, señor, qué cosas! ¡Qué desagradable es todo esto para mi carácter!

ESCENA II

Dichos y don HILARIO, por el foro derecha.

HILARIO

Muy señor mío. ¿Podría usted prestarme unos momentos de ligera atención?

MARQUÉS

¿Prestarle yo á usted? *(Carrillo recoge el servicio del chocolate y se va por el foro.)* Querido amigo; vaya, déjese de ceremonias; ya sabe usted que no soy rencoroso: aunque usted haya dejado de saludarme yo soy siempre el mismo. Nuestra antigua amistad no puede enfriarse por un acaloramiento; yo nunca me acaloro: esperaba que usted, con el corazón en la mano, sería el primero en darme todo género de explicaciones; las doy por recibidas, queda usted perdonado. Venga esa mano, siéntese usted.

HILARIO

(Con este hombre no hay modo de enfadarse.)

MARQUÉS

¿Y cómo va? ¿Cómo va? ¿Qué es de su pobre hijita? ¡Si usted supiera lo que pienso en ella!... ¡Pobre, pobre! ¡Perder una ilusión! La primera quizás... ¡Ay, después va uno perdiendo tantas! Siempre me acuerdo de aquello... «Hojas del árbol caídas...» Yo soy un romántico, he vivido en las nubes...

HILARIO

En clase de trueno...

MARQUÉS

Siempre ese *sprit*. En las nubes, el trueno... está bien, muy espiritual y muy de usted... Usted en el Congreso sería terrible; florentino, florentino.

HILARIO

Usted sí que es capaz de tomar el pelo y de sacar de quicio...

MARQUÉS

¡Oh! No; eso ya no está bien. ¿Yo tomar el pelo? ¡Pobre de mí! No está bien...

HILARIO

¿Me permite usted que le exponga de una vez el asunto del cual me veo precisado á tratar con usted, sin cuya circunstancia acaso nunca hubiera vuelto á dirigir á usted la palabra?

MARQUÉS

Se ha propuesto usted reñir conmigo. Diga usted lo que quiera.

HILARIO

En primer lugar, esta mañana he recibido una demanda del Juzgado.

MARQUÉS

Alguna vez había usted de ser el demandado.

HILARIO

No; si el demandado es usted.

MARQUÉS

¿Yo, yo? ¿Demandado? Será cosa de usted; no puede ser otra cosa.

HILARIO

Me demandan como dueño del automóvil; el famoso automóvil que usted tuvo la desfachatez de venderme...

MARQUÉS

Le devolví á usted su dinero; no tiene usted derecho á molestarme.

HILARIO

Sí señor, que tengo derecho; porque sepa usted que se me reclama una indemnización por varios atropellos cometidos por el dichoso artefacto en tiempos en que usted, y solo usted, era su dueño.

MARQUÉS

¿Atropellos?

HILARIO

Sí señor, sí; unos borregos atropellados; diez ó doce borregos...

MARQUÉS

¡Ah! Sí, sí... ya me acuerdo; yo creí que nadie se acordaría...

HILARIO

¡Claro! ¡Creerá usted que no hay más que atropellar borregos!...

MARQUÉS

Eso fué al entrar en España: esas cosas no suceden más que en España: van los borregos por los caminos. ¿A quién se le ocurre que los borregos vayan por donde va la gente? No tienen la culpa los borregos.

HILARIO

Ni yo tampoco. Por todo lo cual usted verá de no inmiscuirme para nada en un asunto al cual soy y debo ser extraño en absoluto.

MARQUÉS

Usted sabe que yo, después de devolver á usted su dinero, vendí otra vez el automóvil...

HILARIO

Sí; al buena pieza de Federico. ¿De dónde habrá sacado el dinero para pagarlo?

MARQUÉS

Se lo he vendido á plazos.

HILARIO

Otra estupidez de usted.

MARQUÉS

¿Qué es eso de estupidez?... ¿Qué es eso de otra estupidez? ¡Como si yo no hiciera más que estupideces! ¿Es eso lo que usted ha querido decir?

HILARIO

No, señor, no... ¿Y la prójima?... ¿También se la ha cedido usted á plazos?

MARQUÉS

Pensará usted, como todo el mundo, que yo tenía algo que ver con ella... Una buena amistad... Un verdadero afecto. Ella es romántica como yo: ¡somos dos románticos!

HILARIO

Ustedes no tienen pizca de aprensión.

MARQUÉS

Usted juzga desde un punto de vista...

HILARIO

El cinismo de Federico es intolerable. ¡Continuar aquí al lado de esa mujer, exhibiéndose á todas horas con ella, frecuentando los mismos lugares que mi familia, que mi hija!...

MARQUÉS

No está bien, no está bien...

HILARIO

Yo, por mí, comprenda usted que ya me hubiera marchado de aquí con mi familia.

MARQUÉS

No hubiera estado mal, no hubiera estado mal...

HILARIO

Pero comprenda usted que no somos nosotros los que debemos marcharnos.

MARQUÉS

¡Claro que no, claro que no!

HILARIO

Mi cuñada tiene mucha razón. Parecería que nosotros tenemos porqué ocultarnos.

MARQUÉS

¡Claro que sí, claro que sí! Le sobra á usted razón; y para que vea usted que yo le quiero, á pesar de que es usted un ingrato, ¡sí, un ingrato... un ingrato! Yo hablaré con esas calamidades; espero que me atenderán uno y otro; ellos, en el fondo, son buenos muchachos... ella, sobre todo, muy buen fondo... Hay de aquí... y habiendo de aquí... *(Señalando el corazón.)* ¡Es tan fácil tocar aquí!... Yo les hablaré, yo les hablaré.

HILARIO

Mucho agradecería que usted consiguiese... *(Se oyen voces dentro.)* Viene mi familia; se empeñan en venir, á riesgo de encontrarse con...

MARQUÉS

¿Quién sabe si uno y otro buscan ese riesgo? Usted no conoce el corazón... El amor es niño, le gusta jugar...

HILARIO

¿Usted cree?...

MARQUÉS

Que si su hija de usted y Federico no se querían de

verdad, habrá sido un bien que se descomponga la boda á tiempo... que si se quieren todavía, ellos volverán á reunirse, aunque todo parezca separarlos... ¡Oh!, *l'amour, l'amour! (Vase por la primera derecha.)*

ESCENA III

Don HILARIO, doña TELESFORA, MARÍA LUISA, PAQUITA, JULIANITA y ENRIQUE. Todos salen hablando por el foro derecha.

MARÍA LUISA

¡Hola, papá!

PAQUITA

¡Adiós, tío!

HILARIO

¡Hola, hola! Creí que ya no veníais. Hoy no os he visto en toda la tarde. ¿Por dónde habéis andado?

TELESFORA

Vida de campo. Nos hemos convencido de que es lo más sano.

MARÍA LUISA

Hemos dado un gran paseo; corriendo y jugando como chiquillas.

PAQUITA

Yo he saltado á la comba.

HILARIO

Así me gusta; que te distráigas, que te diviertas.

JULIANITA

Ya no se acuerda de nada, ¿verdad?

MARÍA LUISA

De nada, de nada. Enrique, ¿habló usted con Federico? *(Llamándole aparte.)*

ENRIQUE

Sí; esta tarde. Quedó en traerme el retrato en miniatura. Dice que creyó que usted no se acordaría de él: todavía lo llevaba en la cadena.

MARÍA LUISA

¿Y porqué no se lo entregó á usted?

ENRIQUE

No me atreví á insistir. ¡Manifestó un deseo tan grande de conservarlo!...

MARÍA LUISA

¿Sí? ¡Qué gracia!

ENRIQUE

Usted no quiere creerlo; pero Federico no puede olvidarla á usted.

MARÍA LUISA

¿Ha sido él quien se lo ha dicho á usted?

ENRIQUE

Sí; él, él mismo, y casi se le saltaban las lágrimas.

MARÍA LUISA

¡Qué gracia! Yo también voy á llorar. *(Se ríe nerviosamente.)*

ENRIQUE

Esa risa significa lo mismo que aquellas lágrimas. Es cuestión de nervios.

MARÍA LUISA

¿Usted cree que yo tampoco le he olvidado?

ENRIQUE

No es fácil: le está usted viendo á cada paso.

MARÍA LUISA

No será porque nos busquemos.

ENRIQUE

Pero tampoco será porque se huyan ustedes.

MARÍA LUISA

Yo no tengo porqué ocultarme.

ENRIQUE

Y él no quiere ocultarse. El caso es que se ven ustedes. *(Siguen hablando.)*

TELESFORA

(A don Hilario.) Te digo que María Luisa está muy tranquila... ¡Lo que ella se ha divertido esta tarde! Y ha merendado con un apetito...

HILARIO

Eso me gusta. Ejercicio... alimentación...

TELESFORA

Hemos comido las famosas sardinas.

PAQUITA

Yo me he comido dos docenas. Dicen que el pescado es muy bueno para adelgazar... ¿Usted cree que las sardinas adelgazan?

HILARIO

Ellas, sí.

TELESFORA

Por supuesto, no creas que hemos dejado de cruzarnos en el camino con...

PAQUITA

Siempre en automóvil.

TELESFORA

Y siempre con...

PAQUITA

¡Qué descaro!

HILARIO

¿Y los ha visto María Luisa?

PAQUITA

¡Ya lo creo! Se quedó un poquito triste; para distraerla empecé á contarle ese crimen que traen los periódicos de Madrid.

TELESFORA

¿Un crimen nuevo?

HILARIO

El de todos los veranos.

PAQUITA

¿No lo has leído? Es muy interesante. Un matrimonio asesinado por la criada. Pero era un matrimonio muy antipático y muy raro; tenían todo el dinero en cuenta corriente y no comían principio más que los domingos; la muchacha, en cambio, era una infeliz; sostenía relaciones con un pobre muchacho que acababa de cumplir condena, y no podían casarse por falta de medios. Es muy interesante. Yo sentiría que los cogieran.

MARÍA LUISA

(A Enrique.) Suponiendo que yo perdonara, que yo pudiera olvidar... y ya es suponer, la oposición de mi padre, de toda mi familia, sería invencible en este caso... No hay que pensar en eso... Se acabó para siempre... Nos observan, y como saben que usted es muy amigo de Federico, acaso crean...

ENRIQUE

No, creen algo más grave; que aspiro á sustituirle; y su tía de usted y su primita están alarmadísimas.

MARÍA LUISA

¡Ja, ja! ¡Tiene gracia!

ENRIQUE

¿Le hace á usted gracia?

MARÍA LUISA

Por el disparate... ¡Ja, ja!... Pues seguiremos haciendo creer. Me divierte hacerles rabiar... A usted no le importa que yo me divierta con usted.

ENRIQUE

No, no .. (¡Me luzco si suelto prenda!)

JULIANITA

(Aparte.) Me parece que Enrique va ganando terreno. Sigue mis consejos.

TELESFORA

No es que yo quiera alarmarte; pero no vayamos á salir de Málaga y entremos en Malagón. Ese pelagatos de Enrique no deja á María Luisa á sol ni á sombra.

PAQUITA

Y luego la hermana trae y lleva y facilita los encuentros... Hasta á la hora del baño...

HILARIO

¿Del baño? Ese caballero se permite...

TELESFORA

Se nos presenta en unos trajes de titiritero...

PAQUITA

Y la hermanita tiene el descaro de llamarnos la atención: «Miradle, miradle, es un Apolo.»

HILARIO

Un Apolo... á cuarta hora... A ver si tengo qué romperle algo... ¡Pues no estoy harto de estos señoritos!... Si ya debíamos haber vuelto á Madrid, si os lo estoy diciendo, si...

TELESFORA

No te alarmes... ¡María Luisa, María Luisa!... Con permiso de Enrique...

ENRIQUE

Señora...

MARÍA LUISA

Ya lo ve usted, me llaman... No deje usted de recoger el retrato.

ENRIQUE

De ningún modo.

MARÍA LUISA

¿Qué quieres, tía?

TELESFORA

Tu padre quiere decirte algo.

MARÍA LUISA

¿A mí? ¿Algo grave?

HILARIO

Nada; que paséis al salón de baile, que bailéis mucho y cada vez con uno, sin hacer caso á ninguno... que no estéis por aquí, cerca de la sala de juego... Ya sabéis que por aquí andan siempre ciertas personas... En fin, nada... que bailes, hija mía, que bailes.

MARÍA LUISA

Bueno, papá.

PAQUITA

Sí, bailaremos... Hoy es día de cotillón. Han inventado una figura muy graciosa.

MARÍA LUISA

¿La de los aros?

PAQUITA

Cada muchacha coge dos aros, iguales al parecer, como los del circo; uno es de papel de seda y el otro tiene una tabla muy dura detrás del papel... El muchacho que acierta á pasar por el aro de papel baila con la muchacha, y el que no acierta y quiere pasar por el otro...

HILARIO

Se rompe la cabeza ó se levanta un chichón.

MARÍA LUISA

Eso es.

PAQUITA

Y es muy gracioso... Vamos, vamos, Julianita.

JULIANITA

Voy, voy... (*Aparte á Enrique.*) De modo que no se presenta mal...

ENRIQUE

Ya veremos. No quiero hacer una plancha hasta convencerme de que Federico no vuelve.

JULIANITA

¿Qué ha de volver? Aunque ellos quisieran lo impedirían todos.... Después de lo ocurrido... Esta es la ocasión.

PAQUITA

¡Julianita! *(Aparte.)* ¡Ay, qué hermanos!

JULIANITA

¡Voy, voy! *(Aparte.)* ¡Ay, qué antipática! *(A Enrique.)* ¿No tardarás?

PAQUITA

¿Pero no viene usted con nosotras? ¡Qué milagro!

ENRIQUE

No; tengo que ver á un amigo. Hasta ahora. *(Vase por el foro.)*

TELESFORA

¿Te quedas?

HILARIO

Espero aquí al Marqués; le he dado un encargo...

TELESFORA

(Aparte.) ¿Cómo podría yo escurrirme para desquitarme de lo de anoche? Porque si me ve mi cuñado me declara pródiga... ¡Y hoy, hoy debe darse el azul de un modo!... *(Vase por la primera izquierda, que es por donde se van María Luisa, Paquita y Julianita.)*

ESCENA IV

Don HILARIO y el MARQUÉS por el foro derecha.

HILARIO

¡Ah, Marqués! Iba en su busca.

MARQUÉS

Y yo, ¡providencial! Si acabará usted por adorarme...

HILARIO

¿Habló usted?...

MARQUÉS

Digan lo que quieran los pesimistas, ni los hombres ni las mujeres son malos en el fondo. Sobre todo las mujeres. Con un poco de tacto y conocimiento del corazón, se hace de ellas lo que se quiere. ¡Pobres moninas!

HILARIO

De modo que...

MARQUÉS

¡Si usted me hubiera oído! He estado paternal; es mi nota. Con decirle á usted que hemos llorado, y de verdad. ¿Eh? de verdad: yo sé cuándo me conmuevo de verdad. Desde que murió Lulú no había yo llorado.

HILARIO

¿Lulú? ¿Otra monina?

MARQUÉS

No; mi perrita, una perrita de lanas. Como aquel ani-

malito no me ha querido nadie... ni Cocó ni Misito... Cocó es un tití, y Misito un gato japonés que me regaló una diplomática japonesa que conocí en Baden Baden... ¡Una figurita de marfil... monina, monina!...

HILARIO

No divaguemos.

MARQUÉS

Perdone usted. Vivir es divagar. Pero comprendo su impaciencia... Vamos por partes. Primer punto Federico...

HILARIO

No es mal punto.

MARQUÉS

Federico es inocente; Federico ama siempre á su hija de usted; Federico le respeta á usted como á un padre; Federico está arrepentido de todo, y usted debe abrirle los brazos de par en par.

HILARIO

¡Magras!

MARQUÉS

¡Si contesta usted en ese tono, eso es salirse de la cuestión! Podía usted haber callado, ó si estaba usted nervioso, hay otras exclamaciones más correctas... Comprenda usted que ¡magras! no tiene sentido común... Yo no esperaba oirlo...

HILARIO

El que no tiene sentido común es usted.....

MARQUÉS

Eso ya puede discutirse; si hubiera usted dicho eso desde un principio: «Querido Marqués, usted no tiene

sentido común al creer que Federico esté arrepentido, que yo pueda perdonarle, que...» Pero no quiero discusiones, acabaríamos por reñir.

HILARIO

¡Marqués! ¡Marqués! ¡Marqués!... En resumidas cuentas...

MARQUÉS

¡Cuentas! Usted todo lo reduce á cuentas. Mi misión queda terminada. Esa joven solo desea que usted mismo le ruegue, le exija usted... si le parece mejor, que se aleje de aquí para siempre, que no turbe la felicidad de su hija, que...

HILARIO

¿Yo, yo? ¡No faltaba otra cosa!... ¡Se le puede á usted dar un encarguito!... ¿Rebajarme yo?...

MARQUÉS

Un padre no se rebaja nunca. ¿Usted conoce *La dama de las camelias?* ¿Recuerda usted la escena de Margarita con el padre de Armando? Una escena muy tierna... Pues bien, algo así; Margarita, esta Margarita se la sabe de memoria...

HILARIO

¿Y á mí que me cuenta usted? ¡Como si se supiera *El Morrongo!*

MARQUÉS

No es usted artista. Ella desea, como se dice ahora, vivir esa escena... Un padre que exige un sacrificio... y ella que suplica á los pies del padre... á los pies de usted, usted que llora...

HILARIO

En eso estoy pensando.

MARQUÉS

¿Qué trabajo le cuesta á usted hacer una escena? Le advierto á usted que ella está deseando sacrificarse, porque en confianza le diré á usted que, tanto Federico como ella, están aburridos y sin una peseta.

HILARIO

¿Sí? ¿eh?... Me alegro... ¡Y quiere usted que como si no hubiera pasado nada!... ¡Ya verá, ya verá ese punto!

MARQUÉS

Hoy podría usted sacarle el automóvil por mil pesetas, y luego me pagaba usted los plazos. ¿Qué me dice usted? No vaya usted á decirme otra vez ¡magras! porque no lo consiento. ¡Nada, nada! Habla usted con ella, la convence usted...

HILARIO

Pero usted quiere comprometerme. . ¿Cómo voy yo á hablar con esa?...

MARQUÉS

Le advierto á usted que nos escucha, y que solo espera que yo la diga... adelante, adelante... (*Aparece Margarita por el foro.*)

MARGARITA

¡Caballero!

HILARIO

(¡Habrá viejo idiota! ¿Qué hago yo ahora?)

MARQUÉS

Margarita, el señor, padre de esa joven espiritual, víctima inocente... me ha rogado con insistencia... que le proporcionara esta entrevista.

MARGARITA

No necesitaba usted insistir.

HILARIO

(Claro que no.)

MARQUÉS

Bueno. Yo no necesito justificar mi salida... Es un padre... Háblele como á un padre... Háblele usted con confianza... Tiene de aquí... *(Señala el corazón.)* Le respondo á usted de ello. *(Vase por el foro.)*

ESCENA V

Don HILARIO y MARGARITA

MARGARITA

Caballero, ya le escucho.

HILARIO

(Aparte.) ¿Y qué digo yo? Si supiera algo de esa escena que dice el Marqués... *(Alto.)* Pues bien, usted ya sabe, el Marqués le habrá dicho á usted el asunto del cual... en cuyo caso...

MARGARITA

Usted sabe que no se puede hacer mucho caso del Marqués.

HILARIO

En efecto; divaga, divaga en ocasiones. *(Aparte.)* ¡Qué perfume! ¡Estas mujeres son de mucho cuidado!

MARGARITA

El Marqués, en nombre de usted, se ha permitido indicarme la conveniencia de marcharme de aquí lo más pronto posible en compañía de Federico. ¿No es eso?

HILARIO

Es un ruego, al cual yo espero que usted ha de atender, en cuyo caso quedaré á usted sumamente agradecido. Comprenda usted que la gente, la sociedad, la...

MARGARITA

Yo me hago cargo de todo. Pertenezco á una familia distinguida, y estoy impuesta en todos los deberes sociales... Pero de eso, á que usted me ofrezca una cantidad...

HILARIO

¿Cantidad?...

MARGARITA

Sí, sí; no rectifique usted. El Marqués me lo ha dicho: que usted no repararía en nada; habló de miles, no sé si de pesetas ó de duros: es lo mismo.

HILARIO

(*Aparte.*) ¡Pero qué generoso es ese Marqués con mi dinero!... Y ésta se lo habrá creído.

MARGARITA

Y eso no, caballero, eso no. Usted podrá juzgarme como quiera, pero no tiene usted derecho á ofenderme de ese modo. Yo no acepto nada. ¿Entiende usted? Nada.

HILARIO

(*Aparte.*) (Menos mal.) En esa seguridad me atrevía á ofrecérselo... Sé que es usted una joven...

MARGARITA

Señorita, caballero; todavía merezco alguna cortesía.

HILARIO

Usted perdone, sé que es usted una señorita de corazón, una señorita con muy buen fondo...

MARGARITA

¡Si yo le contara á usted mi historia!... ¡Cómo me comprendería usted!...

HILARIO

No me cuente usted nada... Lo sé todo; lo que no sé me lo figuro; es fácil figurárselo.

MARGARITA

Usted tiene una hija bella, inocente, pura...

HILARIO

(*Aparte.*) (Esto me suena á teatro.)

MARGARITA

Y cuando le veo á usted ante mí, suplicante, con lágrimas en los ojos... al verle á usted, veo á mi padre (que en nada se parece á usted), y sin vacilar estoy dispuesta á todo, á marcharme de aquí; pero yo sola, sola; ó, por lo menos, con otro que no sea Federico.

HILARIO

(*Aparte.*) Es de mucho cuidado esta mujer. ¡Vaya si es de cuidado!

MARGARITA

Nunca podría perdonarme que ese automóvil, que tantos atropellos ha causado, hubiera atropellado tam-

bién el porvenir, la felicidad de dos personas que se aman.

HILARIO

(Aparte.) (Ahora me acuerdo de los borregos. Tendría gracia que me costaran los cuartos.)

MARGARITA

Yo le aseguro á usted que Federico no es culpable, que salió de aquí por su voluntad; fué una broma preparada por mí.

HILARIO

Si fué una broma, pudo regresar al día siguiente, contarlo todo...

MARGARITA

Hubiera sido peor. Una especie de rapto en esa forma, pone á un hombre en ridículo; y créalo usted, su hija de usted prefiere creer que Federico huyó por su voluntad; porque no me había olvidado todavía, ó porque deseaba olvidarla á ella; cualquier cosa. Una traición la perdonan las mujeres, el ridículo nunca... Conozco el corazón de la mujer tanto como el del hombre...

HILARIO

(¡Me envuelve, me envuelve!)

MARGARITA

Comprenda usted que si Federico hubiera procedido por maldad... hubiéramos esperado á su matrimonio... Federico hubiera sido rico... ¿No comprende usted que es lógico mi razonamiento? ¿Que no tiene vuelta de hoja?

HILARIO

En efecto, por interés... *(Aparte.)* (¡Me envuelve, me envuelve!) *(Alto.)* Pero tampoco es admisible que por

una locura, por un capricho, se juege así con la seriedad de una familia, de...

MARGARITA

¡Ay, caballero! Ya que no admite usted la inocencia de Federico, suponga usted que se dejó seducir por mí, que fué débil. ¿Respondería usted de su proceder en caso semejante? Si usted hubiera querido á una mujer, no digamos hermosa, á una mujer como yo... nada más que como yo...

HILARIO

¿Le parece á usted poco?

MARGARITA

¿Le parece á usted mucho? Es usted muy amable... Usted es viudo, ¿verdad?

HILARIO

Viudo como el pájaro en el aire.

MARGARITA

¿Viudo? Supongamos que estuviera para casarse... y la víspera... Ya ve usted, la víspera me encontrara usted en su camino, y yo le invitara á usted á acompañarme un día, solo un día. ¡Un día de recuerdos!

HILARIO

Verdaderamente; un día no compromete á nada.

MARGARITA

¿Sería usted capaz de desairarme? Ahora mismo, si yo le invitara á usted á un almuerzo íntimo, si yo le dijera: «Hace tiempo que deseo arreglar mis asuntos, y, para ello, desearía entenderme con una persona inte-

ligente. Yo poseo muebles y cuadros antiguos... alhajas de valor. En buenas condiciones tomaría alguna cantidad que me permitiera pagar otros picos...»

HILARIO

¿Muchos picos?

MARGARITA

¡Ay! No quiero pensarlo. Ese es asunto para tratarle más despacio... Mañana en el hotel, de doce á una, le espero á usted; almorzaremos solos. ¿Faltará usted?

HILARIO

(¡Me ha envuelto, me ha envuelto!) De doce á una me tiene usted allí.

MARGARITA

Después, si usted quiere, daremos una vueltecita en el automóvil.

HILARIO

¿En el automóvil?

MARGARITA

Y si le llevo á usted hasta Biarritz y tarda usted en volver al lado de su familia, comprenderá usted que el automóvil corre mucho... y una mujer que se lo proponga, corre más todavía... ¡Ja, ja, ja!

HILARIO

(*Aparte.*) ¿Se ha burlado de mí?

MARGARITA

(*Al ver á Musette y Tomillares que aparecen por el foro.*) ¡Ah, mis amigos! Vengan ustedes, vengan ustedes.

HILARIO

¡Señorita!... mi seriedad... mi...

MARGARITA

Y la mía... De doce á una mañana le espero... No falte usted.

HILARIO

(Aparte.) (Tenga usted mundo para esto... ¡Como coja al Marqués! ¡A mis años hacerme cantar estos dúos!) *(Vase por la primera derecha.)*

ESCENA VI

MARGARITA, MUSETTE y TOMILLARES

MARGARITA

¡Ja, ja, ja!

MUSETTE

¡Hija! ¡Dichosa tú que te diviertes sola!

MARGARITA

¿A que no sabéis con quién acabo de hablar?

TOMILLARES

Si te hemos visto; con el padre de Armando; colocaste la escena.

MUSETTE

¿De Armando? ¿Quién es Armando?

TOMILLARES

Déjate de averiguaciones; la literatura no es de tu distrito.

MUSETTE

¡Ni falta! Pero ¿no es el papá de la niña compuesta y sin novio el que hablaba contigo?

MARGARITA

El mismo.

MUSETTE

Habrá tenido que oir...

MARGARITA

¡Ya lo creo! Figúrate que le tengo convidado á almorzar; mañana le espero.

TOMILLARES

¿De veras?

MARGARITA

Como lo oyes. Puede que no vaya, porque no he podido contenerme y habrá comprendido que me burlaba de él; pero he conseguido seducirle, marearle. ¡Pobre señor!

TOMILLARES

¡Magnífico! Es un arreglo modernísimo de la Dama... Si Margarita hubiera hecho lo que tú con papá Duval, se hubiera ahorrado muchos disgustos.

MARGARITA

Y no he terminado todavía: me he propuesto reunir á toda la familia en mi casa y pasearlos á todos en automóvil.

MUSETTE

¿Estás loca?...

TOMILLARES

Eso es ya más difícil... Y aunque lo consiguieras, ¿qué te propones?

MARGARITA

¡Qué se yo! Pasar el verano divertida; eso creerá la gente, pero no es eso; es que Federico es el único hombre á quien he querido, y me he propuesto ser yo quien le case con la hija de don Hilario.

TOMILLARES

¿Le quieres y deseas que se case? No te entiendo.

MUSETTE

No, si á ésta, para entenderla hay que leerla un renglón sí y otro no; como ella misma no sabe lo que quiere...

MARGARITA

Si lo sé, sí. En estos días he comprendido que Federico está realmente enamorado de su novia.

TOMILLARES

Lo que está es sin una peseta. La boda solo podía salvarle. Eso es lo que quieres decir...

MARGARITA

Bueno, eso... ¡Si no la dejáis á una poetizar!

TOMILLARES

¡Poetizar, poetizar!... Pero podías haber dejado el paseito en automóvil para después de su boda...

MARGARITA

Se continuará el verano próximo.

TOMILLARES

No; de esta ocasión que se despida Federico. La muchacha todavía podía perdonar, porque es una chiquilla tonta, que solo deseaba casarse con un hombre distinguido para figurar; pero la familia, la familia no lo consentiría.

MARGARITA

La familia corre de mi cuenta. ¿No te digo que los convido á todos, á todos; á la tía, á la primita?... ¿Te apuestas algo? El automóvil.

TOMILLARES

¿El automóvil? ¿Pero no sabes que es mío? Acabo de comprárselo á Federico.

MARGARITA

¿Has ganado hoy?

TOMILLARES

No, á plazos. Yo se lo pago al Marqués, que tampoco había concluído de pagarlo...

MUSETTE

Y á este paso, échese usted á saber quién lo pagará. Habrá automóviles que corran, pero como éste...

¡El automóvil, mamá!...

MARGARITA

(Mirando á la primera izquierda.) ¡Calla! La familia... Nos esconderemos aquí. Si nos ven, pasarán de largo... Si se quedan salimos, y ya te diré de lo que hemos de hablar... pero muy alto para que se enteren. ¡Plan de batalla!

MUSETTE

¿Otra bromita?

MARGARITA

¡Calla, vamos!

TOMILLARES

Ensayo general. El drama, el *vaudeville*, todo lo domina. ¡Qué artista pierde el mundo! *(Vanse los tres por el foro.)*

ESCENA VII

MARÍA LUISA, doña TELESFORA, PAQUITA y JULIANITA, por la primera izquierda.

TELESFORA

Los días de moda está el salón imposible.

MARÍA LUISA

¡Imposible! ¡Un calor! ¡Aquí se respira!

PAQUITA

Dí que tú te encuentras sin sombra en todas partes, y por más que quieres aparentar otra cosa, no sabes ir sino donde crees que puedes verle... aunque sea acompañado. ¡Es un gusto! Nos sentaremos aquí, en rueda, como en visita de duelo... *(Se sientan todas formando un corro á la izquierda.)* ¡Ay! Jugaremos á juegos de prendas... No sé para qué venimos al Casino... digo, sí lo sé... Acabarás por ser tú quien le pida perdón.

MARÍA LUISA

Es posible.

TELESFORA

No digas eso ni en broma. María Luisa no piensa en ese hombre, no puede pensar...

MARÍA LUISA

(Aparte á Julianita.) ¡Ay, qué posma! ¡Si me valiera darle un cachete!...

JULIANITA

(Idem á María Luisa.) Es que está contrariada; ¡como

hoy había tomado la pareja por horas!... ¡Se ha dado una de bailar con aquel francés casi tan grueso como ella!...

MARÍA LUISA

Entre los dos despejaron medio salón.

TELESFORA

Paquita, no estés á la corriente, que estás muy sofocada y luego te despiertas con tos perruna. Debíamos entrar á los caballitos, no por jugar... Ya estoy escarmentada, por ver... Es muy entretenido. Jugaremos de cabeza... De cabeza acierto siempre... Me da una rabia...

MARÍA LUISA

¿Qué será de Enrique?

JULIANITA

¿No le diste un encargo para Federico?

MARÍA LUISA

Sí, el último.

TELESFORA

(Viendo aparecer por el foro á Margarita, Musette y Pepe Tomillares, que se dirigen á la derecha y se sientan alrededor de la mesa.) Ya están aquí éstas.

MARÍA LUISA

Vámonos, vámonos.

TELESFORA

No; él no viene. No os mováis; no crean que nos echan. Como si no las hubiéramos visto. Como vestirse, la verdad es que sabe vestirse... Es su clase, ¿eh?

PAQUITA

¡Si no estuviera tan delgada! Yo no quisiera estar así...

TELESFORA

No miréis, que son capaces de decirnos algo.

ESCENA VIII

Dichas, MARGARITA, MUSETTE y TOMILLARES, por el foro derecha.

MARGARITA

¿No queréis creerlo? (Decid que no.)

TOMILLARES

No lo creemos... no lo creemos...

MUSETTE

Esa no cuela.

MARGARITA

Os digo que es infalible. Lo que hay es que no me divierte estarme horas y horas sentada en una mesa de juego; no hay dinero que me compense, pero mi combinación es infalible, no se puede perder nunca y se gana siempre. ¡Es infalible, infalible!... (Decid algo como si lo creyérais.)

TOMILLARES

La verdad es que yo siempre te he visto ganar.

MUSETTE

Y yo; pero creí que era un casual.

MARGARITA

En Montecarlo gané una temporada más de sesenta mil francos. Allí fué donde me enseñaron el secreto.

TELESFORA

Callad un momento. Está hablando de una cosa muy interesante...

MARÍA LUISA

¿De nosotros?

TELESFORA

No... Callad... (¿Será posible? Estas mujeres saben de todo.)

MARGARITA

Pues sí; un médico alemán, muy jugador y un sabio, el mismo que me recetó el régimen para adelgazar, que me dió tan gran resultado.

PAQUITA

(¡Soy toda oídos!)

MARGARITA

¿Os acordáis cuando yo estaba tan gruesa... tan gruesa?... ¡Un fenómeno! (Decid que sí, no seáis panolis.)

TOMILLARES

¡Un fenómeno!

MUSETTE

¡Una barbaridad!

MARGARITA

Pues en dos meses, con su sistema, ya me veis... como ahora... parecía imposible.

PAQUITA

(¿Dónde estará ese doctor?)

TELESFORA

(¡Qué combinación será esa!)

MARGARITA

Y es un sistema agradable, se come de todo, no se cambia de vida... En cuanto á la combinación, ahora veréis, jugaremos cinco minutos... ¡veréis qué modo de ganar!

TOMILLARES

(Bajo.) ¿Y si pierdes?

MARGARITA

No; cinco minutos sale bien siempre.

ESCENA IX

Dichos y ENRIQUE por la primera derecha.

ENRIQUE

¡Señores! *(Saludando á Margarita, Musette y Tomillares.)*

MARGARITA

¡Ah! ¡Enrique! Mira quién está allí; no te comprometas saludándonos...

ENRIQUE

¿Qué importa?

MARGARITA

¿Dónde has dejado á Federico?

ENRIQUE

En la sala de juego. Está desesperado.

MARGARITA

Ya lo sé. Es la última carta.

ENRIQUE

No; la última es ésta. *(Dándole una carta.)* Con ésta son cinco las que hemos interceptado. No dirás que no soy buen amigo tuyo.

MARGARITA

Sí; eres muy buen amigo. Mira, déjanos. Estoy segura de que aquellas señoras tienen que preguntarte algo.

ENRIQUE

¿A mí?

MARGARITA

Ya me lo dirás... Vamos... Cinco duritos cada uno... jugaré por los tres, no soy egoísta.

MUSETTE

Si es infalible la combinación, ahí van diez. *(Dándole dos billetes.)* Ya ves si tengo confianza en lo infalible.

MARGARITA

Eso es, cinco por éste y cinco por mí. Así es más infalible. *(Vanse los tres por la primera derecha.)*

ESCENA X

Dichos, menos MARGARITA, MUSETTE y PEPE TOMILLARES

ENRIQUE

Al entrar no me fijé en ustedes...

PAQUITA

Es natural. Habiendo algo más llamativo...

TELESFORA

¡Quién fuera hombre! Tienen ustedes libertad para tratar á todo el mundo. Porque, en medio de todo, esa gente debe de ser muy divertida... ¡Han visto tanto!...

ENRIQUE

¡Ya lo creo!

TELESFORA

A propósito; oí que hablaba de un asunto que... no es que me importe, pero me ha entrado curiosidad... se lo diré á usted para que usted pregunte como cosa de usted.

ENRIQUE

(Aparte.) (Tenía razón Margarita.) Con mucho gusto.

PAQUITA

Enrique, tengo que pedirle á usted un favor: una pregunta que quiero que haga usted como cosa suya... No es nada, pero la curiosidad... Ya le diré á usted... Como usted habla con todo el mundo...

ENRIQUE

(Aparte.) (Yo sí que tengo curiosidad.)

MARÍA LUISA

(¿Y mi retrato?) *(Aparte á Enrique.)*

ENRIQUE

Dice que se lo entregará á usted en propia mano... que necesita hablar con usted ó no se marchará de aquí...

MARÍA LUISA

¿A mí? ¡Ha creído que yo puedo escucharle!...

ENRIQUE

Eso le dije yo. ¡Tuvimos un disgusto!...

MARÍA LUISA

¿Qué te parece? *(A Julianita.)*

JULIANITA

Después de todo, sería lo mejor que hablárais de una vez y acabárais de entenderos ó de desentenderos, ¡pero de una vez!...

TELESFORA

(Aparte.) (Yo necesito ver cómo se juega esa combinación...) Pero ¿no entramos un momento?

MARÍA LUISA

Yo no; me aburren los caballitos, y la gente que juega, y... *(Viendo aparecer en el foro á Federico del brazo del Marqués. Aparte.)* (¡Federico!) Sí, vamos, tía, lo que quieras, vamos á jugar... jugaremos, tía, vamos, tía ..

TELESFORA

¿Qué? *(Viendo á Federico.)* ¡Ah! Ya tardaba mucho en aparecer... Vamos. *(Vase con María Luisa y Julianita por la primera derecha.)*

PAQUITA

(A Enrique.) Venga usted conmigo. *(Cogiéndole del brazo y yéndose los dos detrás de doña Telesfora por la primera derecha.)* Oiga usted: ¿es verdad que su amiguita de usted... la del automóvil .. estaba tan gruesa, tan gruesa como yo hace dos años?... ¿Se acuerda usted?...

ENRIQUE

Yo la conozco hace poco tiempo; pero puede que sí.

PAQUITA

Porque he oído decir... *(Se van.)*

ESCENA XI

FEDERICO y el MARQUÉS
que bajan desde el foro al proscenio charlando.

FEDERICO

No me diga usted nada, querido Marqués. Ya sé que debo marcharme de aquí, que es ridículo este continuo jugar al escondite. Pero comprenda usted que...

MARQUÉS

Por el dinero no te preocupes... ¿Qué deberás en el hotel? Cuatro cuartos...

FEDERICO

No, dos cuartos y un saloncito.

MARQUÉS

Quiero decir, ¡cuatro cuartos, una porquería!... El dueño del hotel no tendrá la loca pretensión de cobrar en el acto; nadie cobra en el acto... Tú tienes crédito...

FEDERICO

Deshecha la boda, acabó el crédito, acabó todo. He jugado en estos días. Pero el dinero... ya sabe usted,

cuando queda poco y quiere uno apretarle para que dure más tiempo, es como puñado de arena, que, cuanto más se aprieta entre la mano, más aprisa se escapa entre los dedos.

MARQUÉS

Y que no debía uno jugar nunca... Se vuelve uno imbécil, te lo digo yo.

FEDERICO

¡Estoy desesperado! ¡En buena hora se le ocurrió á usted venir! ¡Aunque hubiera volcado el automóvil!...

MARQUÉS

¡Hombre, eso es una barbaridad!... Yo no tengo la culpa de que te escaparas con las moninas.

FEDERICO

¡Escaparme, escaparme! ¿Pero usted cree que puedo contar lo sucedido sin ponerme en ridículo? Además, es inverosímil, nadie lo creería. He tenido que pasar por un loco, por un perdido, cuando solo he sido un tonto, un imbécil.

MARQUÉS

Eso nos sucede siempre á los hombres... ¿Ves el que parece más conquistador?... Pues vé á averiguar, es un conquistado. De veinte conquistas, saca la cuenta: cinco señoras maduras que le seducen á uno con su experiencia; cinco patronas de huéspedes que no saben cómo cobrar el hospedaje; cinco criadas de servir que le pierden á uno el respeto, y cinco mujeres de amigos, por el gusto de decirle á su marido: «Fulano no es amigo tuyo, te engaña conmigo»; y que el marido deje de saludarnos ó nos rompa un hueso... A esto suele quedar reducida la lista más numerosa del más famoso don Juan moderno. ¡La poesía ha muerto!

FEDERICO

No veo solución. ¿Quién me presta á mí ahora veinte mil pesetas? ¿Quién me presta?... (*Viendo salir por la primera derecha á María Luisa y Julianita que salen hablando.*) Valor para marcharme de aquí... y dejarla de ver para siempre...

MARQUÉS

¡Ah! La monina triste... Me alegro... Yo puedo decirle algo... La nota paternal es mi nota. El corazón de la la mujer responde siempre á esa nota...

ESCENA XII

Dichos, MARÍA LUISA y JULIANITA
por la primera derecha.

MARÍA LUISA

Sí, dices bien; es preferible una explicación decisiva... aquí está... Pídele tú el retrato... Yo no quiero mirar...

FEDERICO

(*Aparte.*) (¡Se queda! ¿Consentirá al fin en oirme?) Julianita...

JULIANITA

María Luisa me encarga que sea yo quien recoja su retrato.

FEDERICO

Eso quiere decir que se me condena sin oirme, que su cariño era tan grande que no supone siquiera que mi conducta pueda justificarse... se me cree capaz de todo.

MARQUÉS

Señorita, amigo del alma de su padre de usted, debo ser para usted otro padre; permítame usted que, amigo desde la infancia de Federico... desde su infancia, naturalmente, sea para él un padre... Oígale usted, y...

MARÍA LUISA

¿Oirle?... ¿Ahora?... Ha tenido tiempo de justificarse. Dígaselo usted.

MARQUÉS

Dice... que has tenido tiempo de justificarte.

FEDERICO

Cuando suplica uno, cuando escribe uno cartas que no merecen siquiera contestación... Que diga si mis cartas no merecían contestación.

MARÍA LUISA

Dígale usted que no he recibido ninguna... que se necesita descaro...

MARQUÉS

Dice que se necesita descaro...

FEDERICO

¡Cinco cartas... cinco! ¡Escritas con el alma!

MARÍA LUISA

¡Habrá embustero!

FEDERICO

Yo no miento.

MARÍA LUISA

Corriente. ¿Y cómo se disculpa? Pregúntele usted cómo se disculpa.

MARQUÉS

¿Cómo te disculpas?

FEDERICO

Diga usted que demasiado lo sabe... Además, si estuviera segura de mi inocencia no necesitaría demostrarla.

MARÍA LUISA

¿Cree que soy tan simple que puedo creer esa historia del rapto? Esa disculpa es ridícula, indigna de un hombre. Aunque fuera verdad, no debía darla...

FEDERICO

Eso es, ridícula... demasiado lo sé. Tendré que decir entonces que dí el escándalo por gusto, porque estaba enamorado de esa mujer, que me he burlado indignamente de una señorita, que soy un canalla... Eso es lo verosímil, ¿no es eso? Esa es la verdad.

JULIANITA

¡Por Dios! María Luisa, no te sofoques. *(Le da el retrato Federico.)* Deme usted el retrato. Se acabó todo, es mejor que hablen ustedes... *(Dando el retrato á María Luisa.)* Toma el retrato... que puede venir tu familia... ¡tu familia, tu familia!...

MARQUÉS

No te pongas así. No adelantan ustedes nada... Ya hemos dado bastantes escándalos... Señorita, que puede venir su papá... Piense usted en su papá... ¡su papá, su papá!...

MARÍA LUISA

Si fuera eso sería una infamia... Y lo es. Esa es la verdad. Dígale usted que ha sido un infame, que se ha burlado de mí... que le quería mucho. ¡Sí, sí, sí!

FEDERICO

Pero no es la verdad, no lo es. Yo no soy capaz de portarme de esa manera... Si me quisiera no debía creerlo... ¡No, no, no!

MARÍA LUISA

Todo ha concluído.

FEDERICO

Ahora mismo me voy para siempre.

ESCENA XIII

Dichos y MARGARITA que sale por la primera derecha.

MARGARITA

No sin que sepa usted la verdad.

FEDERICO

¡Margarita!

MARÍA LUISA

(A Julianita.) Vámonos, vámonos de aquí.

MARGARITA

No, señorita, no huya usted de mí. No tiene usted porqué tenerme miedo. Federico la quería á usted con toda su alma, no ha dejado de quererla á usted... Aquí tiene usted sus cartas. *(Dándoselas.)*

FEDERICO

¡Mis cartas!

MARGARITA

Sus cartas, que alguien interesado en que ustedes no se reconciliaran ha interceptado.

FEDERICO

Yo se las entregué á Enrique. ¡Ah, pillo!

MARGARITA

A Enrique, que aspiraba á sustituirle á usted... ¿No es verdad, señorita?

MARÍA LUISA

En efecto. (*A Julianita.*) ¿Tú lo sabías?

JULIANITA

(*Muy apurada.*) ¿Yo? No me ofendas; ni sospechaba... ¿Puedes creer eso de mí?... Ni mi hermano es capaz... Yo se lo diré; voy á avisarle... (Se descubrió el juego.) (*Vase por la primera derecha.*)

MARGARITA

Todos han procurado separarlos á ustedes... menos ustedes mismos que no han podido dejar de quererse á pesar de todo: la prueba es lo que se han atormentado ustedes. Lea usted esas cartas... en todas hallará usted disculpas... pero ninguna es la verdadera, que la excesiva delicadeza de Federico le ha obligado á ocultar... Federico me acompañó á Biarritz... porque es un caballero...

MARQUÉS

Por eso, no le quepa á usted duda.

MARGARITA

Se trataba de salvarme de una emboscada...

MARQUÉS

(*Aparte á Federico.*) Estamos en plena fantasía.

MARGARITA

Si hubiera podido consultar con usted, usted hubiese sido la primera en decirle: «Corre, se trata de salvar á una mujer, eres un hombre de honor...»

MARQUÉS

(Tiene repertorio esta chica.)

MARGARITA

Usted sabe que yo debía casarme con el Marqués.

MARQUÉS

¿Eh?

FEDERICO

(Bajo.) Déjela usted... No diga usted nada; socorros mutuos.

MARGARITA

Él, que se halla presente, no me dejará mentir.

MARQUÉS

(Pues sí la dejo.) Sí, es verdad, es verdad.

MARGARITA

Eso le probará á usted que todavía soy digna de consideración. Pues bien, un miserable se permitió ciertas reticencias en pleno Casino de Biarritz... El Marqués quería desafiarle... Solo Federico podía hacer callar al maldiciente y estorbar un duelo. ¡Un duelo por mi causa! Era un hombre de honor. ¿Podía vacilar? Comprometiendo su porvenir, no dudó en acompañarme... ¿No es verdad esto, Federico? ¿No es cierto, Marqués?

MARQUÉS

(Me siento grande.) Tan cierto, que después de aclarado todo, no dudo en casarme con Margarita...

MARÍA LUISA

¿Se casa usted?

MARQUÉS

En cuanto regresemos á Madrid. (*Bajo.*) No vayas á creértelo.

MARGARITA

Peor podías caer.

MARQUÉS

Pero sin saberlo.

MARGARITA

Señorita, piense usted de mí lo que quiera, hay algo sagrado para mí; el respeto que me inspira su corazón inocente, un cariño inmenso como el que Federico profesa á usted. Créame usted, y en medio de todo, agradezca usted lo sucedido, que les ha hecho á ustedes comprender mejor cuánto se querían.

MARÍA LUISA

Yo, la verdad... No podía creer que no me quisiera; pensaba siempre que debía haber un motivo poderoso, algo que yo no podía comprender, que él, acaso, no podía decirme...

FEDERICO

No, no podía decírtelo... Mi delicadeza... Cuestiones de honor... ¿Estoy perdonado?

MARÍA LUISA

¡Federico! De cualquier modo te hubiera perdonado. ¡Te quería mucho!

MARQUÉS

El corazón de la mujer es como el público de galería... ¡Siempre romántico! ¡Pobrecita! ¡Se ha creído lo más disparatado!

MARÍA LUISA

Mi familia será la que no se convenza. Están indignados contigo.

MARGARITA

¿Su familia de usted? No dirá nada. Todos son muy amigos míos.

MARÍA LUISA

¿De usted?

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, doña TELESFORA, don HILARIO, PAQUITA, JULIANITA, ENRIQUE, por la primera derecha. Después, MUSETTE y PEPE TOMILLARES, por el foro.

TELESFORA

(*Disputando con don Hilario.*) Te digo que no jugaba... Era de cabeza. ¿Qué es esto? ¡María Luisa! ¡Usted! ¡Esa mujer!...

HILARIO

¿Qué significa esto? ¡María Luisa, caballerito!

PAQUITA

¿Tú sabes con quién hablas?

JULIANITA

Ya se lo dije á ustedes.

FEDERICO

¡Ah! Enrique, tenemos que arreglar unas cuentas. ¡Mis cartas!

ENRIQUE

¿Cuentas? (¡Como no sea la del hotel!)

JULIANITA

No, Federico. Mi hermano no tiene la culpa...

MARGARITA

No se alarmen ustedes. Participo á ustedes mi próximo enlace con el Marqués del Suspiro del Moro. *(En este momento aparecen Musette y Pepe.)*

TOMILLARES

¿Qué? ¿Has oído?

HILARIO

¡Eh! De modo que... usted...

MARQUÉS

(Aparte.) (Vuelvo á sentirme grande, me agiganto.) Sí señor, sí; presento á ustedes á la futura Marquesa del Suspiro del Moro.

MUSETTE

¿Oyes esto? ¿Te casas?

MARGARITA

Sí. ¿Qué tenemos? Déjame ahora.

MUSETTE

Entonces, yo entro en un convento.

TOMILLARES

¿Porqué?

MUSETTE

Para guardar distancias.

MARQUÉS

Eso les probará á ustedes que Federico es inocente y que María Luisa le ha perdonado.

HILARIO

No; eso me prueba que el inocente es usted.

MARQUÉS

¿Yo inocente? ¡Magras!

HILARIO

Pero usted me explicará...

MARÍA LUISA

Nada, papá. Yo creo en él y basta: le quiero mucho, papá; ha sido un caballero, papá.

MARQUÉS

Ha sido un caballero.

TELESFORA

No me queda más que ver. Esta chica está loca. Paquita, no te accidentes.

PAQUITA

No, mamá; no vale la pena.

HILARIO

Yo necesito una explicación, sin la cual...

MARGARITA

Mañana, cuando venga usted á almorzar conmigo...

HILARIO

¿Yo? (No me comprometa usted.)

MARGARITA

Sí; su papá de usted quedó en almorzar mañana conmigo, para tratar de un asunto; una venta de cuadros antiguos, y no sé si algo más.

HILARIO

No; nada más.

MARGARITA

Allí se hubiera encontrado con su tía de usted.

TELESFORA

¿Conmigo? ¿Yo?

MARGARITA

Usted, que deseaba conocer el secreto de cierta combinación para ganar siempre... Enrique me lo dijo por encargo de usted.

TELESFORA

(¡Qué sofoco!)

MARGARITA

Y yo rogué á usted que se pasara mañana por el hotel y allí podríamos hablar, porque la explicación es larga. Estoy segura de que no hubiera usted faltado... Por algo preguntó usted el número de mi cuarto. Ni su niña de usted tampoco...

PAQUITA

¿Yo? ¿Qué dice? Mamá...

MARGARITA

Porque el régimen para adelgazar necesita una explicación práctica, que solo en mi casa podría yo darle. Por algo preguntó usted si podría usted entrar en el hotel sin que la vieran.

PAQUITA

(¡Qué vergüenza!)

MARÍA LUISA

¿De veras? ¡Ja, ja, ja!... Pero la tía... y mi prima... ¡Y hubieran ido!

MARGARITA

¡Ya lo creo! Lo que prueba que ninguno de ustedes debe indignarse por la aventura del automóvil. Viniera Federico engañado por una locura mía ó por su propia voluntad; como él, todos, hombres y mujeres, tenemos alguna debilidad, alguna pasioncilla, algún flaco, por el que cualquiera puede llevarnos á todas partes.

MARQUÉS

Sí; todos tenemos nuestro móvil... ó nuestro automóvil; el tuyo era el de sacrificarte algún día como la Dama... Ya lo has conseguido. ¿Estás contenta?

MARGARITA

Ahora me falta... que ellos lo agradezcan... y que ustedes me aplaudan... *(Telón.)*

FIN DE LA COMEDIA

LA NOCHE DEL SABADO

NOVELA ESCÉNICA EN CINCO CUADROS

Estrenada en el Teatro Español la noche del 17 de Marzo de 1903.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
EL LECTOR.	Sr. Díaz de Mendoza (F.)
IMPERIA.	Sra. Guerrero.
PRINGESA ETELVINA. .	» Segura.
CONDESA RINALDI. . . .	» Martínez.
LADY SEYMOUR..	» Bofill.
EDITH.	Srta. Egido.
DONINA..	» Blanco.
JENNY..	Sra. Bueno.
LELIA..	Srta. Torres.
ZAIDA..	» Colorado.
MAESTÁ.	» Cancio.
ESTHER.	Sra. Socías.
JULIETA.	Srta. Perlá.
ROSINA..	» Villar (C.)
PEPITA.	» Villar (D.)
CELESTE..	Sra. Segarra.
TERESINA.	Srta. Fuentes.
NELLY.	Sra. Bofill.
FANNY.	Srta. Egido.
MARCELA.	» Cotera.
LEONARDO.	Sr. Díaz de Mendoza (F.)
PRÍNCIPE MIGUEL ALEJANDRO.	» Medrano.

EL PRÍNCIPE FLORENCIO.	Sr. Díaz de Mendoza (M.)
LORD SEYMOUR..	» Vilallonga.
EL DUQUE DE SUAVIA.	» Ruiz Tatay.
HARRY LUCENTI.	» Perrín.
EL SIGNORE.	» Carsí.
Mr. JACOB.	» Cirera.
NUNÚ.	» Guerrero.
TOMMY..	» Agudín.
TABACO.	» Díaz.
RUJÚ-SAHIB.	» Juste.
GAETANO.	» Buil.
CECCO.	» Robles.
PIETRO..	» Soriano Biosca.
COMISARIO.	» Urquijo.
GENARO.	» Gil.
MARINERO 1.º.	» Miquel.
IDEM 2.º.	» Manchón.
IDEM 3.º.	» Redondo.
IDEM 4.º.	» Castillo.
MOZO 1.º.	» Gaztambide.
IDEM 2.º.	» Rivas.
CORNAC.	» Barragán.

Damas, caballeros, artistas de circo, marineros, tziganes, criados, policías, etc.

En una estación de invierno entre Italia y Francia.

LA NOCHE DEL SÁBADO

PRÓLOGO

EL LECTOR

La noche del sábado. Mar, cielo y tierra se unen amorosos con gloriosa alegría; luz, oleaje, montañas, frondas, son como risotadas de un mundo niño, ignorante del dolor y de la muerte. ¡Encantado pedazo de tierra! Deidades, héroes, ninfas y faunos fueran tus únicos habitadores; espíritus de ciencia y de amor los únicos que te contemplaran; idilios de Teócrito, églogas de Virgilio tu propia poesía; y si un espíritu de nuestro tiempo triste ennoblece en ti su tristeza, sea el de Shelley, divino poeta, creyente en la eterna armonía de la Verdad, el Bien y la Belleza; el que no limitó lo infinito y adoró á Dios en todo; por rito de su culto, la misma amorosa letanía del santo poeta de Asís, universal enamorado; el que á todas las criaturas saludaba con su canción de amor ardiente: hermano sol, hermana agua, hermanos pajarillos, hermano lobo... ¡Todos hermanos! Y aquí, en este pedazo de tierra encantado por la naturaleza, ved ahora, son los hombres. Es la estación invernal á la moda; han elegido bien su terrenal paraíso... Pudiera serlo, pero huyen del frío y traen el frío de su vida; huyen de su vida y su vida les sigue... Para ellos todo camino es de infierno dantesco, y así puede decirles á su entrada...

Per me si va nella città dolente;
per me si va nell eterno dolore;
per me si va trà la perdutta gente.

CUADRO PRIMERO

Un hall en una villa suntuosa.

ESCENA PRIMERA

La PRINCESA ETELVINA, LADY SEYMOUR, La CONDESA RINALDI, EDITH, LEONARDO, El PRÍNCIPE MIGUEL, El PRÍNCIPE FLORENCIO, LORD SEYMOUR, HARRY LUCENTI y el DUQUE DE SUAVIA. Edith toca un laúd y Lady Seymour y Leonardo escuchan la música; la Princesa Etelvina, el Príncipe Miguel, Lord Seymour y el Duque de Suavia toman el te en otro grupo. El Príncipe Florencio, la Condesa Rinaldi y Harry Lucenti hojean grabados y aguas fuertes y conversan muy animados. Varios criados atienden al servicio. Un criado entrega un telegrama al Príncipe Miguel.

ETELVINA

¿Noticias de Suavia?

PRÍNCIPE MIGUEL

¡Gran noticia! (*A la Princesa.*) Debes ser la primera en comunicarla; lee...

DUQUE

¿Algo grave? (*Imponiendo silencio.*) La música, señores...

ETELVINA

¡Qué alegría! Hijo mío, oye... Su Majestad Imperial ha dado á luz con toda felicidad un Príncipe heredero.

PRÍNCIPE MIGUEL

¡Viva el Príncipe!

TODOS

¡Viva!...

DUQUE

¡Viva Suavia!

TODOS

¡Viva!...

PRÍNCIPE FLORENCIO

(Cogiendo el telegrama.) ¡Por fin!... Un Príncipe, después de siete Princesas. El Imperio ha pesado sobre mí bastante tiempo. Era mi enfermedad; ahora recobraré la salud por completo.

LADY SEYMOUR

Tomáis alegremente vuestro partido.

RINALDI

Un trono no se pierde todos los días.

ETELVINA

(Al Príncipe Miguel.) Contestad en seguida; que no tarde nuestro parabién, nuestros mejores augurios por la felicidad del Imperio.

PRÍNCIPE FLORENCIO

Nadie los juzgará sinceros. Tan mal me conocen; la Emperatriz nos alejó de la corte por celos de que yo tuviera demasiada prisa por ser Emperador; ahora menos que nunca debo volver á Suavia; la vida de mi augusto primo estaría demasiado ligada á la mía, y la mía me basta.

ETELVINA

Bien se advierte en lo poco que cuidas de ella.

PRÍNCIPE FLORENCIO

Ahora que mi vida ya es mía, que me pertenece por

entero, concluiré por amarla. ¡Libre! Ya no soy el Príncipe heredero; ya no tendré fijos en mí tantos intereses, tantas esperanzas... y tantos odios. Ni mis siete primas, las princesas, aspirantes á emperatrices consortes, ya que la vetusta ley sálica del Imperio las impide ser soberanas... ahora no les importará tanto que yo...

ETELVINA

No hables así; siempre ese tono ligero.

DUQUE

Alteza, éramos muchos los que esperábamos en vos; los que os hemos visto nacer y peleamos al lado de vuestro padre. Un Príncipe niño; el Emperador es viejo; el Imperio está perturbado.

PRÍNCIPE MIGUEL

Sí; no es una solución.

PRÍNCIPE FLORENCIO

(Al Príncipe Miguel.) Querido tío, eres joven todavía, puedes ser su regente, como lo hubieras sido conmigo; porque confieso que sobre ti hubiera pesado el Imperio y tú lo hubieras heredado al fin. Mi vida imperial hubiera sido corta.

ETELVINA

¡Quién sabe! La vida hubiera tenido objeto para ti... No como ahora. ¡De todos modos, si tú estás contento!...

PRÍNCIPE FLORENCIO

Muy contento. ¿Y tú? ¿Recuerdas aquella amarga frase de Daudet en *Los reyes en el destierro?* ¿Me querrás menos ahora que no puedo ser rey?

ETELVINA

¡Ingrato! ¡Loco! Que tú vivas feliz, eso es todo lo que deseo.

LADY SEYMOUR

Justamente. Edith tocaba la marcha de vuestro perdido Imperio; es muy original.

PRÍNCIPE FLORENCIO

¿Al laúd? Sonaría como algo moribundo. Es una marcha guerrera de trompetas y tambores; no se comprende sin relucir de espadas y de arneses; es toda el alma guerrera de nuestra patria... Y ya veis, dicen que la compuso un monje extranjero para los funerales de un poeta.

DUQUE

Es una leyenda ridícula.

LADY SEYMOUR

Es bonito, un monje, un poeta...

LEONARDO

Tennyson hubiera escrito un poema.

LADY SEYMOUR

¡Gran poeta Tennyson! Un poeta caballero; admitido en la mejor sociedad.

HARRY LUCENTI

(A Leonardo.) Lady Seymour quiere confundirme con su desprecio. No perdona al Príncipe mi invitación.

LEONARDO

Eres el escándalo de Inglaterra.

HARRY LUCENTI

Registra los *secrétaires* de sus grandes señoras, y en todos encontrarás un tomo de mis poesías junto á las cartas de sus amantes... Sobre la mesa del salón se ostenta la Biblia y los libros de Kipling.

LEONARDO

Y un esposo respetable delante de la mesa.

HARRY LUCENTI

Después de comer, debajo.

LEONARDO

Ayer te dije yo esa broma y te pareció de muy mal gusto.

HARRY LUCENTI

Y sigue siéndolo cuando lo dice una extranjera. ¿Tú crees que es tan fácil dejar de ser inglés? Inglaterra me ha desterrado como á Byron...

LEONARDO

Pero tú no has podido desterrar á Inglaterra.

RINALDI

¿Byron? Yo no le encuentro inmoral. Yo aprendí el inglés leyendo á Byron y era yo una niña.

LEONARDO

¿Y no os quedaba que aprender más que el inglés leyendo á Byron?

RINALDI

Las italianas no somos como Lady Seymour; no nos asusta alternar con los poetas desterrados.

LEONARDO

La Condesa está curada de espanto.

RINALDI

Convaleciente nada más; por eso paso aquí todos los inviernos.

LEONARDO

Siempre sola.

RINALDI

Mi marido no quiere venir.

LEONARDO

Sí; él ya está curado.

ETELVINA

Suavia arderá en fiestas á estas horas.

DUQUE

La corte, la gente oficial, el pueblo amaba al Príncipe Florencio: no podía olvidar que era hijo del libertador; del invencible; de vuestro esposo, venerado en Suavia.

ETELVINA

Es verdad; pero ya sabéis cuánto se ha tramado en estos últimos años para desacreditar á mi hijo.

DUQUE

¿Qué vida de joven á los veinte años podría soportar esa continua fiscalización?

PRÍNCIPE MIGUEL

Pero si Florencio hubiera sido otro... No quiero entristecerte; es tu hijo único, sé cuánto le quieres; pero la conducta de Florencio...

ETELVINA

¿Qué vas á decirme que yo no sepa? Bastante he llorado. Pero ahora su salud solo me interesa. Aquí ha de reponerse.

PRÍNCIPE MIGUEL

¿Aquí? Dos días hace que habéis llegado, y ya el prefecto de policía se ha creído en el caso de advertirme qué peligrosos lugares frecuenta el Príncipe.

ETELVINA

¡Dios mío!

PRÍNCIPE MIGUEL

El prefecto es un hombre de mundo. El Signore, como le llaman aquí todos. El Príncipe de este minúsculo Estado le paga espléndidamente por conservar la tranqui-

lidad y sobre todo el decoro aparente de esta peligrosa cosmópolis, adonde acude gente de todas partes y de todas clases.

ETELVINA

¿Y dices que Florencio?...

PRÍNCIPE MIGUEL

No temas. El Signore ha destinado agentes secretos que le siguen siempre y le protegerán si llega el caso. Pero es vergonzoso.

ETELVINA

Sí lo es; compadéceme. No le faltaba más que haber intimado con Lucenti, ese poeta medio inglés, medio italiano; un hombre siniestro, sin sentido moral. Lord y Lady Seymour están escandalizados de verle aquí.

PRÍNCIPE MIGUEL

¿Es cierto? Sí, he notado... Pero yo creía... Voy á saberlo. Mylady, acaban de decirme que no os agrada la presencia de Harry Lucenti.

LADY SEYMOUR

En efecto, nadie recibe á ese hombre en su casa.

PRÍNCIPE MIGUEL

Perdonad. Me pareció haberos visto hablando con él ayer mismo en el Casino.

LADY SEYMOUR

Y muchas veces; pero nunca delante de mi marido.

PRÍNCIPE MIGUEL

Es que á vuestro marido también le he visto conversando con él en la mayor intimidad.

LADY SEYMOUR

De seguro; pero nunca delante de mí.

PRÍNCIPE MIGUEL

La corrección inglesa es más complicada de lo que yo creía. .

LADY SEYMOUR

Es respetabilidad.

RINALDI

(A Leonardo.) No estoy de humor para que luzcáis vuestro *sprit* á costa mía... Estoy muy triste, muy triste... ¡No sabéis todo lo triste que estoy!

LEONARDO

Y estáis rabiando por decírmelo.

RINALDI

Los artistas son confidentes muy peligrosos. Todo se lo cuentan después al público.

LEONARDO

Yo soy escultor; ¡para que mi arte pudiera contar al público vuestros secretos!... ¡Figuráos! Un arte plástico. A propósito; seríais una diosa Juno admirable.

RINALDI

El otro día dijísteis una Minerva.

LEONARDO

Y otro día diré una Venus; hay días para todo.

RINALDI

Otras habría peor modeladas.

LEONARDO

¡Ya lo creo!

RINALDI

Hay que advertir que no llevo corsé; un justillo á la griega.

LEONARDO

Esas confidencias ya entran en mis dominios. Yo las pedía espirituales.

RINALDI

¿Porqué pensáis que he venido aquí esta noche?

LEONARDO

¡Qué sé yo! Probablemente porque el Príncipe Miguel os ha convidado á comer, como á todos los que estamos aquí, para celebrar el feliz arribo de su cuñada la Princesa Alejandra Etelvina y de su augusto hijo, el Príncipe Florencio, malogrado Emperador.

RINALDI

¿Invitarme? Al contrario, he venido por eso; porque no estaba invitada.

LEONARDO

¿Cómo?

RINALDI

Parece que se me considera como una *déclassé*. Yo me tengo la culpa; yo he sido presentada al Príncipe oficialmente en París por el embajador de Italia. Pero aquí, fuera de toda etiqueta, viene uno á distraerse, á cambiar de vida, y se alterna con todo el mundo; el Casino, las carreras, el tiro de pichón, son un terreno neutral como el país; en algún sitio de estos encontré al Príncipe con su... con su...

LEONARDO

Con Imperia.

RINALDI

¿Iba á dejar de saludarle? ¡Qué ridiculez! Yo no soy como Lady Seymour, que no saluda en público á un compatriota de talento; á un artista como Harry Lucenti.

LEONARDO

Sí, es ridículo.

RINALDI

En Italia, la belleza y el arte son sagrados; fué un Pontífice el que dijo, á propósito de Benvenuto Cellini,

que artistas como él debían estar sobre todas las leyes. Yo no he reparado en tratarme con la amiga del Príncipe; no me he privado de asistir á las fiestas de su *villa*, ni de permanecer aquí cuando ella viene á última hora algunas noches y se prolonga la velada entre los íntimos. Son las más agradables. Pero el Príncipe ha tomado mi condescendencia por una abdicación; por eso me he atrevido á presentarme sin ser invitada... El, naturalmente, no se ha dado por entendido; pero la Princesa me ha recibido con frialdad.

LEONARDO

Aseguran que es muy rigorista, que solo admite á su alrededor dragones de virtud...

RINALDI

Y de fealdad, como esa damita de honor, la hija del Duque de Suavia; una joven romántica que la Princesa, con todo su rigorismo, tiene al lado para que el Príncipe Florencio se entretenga algo más en casa y no escandalice tanto á la corte de Suavia.

LEONARDO

¡Pobre Príncipe! Es muy simpático; curioso de arte, infatigable perseguidor de la belleza.

RINALDI

¡Demasiado! ¿No fué también amante de Imperia antes que su tío?

LEONARDO

Eso dicen.

RINALDI

Y después que vos...

LEONARDO

Yo nunca fuí su amante; fué mi modelo nada más; á mi estatua debe su nombre Imperia. En mi estudio de Roma la conoció el Príncipe Florencio.

RINALDI

Que os dejó... sin modelo. Ya veis que me dejo convencer. Enfermásteis de pena.

LEONARDO

De la *malaria.*

RINALDI

Cambió vuestra vida por completo: vuestro arte adoleció del cambio. ¿No es verdad que hicísteis pedazos un magnífico bloque de mármol preparado para esculpir una obra gigantesca? «El Triunfo de la vida»; una obra de genio, que no hubiera sido la última. Italia hubiera contado dos Leonardos igualmente grandes.

LEONARDO

¡Leonardo! No sabéis cómo ese nombre, el mío, influyó en mí desde que nací como un prestigio sobrenatural. Por devoción al divino de Vinci me llamó así mi padre: mi padre era un poseído del amor á todo lo bello; un idólatra de los grandes artistas... ¡Un nombre grande que me obligó desde niño á soñar con grandezas! Pero un gran ideal, solo desmenuzado en migajas puede lograrse. Ya lo veis: de aquel bloque mismo de Carrara, en que debí esculpir mi obra soñada, labré esas mil figurillas que habéis visto en Exposiciones y escaparates primero, después en saloncitos y *budoirs* elegantes; lindas, graciosas; el público las celebra y se venden muy bien. En vez de una llamarada de inspiración en una sola obra gigantesca, una chispa de gracia artística en cada juguete de esos; en vez del monumento que inmortaliza un hecho heroico y habla al alma de todo un pueblo, el *bibelot* que sostiene una lámpara eléctrica ó sirve de pisapapeles... ¡Y pensarán que así realizo mi ideal artístico! ¡Y por mis obras juzgarán de mi espíritu! ¡Verán la llanura de menuda arena; no

comprenderán que fué montaña que se derrumbó pulverizada!

RINALDI

¿Y cuando el ideal es de amor como el mío?...

LEONARDO

Ya sabéis el secreto. Romped el bloque de vuestra estatua soñada y contentáos con figurillas... Amad en cada una lo que hubiérais amado en una sola.

RINALDI

No es lo mismo decir he amado á muchos que decir he amado mucho. Juzgad por vos. Rompísteis el mármol. ¿Pero habéis olvidado á vuestro modelo, á vuestra Imperia? ¿Porqué estáis aquí si no es por ella?

LEONARDO

Todos estamos aquí por algo.

RINALDI

Por algo que no decimos. Lo cierto es que todos procuramos huir de nuestra vida; la vida impuesta por nuestra posición oficial en el mundo... Por eso acudimos á este lugar de promiscuidades en que todo se ve y se observa, pero en que todos convenimos en no enterarnos de nada. Ved; esta noche la presencia de la Princesa nos impone el respeto, y estamos todos aburridos sin agrado, como quien está con el pensamiento donde quisiera estar con cuerpo y alma.

LEONARDO

Pasamos por el mundo como sombras de nosotros mismos... Creemos conocer á los que pasan á nuestro lado, y nada sabemos de su alma.

PRÍNCIPE FLORENCIO

(A Harry Lucenti.) Acompañaré á mi madre cuando quiera retirarse; no quiero que se inquiete por mi salud;

diré que me acuesto y saldré en seguida á buscarte. ¿No faltará esa gente?

HARRY LUCENTI

Iremos al teatro á buscarlos. ¿No conoces el nuevo teatro de Mr. Jacob? Un *music-hall* espléndido; de un gusto deplorable, pero muy divertido. Con menos carácter, sin embargo, que la antigua barraca de títeres, junto al puerto, tan pintoresca con su público de marineros y cargadores, muy sorprendidos de ver aparecer por allí de cuando en cuando á una gran señora curiosa de aventuras. Pero aún existe la *trattoria* de Cecco con su clientela de siempre, pero con mejoras; el extranjero que se arriesga por allí, asiste á toda una representación: baile popular, duelo á cuchillo, *razzia* de la policía; todo ensayado y dirigido por Cecco... pero la verdad misma.

PRÍNCIPE FLORENCIO

Podemos cenar allí con esa gente; me divierte más que el eterno *restaurant* de *nuit*.

HARRY LUCENTI

Es más divertido. Advertiremos que nos supriman la representación por esta noche. Estamos en el secreto. *(Siguen hablando.)*

RINALDI

(A Leonardo.) Tenéis razón; debí consideraros antes como un amigo; pero vuestra amistad con el Príncipe me hizo desconfiar. Mi marido puede volver de Embajador á Suavia; entre esta gente no quiero que trascienda nada. De otro modo, ya hubiera dado aviso al prefecto.

LEONARDO

¿Al Signore? De ningún modo. Sin él sería esto un Paraíso; para justificar su sueldo y otras subvenciones indirectas, procura reunir aquí todos los inviernos á la

más florida pillería de todas partes. Pero no tengáis miedo; corre de mi cuenta ese asunto... ¿Decís que trabaja en el *music-hall?* ¿Un acróbata? ¿Un hermoso bruto?

RINALDI

Muy bruto, pero admirable... Sois artista; lo comprendéis todo.

LEONARDO

¿Y decís que os amenaza de continuo con dar un escándalo?

RINALDI

Llevo entregados más de cinco mil francos.

LEONARDO

¡Eso es horrible! Habéis sido débil... dos veces.

RINALDI

No diréis á nadie...

LEONARDO

Yo no; pero ya lo sabía; no vayáis á creer que lo saben por mí los que me lo dijeron antes.

RINALDI

¿Se dice? ¿Se sabe?

LEONARDO

No os asustéis. A Lady Seymour le ocurrió lo mismo con uno de sus *grooms,* y ahí la tenéis envuelta en el pabellón británico, sin dignarse dirigiros la palabra en en toda la noche. He notado que muchas personas le muestran á uno frialdad, no por lo que saben de uno, sino por lo que se figuran que uno sabe de ellos.

ETELVINA

Por eso debe uno decir todo lo que sepa de todo el mundo. No por mala intención, al contrario, para cultivar la humildad y la tolerancia; para que se vea que todos somos del mismo frágil barro. Después de todo,

la virtud solo está compuesta de los vicios que no se tiene. Si fuera virtud no comer manzanas, y yo hubiera sido Eva, no se pierde el mundo; porque yo no puedo ver una manzana; pero no se me ocurre murmurar de los que las comen; sus motivos tendrán.

LEONARDO

Todo tiene su razón; hasta la locura.

ETELVINA

(Levantándose.) Nos retiramos, es tarde. *(Al Príncipe Miguel.)* ¿Almorzarás mañana con nosotros?

PRÍNCIPE MIGUEL

Sin falta. Escribiremos al Emperador.

DUQUE

(A un criado.) El coche de su Alteza; señores, su Alteza se retira.

ETELVINA

Buenas noches á todos; bien hallados, antiguos amigos... Mylady... Siempre ocupáis el mismo lugar en mi afecto.

LADY SEYMOUR

Gracias, Alteza.

ETELVINA

Condesa... *(A Leonardo.)* Mi amable artista, vuestras obras ocupan siempre un lugar preferente en mi casa. ¿Trabajáis mucho? Es encantador vuestro nuevo estilo. Como los grandes artistas de otros tiempos, no desdeñáis ennoblecer con vuestro arte mil objetos entregados antes á la industria vulgar. Señores...

PRÍNCIPE FLORENCIO

(A Harry.) No tardes.

HARRY LUCENTI

Llegaré antes que tú. Hasta ahora.

PRÍNCIPE FLORENCIO

Querido tío, hasta mañana.

PRÍNCIPE MIGUEL

Cuida tu salud, no entristezcas á tu madre.

PRÍNCIPE FLORENCIO

Ya ves mi vida. No saldré en toda la noche.

ETELVINA

Así me lo ha prometido. *(Salen la Princesa Etelvina, el Príncipe Florencio, el Duque de Suavia, Edith y el Príncipe Miguel.)*

ESCENA II

La CONDESA, LADY SEYMOUR, LEONARDO, LORD SEYMOUR y HARRY LUCENTI. Después el PRÍNCIPE MIGUEL.

RINALDI

La Princesa se conserva admirablemente.

LEONARDO

Es joven todavía.

LADY SEYMOUR

Lleva una vida santa; es muy buena para los pobres.

RINALDI

En Suavia es muy popular.

LEONARDO

Yo creo que en la corte inquietaban más las virtudes de la Princesa que los extravíos de su hijo; por eso les han aconsejado que viajen.

LORD SEYMOUR

No me preocupo de los asuntos extranjeros.

LEONARDO

Hablaba para mí solo, milord; los artistas tenemos esa costumbre.

LORD SEYMOUR

Mala costumbre. *(A Lady Seymour.)* Te acompaño. ¿Dónde pasas la *soirée?*

LADY SEYMOUR

En *villa* Miranda. Hay música *di camera.* ¡Deliciosa!

PRÍNCIPE MIGUEL

(Entrando de nuevo.) La Princesa va encantada de vuestra amable compañía.

LADY SEYMOUR

A su lado todo es amable. Alteza, hasta muy pronto. ¿Habéis recibido la invitación para mi concierto?

PRÍNCIPE MIGUEL

Un concierto que solo una verdadera artista como vos sabría organizar. *(Salen después de saludar Lady Seymour, Lord Seymour y el Príncipe acompañándolos.)*

ESCENA III

LA CONDESA, LEONARDO y HARRY LUCENTI

RINALDI

¿Lo veis? Tampoco me ha invitado. No me importa. Para nada necesito su invitación.

LEONARDO

Por supuesto, os presentaréis sin ella.

RINALDI

Tenedlo por seguro.

HARRY LUCENTI

No os permitáis esa libertad con una dama inglesa; arriesgáis demasiado.

RINALDI

Me presentaré del brazo de uno de sus *grooms*.

HARRY LUCENTI

No está bien hablar de asuntos extraños.

RINALDI

¡Ah! Defendéis á vuestra hipócrita sociedad después que sois una víctima de ella.

HARRY LUCENTI

No me quejo. Yo hago mi voluntad, ellos la suya. Escandalizo á Inglaterra; el mundo es muy grande.

RINALDI

Y escandalizáis al mundo.

HARRY LUCENTI

El mundo es estúpido. Si viviera uno para el mundo... ¿Vos vivís para el mundo?

LEONARDO

La Condesa sí, y muy contenta.

RINALDI

Y me preocupo mucho de la opinión.

LEONARDO

Ya se conoce.

RINALDI

Sin ironía.

LEONARDO

En serio. ¡Vaya si se conoce! ¡Pues digo, si no os preocupara!...

HARRY LUCENTI

Me espera el Príncipe Florencio.

RINALDI

Es gran amigo vuestro... De haber llegado á emperador, hubiérais sido á su lado algo así como...

HARRY LUCENTI

¿Su bufón queréis decir?

RINALDI

Sois muy triste para bufón.

HARRY

Los *clowns* ingleses son así; pueden servir para hombres de Estado en otros países.

LEONARDO

Los bufones son siempre tristes. La risa es la gran enterradora. Se llora por lo que aún vive, por lo que aún duele, por lo que aún se recuerda; cuando se ríe de algo, amor, creencia, ilusión ó memoria, es porque está bien muerto. Los bufones de Shakespeare son lo más trágico de sus tragedias. Hamlet se empequeñece ante los sepultureros que cantan y ríen entre las sepulturas; y al golpear de sus azadas en la huesa, salta la calavera del bufón Yorik para reir todavía con la mueca horrible de sus mandíbulas apretadas... Todo muere; solo la risa sobrevive. ¿Qué es la vida eternamente renovada, sino la risa triunfadora con que el amor vence á la muerte?

RINALDI

Pero la muerte es el fin de todo... y después...

HARRY LUCENTI

Después, el infierno. Por suerte, en Italia tenéis un hermoso Infierno; ya os veo, querida Condesa, en el

mismo círculo que Francesca; en la mejor sociedad, como siempre.

RINALDI

No bromeéis con esas cosas. Yo tengo fe, y espero salvarme.

LEONARDO

¿Porqué no? Casi todas las vidas de santos, las más ejemplares, tienen dos partes; estáis en la primera todavía.

RINALDI

No hablemos de esto. ¡Si supiérais las noches que he saltado de la cama dando gritos, loca de espanto, porque al ir á dormirme, la idea de la muerte se apoderaba de mí! Y otras veces de día, en uno de esos días de luz y de fiesta, entre una multitud gozosa, pienso que toda aquella gente no existirá dentro de algunos años, que han de morir todos... y siento impulsos de gritarles como si un peligro inminente les amenazara; y cae sobre mí como un velo de silencio y de sombra... Paso muy mal rato; he consultado con los médicos.

LEONARDO

¿Y qué os han dicho?

RINALDI

Que procure distraerme; que duerma siempre con luz, con gente cerca.

LEONARDO

Es un tratamiento sencillo y que no altera la vida.

ESCENA IV

Dichos, el PRÍNCIPE MIGUEL y el SIGNORE

SIGNORE

¡Señores! ¡Ah! ¡La Condesa! ¡Cuánto tiempo sin verla! Pero no por eso os olvidaba.

RINALDI

Muy amable el señor prefecto; mucho más cuando, siempre que he tenido el gusto de verle, ha sido para asuntos desagradables. Cuando el robo de mis alhajas.

SIGNORE

¡Ya, ya! No tendréis queja de mí. Cuando os pareció oir ruidos subterráneos en vuestra *villa*... Y cuando aquel famoso *escroc* quiso haceros *cantar* por medio de unas cartas...

RINALDI

Falsificadas...

SIGNORE

Y cuando los famosos anónimos que recibía la mejor sociedad refiriendo horrores de vuestra vida... Siempre dispuesto á serviros y á protegeros.

RINALDI

Gracias, Signore... *(Bajo á Leonardo.)* Nunca me acuerdo de su nombre.

LEONARDO

Como no usa el verdadero, y todo el mundo lo sabe, se le llama el Signore... para no confundirse...

PRÍNCIPE MIGUEL

No sabía yo que la Condesa era una de vuestras mejores clientes.

SIGNORE

Temible. El robo de las alhajas, un reclamo formidable para hacerlas pasar por buenas; eran falsas y se tasaron en tres millones de francos. Y los anónimos los escribía ella misma para dárselas de calumniada.

PRÍNCIPE MIGUEL

Es graciosísima.

SIGNORE

Pero muy peligrosa.

RINALDI

(*A Leonardo.*) Me molesta el Signore; siempre saluda con aire misterioso, como si le hiciera á uno el favor de guardarle un secreto.

LEONARDO

Algunos guarda. Dicen que piensa publicar sus memorias.

RINALDI

Habrá que recoger la edición. ¿Me acompañáis?

LEONARDO

Vamos.

RINALDI

¿No tenéis interés en aguardar á Imperia?

LEONARDO

Ninguno. Vamos cuando queráis.

RINALDI

Alteza, agradecida á vuestra amable invitación.

PRÍNCIPE MIGUEL

¿Os retiráis tan temprano? Imperia debe llegar de un momento á otro. Sabe que estamos solos los preferidos, los intímos...

RINALDI

He decidido no ser vuestra amiga íntima. No sois agradecido. Yo creí que entre vuestra *villa* y la de Imperia no había más separación que un pequeño jardín y una puertecilla... Pero advierto que habéis levantado un muro infranqueable.

PRÍNCIPE MIGUEL

No seáis rencorosa. No fué culpa mía. La Princesa Etelvina admite á muy pocas personas en su intimidad.

RINALDI

Muy juiciosa determinación. Procuraré imitarla. Hasta la vista, Alteza.

HARRY LUCENTI

Voy también, Alteza.

PRÍNCIPE MIGUEL

Poeta diábolico, *cicerone* de infiernos como Virgilio, cuidad del Príncipe Florencio: su salud es muy delicada.

HARRY LUCENTI

Cuido de él tanto como vos, Alteza. Le quitásteis su amante por hacerle un bien; yo procuro hacer lo mismo, siempre que puedo.

PRÍNCIPE MIGUEL

Señores... (*Salen la Condesa, Leonardo y Harry.*)

ESCENA V

El PRÍNCIPE MIGUEL y el SIGNORE

PRÍNCIPE MIGUEL

¿Y á qué debo el placer de veros por aquí, Signore?

SIGNORE

El difícil cargo que desempeño, por complacer al Príncipe nada más, podéis creerlo, me obliga á molestias desagradables.

PRÍNCIPE MIGUEL

A mí no me molestáis nunca.

SIGNORE

No, el molestado soy yo. Figuráos que en Suavia se

observa con recelo que os halláis aquí reunidos los dos Príncipes, posibles herederos de la corona imperial.

PRÍNCIPE MIGUEL

Hasta ahora. Leed. ¿No teníais noticia?

SIGNORE

Un Príncipe heredero... Me alegro; digo, lo siento por vos... pero me alegro, sí.

PRÍNCIPE MIGUEL

No penséis en mí. Alegráos ó entristecéos... como lo sintáis.

SIGNORE

Me alegro, porque se temía que conspiráseis. Se me había encargado de vigilaros. Y para mí, que os conozco, que sé la vida que lleváis aquí...

PRÍNCIPE MIGUEL

Por no ser Emperador hubiera yo conspirado toda mi vida. ¿Creéis que puede cambiarse mi libertad por un imperio?

SIGNORE

No insistáis. ¿Os hubiera yo advertido si no estuviese seguro?... El gobierno de Suavia sueña con conspiraciones. Un día es un atentado, otro día una sublevación. La temporada pasada nos obligó á vigilar á un belga, sospechoso de anarquista, que vivía del modo más extraño: en un barracón de madera que él mismo se construyó. En efecto, recibía en su domicilio á las gentes más extrañas y más desarrapadas. Creimos haber dado con un centro terrible, procedimos á sorprenderlos y resultó que se trataba de un fotógrafo de vistas de cinematógrafo. ¡Eso sí! ¡Qué vistas!... El proceso fué por atentado á las buenas costumbres. Todavía conservo las películas. Si un día queréis presentar una curiosa exhi-

bición á vuestros íntimos, os la prestaré con mucho gusto.

PRÍNCIPE MIGUEL

Gracias. Podríais también sorprenderme ese día, creyendo que se conspiraba.

SIGNORE

En mi larga carrera jamás he cometido una indiscreción.

PRÍNCIPE MIGUEL

Y de algo debéis enteraros.

SIGNORE

¡Poseo la clave de tantos sucesos inexplicables!... La mayor parte de la gente conoce de la vida, como del teatro, la escena nada más; y la verdadera comedia está entre bastidores.

PRÍNCIPE MIGUEL

A propósito. El Príncipe Florencio...

SIGNORE

Siempre vigilado, aunque á veces es difícil la vigilancia. Ese inglés conoce unos sitios y á una gente... Haría buen policía.

PRÍNCIPE MIGUEL

Vos sí que sois insustituible.

SIGNORE

¿Verdad que sí? Insustituible. Quisiera yo ver esta torre de Babel, donde todo parece tranquilo, amable, en manos de cualquiera... Porque lo difícil de mi cargo no es enterarse de lo que conviene, sino dejar de enterarse de lo que no conviene. Alteza, á vuestras órdenes; y perdonad por haber tenido que sospechar de vos.

PRÍNCIPE MIGUEL

Estáis perdonado. *(Sale el Signore. Imperia ha ido bajando, durante el final de la escena, la escalera del Hall.)*

ESCENA VI

IMPERIA y el PRÍNCIPE MIGUEL

PRÍNCIPE MIGUEL

¡Imperia! ¿Cómo estás? No nos hemos visto en todo el día. No he tenido una hora libre.

IMPERIA

Yo también he tenido gente.

PRÍNCIPE MIGUEL

Ya veo...

IMPERIA

No, por eso, no; ya sabes que no me visto para los demás; me visto para mí. Me gusta verme así, con trajes hermosos. ¿No han querido esperarme tus amigos?

PRÍNCIPE MIGUEL

Todos tenían algún plan esta noche. La Condesa se ha enojado conmigo. No me pareció conveniente invitarla.

IMPERIA

Y ella se dió por invitada. Hizo bien. Donde asisten Lady Seymour y Harry Lucenti, bien puede asistir la Condesa. Es odiosa vuestra hipocresía.

PRÍNCIPE MIGUEL

En primer lugar, de Lady Seymour se dice, pero no se sabe; en cuanto al poeta, es amigo del Principe y es un artista...

IMPERIA

La Condesa, en su género, también es artista.

PRÍNCIPE MIGUEL

Es una loca. Ahora parece que está enamorada de un acróbata; y no se contenta con asistir al Circo todas las noches, sino que entra al *foyer* de artistas y alterna con ellos.

IMPERIA

Sí, la he visto allí algunas noches.

PRÍNCIPE MIGUEL

¿Tú? ¿Tú vas al Circo?

IMPERIA

Sí, desde hace cuatro noches, sin faltar una.

PRÍNCIPE MIGUEL

Nada me habías dicho.

IMPERIA

Nada me habías preguntado.

PRÍNCIPE MIGUEL

¿Y qué locura?...

IMPERIA

No es locura. Yo voy á ver á mi hija.

PRÍNCIPE MIGUEL

¿A tu hija? ¿Qué hija es esa? Yo no sabía...

IMPERIA

Nunca me has preguntado. ¿Qué sabes tú de mi vida? Lo que te han dicho los demás, que nada saben tampoco; lo que yo he querido decirte, que siempre te diré la verdad.

PRÍNCIPE MIGUEL

¿Y esa hija?...

IMPERIA

Es del único hombre á quien he querido.

PRÍNCIPE MIGUEL

Gracias.

IMPERIA

Le quiero todavía. ¡Siempre!

PRÍNCIPE MIGUEL

¿Y dónde está?

IMPERIA

En la cárcel, indultado de la pena de muerte, por toda la vida.

PRÍNCIPE MIGUEL

¡Poético incidente!

IMPERIA

Mató á un extranjero en Roma para robarle. Llevaba tres días sin comer. Los modelos no ganábamos nada; la *malaria* había ahuyentado de Roma á los artistas.

PRÍNCIPE MIGUEL

¿Y tú vivías entonces con él?

IMPERIA

No; él vivía con su madre; yo, con mis padres y mis hermanos y con mi hija. Mi padre tenía una barraca á orillas del río, medio hostería, medio teatro. Nos necesitaba á todos: por el día servíamos de modelos; por la noche bailábamos tarantelas en el barracón, y cantábamos canciones napolitanas. Leonardo tuvo que dar quinientas liras á mi padre para que me dejara ir á vivir con él.

PRÍNCIPE MIGUEL

¡Imperia! ¡Es horrible!

IMPERIA

Es la verdad. ¿Qué iba á hacer mi padre? Había que vivir.

PRÍNCIPE MIGUEL

Y tu hija, ¿qué edad tiene?

IMPERIA

Catorce años. Tenía yo quince cuando nació.

PRÍNCIPE MIGUEL

¿Y qué ha sido de ella en tanto tiempo?

IMPERIA

Allá con mis padres.

PRÍNCIPE MIGUEL

¿Y no se te ocurrió nunca tenerla á tu lado?

IMPERIA

¿Para qué? Yo enviaba dinero para que no les faltase nada. Allí estaba mejor. Yo sí hubiera vuelto muchas veces; pero traerla á ella...

PRÍNCIPE MIGUEL

¿Y ahora?

IMPERIA

Me escribieron que se había enamorado de un muchacho.

PRÍNCIPE MIGUEL

¿A los catorce años? ¡Qué precocidad!

IMPERIA

En Italia, no; no somos como vosotros. De un muchacho que bailaba también en el teatrillo. Se ha escapado con él.

PRÍNCIPE MIGUEL

¡Admirable!

IMPERIA

Y ahora están aquí contratados en el teatro nuevo de Mr. Jacob. Donina, se llama Donina, como yo en mi casa, es la estrella de la *troupe*. No es bonita, pero

es graciosa... graciosa. Es como yo era... como yo hubiera sido. Y el muchacho es un buen mozo. *¡Bello, bello!* Un ángel de Madonna, pero un pillete redomado. Las mujeres se le disputan, y Donina se desespera; es celosa, celosa como yo era, como yo hubiera sido.

PRÍNCIPE MIGUEL

¡Pero Imperia! ¡Me da frío oirte! ¿Y tú consientes?... ¿Tú?...

IMPERIA

¿Qué? ¿Que mi hija quiera á un hombre, que sea dichosa queriéndole y que sufra por él? ¡Esa es la vida! Yo le dije: «¿Quieres venir conmigo, vivir en una casa *bella, bella*... con vestidos como éste?» Y no quiere. Es natural: ¡no me tiene cariño!...

PRÍNCIPE MIGUEL

¿No quiere á su madre? ¡Es horrible!

IMPERIA

Es la verdad. ¿Porqué ha de quererme? La dejé cuando tenía dos años; sabía que yo estaba lejos, que la enviaba regalos y besos... por carta... Mis hermanos le dirían horrores de mí... y mis padres, porque, es claro, siempre les parecía poco lo que yo enviaba.

PRÍNCIPE MIGUEL

¿Puede vivirse así?

IMPERIA

¿Porqué? Si nos queremos. Que alguien hiciera daño á uno de la familia, nos vería á todos unidos para la venganza, sin perdonar al enemigo, aunque pasaran años. Y entre vosotros, ¿qué?... ¿Dónde está vuestro cariño? No os insultáis, ¡es claro! ni andáis á golpes, ni nadie da quinientas liras cuando se enamora ó se casa con una de las vuestras. Es que entre vosotros nada pa-

rece lo que es. Ni lo que sentís, ni lo que habláis... Y entre nosotros todo es verdad, por eso parece peor.

PRÍNCIPE MIGUEL

Acaso tienes razón. ¡Afrontamos tan pocas veces la verdad de vuestra vida!...

IMPERIA

Y ahora te dejo. Voy á ver á mi hija.

PRÍNCIPE MIGUEL

Yo también quisiera verla. Espérame allí.

IMPERIA

Pero no te des á conocer.

PRÍNCIPE MIGUEL

¿Porqué?

IMPERIA

Sabe que vivo con un Príncipe y ella se figura á un Príncipe de cuento de hadas... *¡Bello, bello!*

PRÍNCIPE MIGUEL

Y tendría una desilusión. ¿No es eso? ¡Qué amable!

IMPERIA

Es la verdad. Ella es... como yo era; solo comprende el amor... como el suyo... ¡Vida, alegría, juventud! (*Telón.*)

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

El salón de descanso en el «Music-hall»; figura una gruta fantástica. Veladores y sillas á un lado y á otro. Caballeros y señoras fuman y refrescan sentados á los veladores. Mozos van y vienen. Al fondo, orquesta de tziganes.

ESCENA PRIMERA

Mr. JACOB, un ARTISTA, RUJÚ-SAHIB sentado; bebe enormemente.

JACOB

(*Al Artista.*) ¿Y esto? ¿Qué os parece de esto? Permitidme: desde aquí es el punto de vista.

ARTISTA

¡Admirable! ¡Mágico!

JACOB

Había que encontrar esto... ¿Eh? ¿Qué me decís? Permitidme: desde aquí es otro punto de vista.

ARTISTA

¡Admirable! ¡Mágico!

JACOB

Idea mía; no se me ocurrió en un instante, podéis creerlo; ideas así no se tienen todos los días. El salón de descanso convertido en una gruta. Es un reposo para el cuerpo fatigado y la imaginación excitada por

el espectáculo deslumbrador de la escena. En toda Europa, en toda América, no habéis visto cosa semejante. Es el más espléndido *music-hall* del mundo. ¡Cuatro millones de francos enterrados! Podéis decirlo en vuestro periódico.

ARTISTA

En mi... ¡Oh, Mr. Jacob! Yo no soy periodista.

JACOB

¡Cómo! ¿No sois corresponsal del *Correo de Espectáculos de Milán* y del *Monitor del Empresario de Génova?*

ARTISTA

Yo no he dicho...

JACOB

¿Y una tarjeta que he recibido en la Dirección?

ARTISTA

No es mía. Una equivocación... Yo soy artista, artista bien conocido. Venía á proponeros un negocio brillante.

JACOB

Un negocio...

ARTISTA

Mi contrato; me recomienda...

JACOB

¡Y para esto me tiene dos horas, perdiendo mi tiempo en enseñarle mi teatro! *Andate al diavolo. Morte de un cane. Mais fichez moi la paix toute de suite.* ¡Perder mi tiempo! ¡Un tiempo sagrado!

ARTISTA

¡Mr. Jacob, Mr. Jacob!... *(Mr. Jacob sale apresuradamente, y el Artista le persigue.)*

RUJÚ-SAHIB

(Llamando á un mozo.) ¿Ha terminado la primera parte?

MOZO

En este momento. ¿No veis la gente que sale del teatro?

RUJÚ-SAHIB

Quita esta botella de delante, y trae otra botella. Esta la pago yo; no va á la cuenta de *madame.*

MOZO

Madame dice que no paga más cuentas; ayer armó un escándalo.

RUJÚ-SAHIB

Dice que ésta la pago yo; trae otra botella; no habla más ó rompe la cabeza.

MOZO

Voy, voy...

ESTHER

Mira el de los elefantes.

JULIETA

Es un tipo...

ESTHER

Para completar una colección.

JULIETA

A mí no me completa, me descabala; sería impar.

ESCENA II

Dichos, JENNY y TABACO

ESTHER

¡Oh, Tabaco, el clown negrito! ¡Qué gracia me hace! ¡Parece un mono!

JULIETA

¿Es su mujer?

ESTHER

Sí, ella es inglesa. Están casados de verdad, y deben quererse mucho porque tienen siete chiquillos.

JULIETA

¿Rubios?

ESTHER

Hasta ahora, no: todos al padre. ¡Qué desanimado está esto!

JULIETA

No hay más que mujeres.

JENNY

(A Tabaco.) ¿Estuviste en el Crédito?

TABACO

Sí. *(Apuntando en una cartera.)* Déjame hacer mi cuenta. He comprado cinco mil francos de renta turca. Si puedo vender como la semana pasada... son cien francos que se ganan.

JENNY

Muy bueno.

TABACO

Tiene que comprar un vestido nuevo para el trabajo.

JENNY

¿Para qué? ¡Tirar dinero!... Para hacer el clown. ¿Vas á poner vestidos de seda?

TABACO

El ruso pone uno cada noche.

JENNY

Y la gente no ríe más por eso. Ser artista como tú... ¿El ruso? Mr. Jacob es idiota de pagarle seis mil francos.

TABACO

A Mr. Jacob le parece mucho que yo le haga pagar

diez mil francos. Busca para echarme del público, pero el público no ríe más que con Tabaco. No hay más que un Tabaco en el mundo. Ahora pone al ruso en la segunda parte, en el buen lugar, y á mí al tercer número de la primera. Y el público viene temprano por verme, y se va temprano por no ver al ruso. El público es quien paga á los artistas; no son los empresarios quien pagan; no es el artista quien pone precio...

JENNY

Mr. Jacob es un canalla... Se cree siempre á la barraca. (*Entra el Cornac muy apresurado.*)

CORNAC

¡Mr. Rujú, Mr. Rujú!... ¡Venga en seguida! Nerón está muy enfadado. Ha roto la barra de su cuadra y no deja poner la manta para trabajar.

RUJÚ-SAHIB

¡Ahora va, ahora va! Eso es que tiene calor. Hace mucho calor. Que le den cerveza. Yo también quiero cerveza. ¡Mozo!...

CORNAC

Madame no quiere que los elefantes beban cerveza.

RUJÚ-SAHIB

Madame no quiere nada, por no pagar nada. Soy yo quien paga la cerveza. Una botella para mí, un cubo para los elefantes. (*Entra Mr. Jacob.*)

JACOB

¡Rujú, Rujú!... Uno de los elefantes está muy inquieto; ha hecho un estropicio en la cuadra: un estropicio de doscientos francos. Y lo peor es que no quiere trabajar.

RUJÚ-SAHIB

Sí trabaja, trabaja. ¡Pobre animal! Es una bestia dulce; solamente no le comprenden.

JACOB

Si no venís á poner orden...

RUJÚ-SAHIB

Espere; no hace nada *Nerón;* lo conozco yo; no hace nada; no tiene cuidado; el más dulce de los siete.

JACOB

Y no bebáis tanto. El público nota cómo salís á trabajar, y los elefantes también lo notan.

RUJÚ-SAHIB

¿Cómo salgo yo? Yo sé cómo sale... Yo sabe salir al público... Sois un imbécil de decir eso. Yo bebe, bebe... pero yo sé lo que bebe.

JACOB

Ma andate al diavolo. Domned rascal. (Rosina y Pepita detienen á Mr. Jacob.)

ROSINA

Mr. Jacob, ¿estáis enfadado?

JACOB

Ese indio salvaje, después de costarme doce mil francos y la comida de los animales... ¡Y no comen los animalitos! Y el público no se divierte; visto una vez, visto siempre. ¡Un buen negocio! ¡Ah, el negocio! Los que ven el público y me ven aquí solamente, dicen: «¡Ah, Mr. Jacob! ¡El hombre de la suerte! Teatro lleno, grandes *recetas*, el *maximum tous les soirs*...» Pero no ven dentro; no ven lo que son artistas, lo que es una administración, lo que es un negocio...

ROSINA

Vaya, Mr. Jacob, no me gusta verle enfadado; y ahora que voy á pedirle un favor.

JACOB

¡Favores, siempre favores!

ROSINA

Es para esta amiguita.

PEPITA

Monsieur...

ROSINA

¡Si fuérais tan amable que la concediérais una entrada de favor para la temporada!... Concedido, ¿verdad?

JACOB

¿Pero es posible que no encontréis quien os pague la entrada?

ROSINA

Y si no fuera por nosotras, ¿quién vendría aquí?

JACOB

Al contrario; habéis echado á la gente bien, á la gente...

ROSINA

No digáis. ¿Cuándo se ha visto por aquí tanto príncipe? ¿Conque seréis amable?

JACOB

Basta que sea recomendada tuya. Pasáos luego por la dirección. Pero aconseja á tu amiga que cuide un poco la *toilette.*

ROSINA

Acaba de llegar; todavía no tiene equipaje... pero corre de mi cuenta...

JACOB

¿De dónde procede tu amiguita?

ROSINA

De Marsella.

JACOB

¡Oh! ¡De Marsella! Que no diga que viene de Marsella. No es cartel.

ROSINA

Por supuesto. Como tampoco tiene el aire muy parisién; piensa lanzarse como española.

JACOB

Muy gastado también el género español; pero en fin, mejor que Marsella... Lo importante es hacerse una personalidad; no ser una más... En la cara hay algo... Bien dirigida puede llegar... Aunque es muy difícil... ¡Sois tantas! Pero no hay que desanimarse. Buena suerte, chiquitas, buena suerte. No puedo detenerme.

ROSINA

Muchas gracias, Mr. Jacob.

PEPITA

Muchas gracias. (*El príncipe Florencio y Harry Lucenti han salido momentos antes y se han sentado.*)

ROSINA

¿No te decía yo que era muy amable?... Mira, mira... Un príncipe. El Príncipe de Suavia.

PEPITA

¿Vienen muchos príncipes?

ROSINA

Verdaderos, pocos. (*Salen hablando.*)

JACOB

(*Al Príncipe.*) ¡Alteza! Un gran honor para mí y para mi teatro. A vuestras órdenes, alteza. ¡Caballero! Me olvidaba; en la semana próxima nuevos y sensacionales *débuts*. Un solo número veinte mil francos. El negocio de más en más difícil... ¡Alteza! (*Sale de espaldas haciendo cortesías.*)

HARRY LUCENTI

¡Admirable, Mr. Jacob!

PRÍNCIPE FLORENCIO

Debe llevar una vida muy alegre entre sus artistas. (*Mr. Jacob se ha acercado á Mad. Jenny, que hace labor de gancho.*)

JACOB

Pero Mad. Jenny, siempre hemos de reñir.

JENNY

¿Y porqué, Mr. Jacob?

JACOB

¿Es este sitio para que vengáis á hacer calceta?

JENNY

¡Oh! Hace lo que quiere. Trabajo para mis pequeños. ¿Qué mal hay en esto?

JACOB

Podéis hacer aquí también vuestra cocina si os parece.

JENNY

Es preferible hacer... lo que hacen otras.

JACOB

La culpa la tengo yo por tolerar que los artistas pasen con el público.

TABACO

¿A mí dice esto?

JENNY

Ya se ve que no estáis acostumbrado á tratar artistas.

JACOB

¿Yo no estoy acostumbrado á tratar artistas?

TABACO

No, esto no es un teatro; esto no es un circo... ¡esto es un burdel!

JENNY

(Señalando á las «cocottes».) Esas, esas son las artistas que necesito.

JACOB

¡Si no mirara al público!...

TABACO

¿Qué, si no mirara a público? Espera, espera. *(Disponiéndose á pegarle. Se interpone la gente, los separan.)*

UNOS

¡Mr. Jacob!

OTROS

¡Tabaco! *¡Messieurs! (Entra Cornac corriendo.)*

CORNAC

Mr. Rujú, Nerón rompe todo; quiere escaparse.

RUJÚ-SAHIB

¡Oh, va, va!... No dejan tranquilo. *(Sale con mucha calma, después de beber. Suenan los timbres.)*

JACOB

No quiero perder mi tiempo... un tiempo sagrado... Llaman para la segunda parte. *¡Stupid people! (Sale Mr. Jacob.)*

TABACO

No está un día más aquí; no está un día más... Te lo digo. *(Entra Mme. Lelia con un gran cabás.)*

LELIA

¿Qué os pasa, Mr. Tabaco? Habéis tenido un disgusto con Mr. Jacob. No me extraña. Es un grosero, un indecente... Buenas noches, Mme. Jenny. ¿Cómo están los niños?

JENNY

Demasiado bien. No hay dinero para lo que comen y lo que rompen.

LELIA

Todo es salud y fuerza; ya lo ganarán.

TABACO

Eso sí; serán unos acróbatas magníficos; mejor que los Sheffer.

JENNY

¿Y vuestro pequeño, Mme. Lelia?

LELIA

Muy fastidioso, muy fastidioso; como he tenido que quitarle el pecho... con mi trabajo del alambre no era posible; no podía sentarle.

JENNY

Yo he criado á los siete con biberón. Los artistas no podemos criarlos de otra manera. Y en seguida á comer de todo.

LELIA

¿Y qué decía Mr. Jacob?

JENNY

Muy enfadado porque hago aquí mi labor, un gabancito para mi Alex.

LELIA

También se enfadó conmigo la otra noche porque dice que este sombrero no está presentable. ¡Un sombrero que me costó quince francos en la última exposición de Paris! Aquí estamos demás los artistas y las personas decentes.

TABACO

Esto no es un circo. Cuando se ha trabajado al circo de Wulf á Berlín, al circo de Rentz á Viena, al de Corradini á Roma... Esos son establecimientos serios; allí un artista es un artista.

LELIA

Eso era antes; ahora todo está lo mismo poco más ó menos. Con cualquier aparato eléctrico ó cualquier *truco*, se improvisan artistas, y los verdaderos artistas tenemos que trabajar por nada. Me parece que mi marido, en su trabajo de dislocación, es un talento.

TABACO

No es posible más.

LELIA

Y yo en el alambre, sin vanidad, hago lo que pueda hacer cualquiera; y hago más, hago el paso de frente con pirueta y *flin-flan*, que soy la única mujer que lo ejecuta en Europa.

TABACO

No cabe más.

JENNY

Ha empezado la segunda parte.

LELIA

¿Entráis á ver el espectáculo?

JENNY

Sí, al clown ruso; mi marido necesita aprender.

LELIA

¿Es posible, Mr. Tabaco? ¡Qué bromista!

TABACO

Sí; Mr. Jacob encuentra muy gracioso al ruso.

LELIA

Yo espero aquí á mi marido. Muchos besos á vuestros pequeños, Mme. Jenny.

JENNY

Y al vuestro de mi parte, Mme. Lelia. *(Salen Jenny y Tabaco. Entran Nunú y Tommy.)*

TOMMY

(*Señalando al Príncipe.*) Están allí, mira.

NUNÚ

Ya decía yo que estarían aquí. Al Príncipe no le gusta entrar en el escenario.

TOMMY

¿Nos acercamos?

NUNÚ

Cuando nos llamen; ya conoces al Príncipe. Nos sentaremos aquí. Te convido. (*Se sientan.*)

TOMMY

¿Y cenamos allí esta noche?

NUNÚ

Sí.

TOMMY

¿Donina también?

NUNÚ

Es tonta... No quiere venir. Siempre celosa, porque yo bromeo con todas.

TOMMY

¿Porqué no bromea ella también?

NUNÚ

¿Ella? Si quisiera... con el Príncipe, nuestra fortuna.

TOMMY

¿Y porqué no la haces ir á la fuerza?

NUNÚ

¿A la fuerza? No la conoces. No vendría. Pero vendrá por celos; le dirán que yo estoy allí con otras mujeres... Y ella solita se meterá en la boca del lobo.

TOMMY

¿Pero al Príncipe le gusta Donina?

NUNÚ

¡Qué sé yo! Tiene ese capricho. Yo estoy harto de ella y necesito dinero, mucho dinero, para quitarme de esta mala vida y ser persona decente. El Príncipe es muy raro; como todos estos grandes señores, no sabe lo que quiere.

TOMMY

¡Ya, ya! ¿Sabes lo que le ha sucedido á Fred con una condesa? Le regaló muchas alhajas y bastante dinero, y ahora que se ha cansado de él, dice que ha sido un *chantage*, y le amenaza con la policía...

NUNÚ

¡La policía! Tonto será si se acobarda. Yo te aseguro que como coja al Príncipe por mi cuenta, no se quejará á la policía.

TOMMY

Pero el Príncipe... ¿porqué?

NUNÚ

¡Imbécil! Donina es menor de edad. Yo conozco la ley. Al Príncipe no le conviene un escándalo. ¿Has entendido?

TOMMY

¡Qué se yo! Si yo fuera príncipe me tendría todo sin cuidado.

NUNÚ

Y á mí también. Pero esta gente es así; quiere divertirse á su gusto y quiere que no se sepa, y eso cuesta dinero.

TOMMY

Pero mira que esta gente siempre va bien guardada, aunque no lo parezca.

NUNÚ

Este no. Hay interés en sorprenderle en algún mal

paso. Me ha hablado para ello gente de la policía que me ha visto con él. Parece que allá, en su país, tiene un partido grande que desea hacerle Emperador; por eso le han mandado lejos.

TOMMY

¿De modo que estás hecho todo un conspirador?

NUNÚ

¿Yo? ¡Qué me importa! Yo quiero dinero, que es todo lo que nosotros podemos sacar. Por mí, que sea Emperador. Yo solo deseo dejar esta vida, volver á mi tierra, casarme con la muchacha que quiero de verdad, una muchacha honrada de verdad. Su padre no me quiso porque yo era un perdido; pero cuando vea que tengo dinero, una posición...

TOMMY

De modo que Donina...

NUNÚ

Donina... es ella la que me quiere; yo me dejé querer como de las demás. Todas estas mujeres de teatro son buenas para... esos; *roba di principi*.

TOMMY

Y yo creí que la querías, que estabas tan contento con esta vida.

NUNÚ

Se vive como se puede, pero pensando en otra cosa que está más cerca o más lejos... ¿No vives tú también así?

TOMMY

Eso sí; pero yo estoy atado con esa mujer y el chico... ¿En qué voy á pensar?

NUNÚ

Para ti no, pero pensarás que tus hijos no sean como tú, que vivan de otra manera.

TOMMY

Eso sí.

NUNÚ

Pues ya ves.

ESTHER

¿Cuál es el Príncipe?

JULIETA

El más joven, el que no habla. No habla nunca. Y esas *(señalando á Rosina y Pepita que se habrán sentado antes á la mesa del Príncipe)* estarán tan orgullosas. Han hecho su suerte.

ESTHER

Entonces ¿á que viene aquí el Príncipe?

JULIETA

Por los artistas. Su secretario particular, ese inglés que le acompaña siempre, organiza unas cenas... muy originales, según dicen, en una especie de caverna frecuentada por la peor gente. *(Rosina y Pepita, que acompañan al Príncipe, se levantan y se despiden.)*

ESTHER

Parece que desisten muy aburridas... Y ellos se ríen.

JULIETA

Naturalmente. Yo las digo algo al pasar...

ESTHER

No vayas á escandalizar y Mr. Jacob nos recoja la entrada.

PRÍNCIPE FLORENCIO

¡Oh! Harry, me aburro esta noche, me fastidio. ¿Qué inventarías?

HARRY LUCENTI

Marchar á Suavia; haceros proclamar Emperador; declarar la guerra al mundo entero...

PRÍNCIPE FLORENCIO

¡Calla, poeta imperialista!

HARRY LUCENTI

¿Porqué no? Y emperador yo mismo. ¿Recuerdas lo que dice Hamlet? Yo podía vivir en una cáscara de nuez y creerme el soberano del más vasto territorio del mundo.

PRÍNCIPE FLORENCIO

Pero estos sueños me hacen infeliz, añade.

HARRY LUCENTI

A mí no. Yo reino dentro de esa cáscara de nuez. He fundado el imperio de mí mismo, en guerra con todo el mundo. Mi espíritu es una isla más inexpugnable que las islas de mi patria.

PRÍNCIPE FLORENCIO

¿Y cómo has conseguido?...

HARRY LUCENTI

Haciéndome odiar de todos. Todas las flaquezas, todas las concesiones, todas las cobardías de nuestro espíritu, son obra del amor, de la simpatía. Por ella concedemos á los demás cualidades que en realidad no poseen, y nos creemos obligados á mostrarles en cambio cualidades que nosotros no poseemos.

PRÍNCIPE FLORENCIO

Paradojas. De mí no te has hecho odiar.

HARRY LUCENTI

Todavía no. Nunca te he dicho la verdad.

PRÍNCIPE FLORENCIO

Porque no habrás querido... Puedes decírmela.

HARRY LUCENTI

¿La verdad? Eres un pobre diablo de Príncipe, ridículo y mezquino en todo.

PRÍNCIPE FLORENCIO

¡Bah! El *Wisky*.

HARRY LUCENTI

La verdad, Florencio, la verdad. ¡Tus escándalos, tus vicios! Quieres escandalizar á la humanidad, y solo escandalizas á las vetustas damas de la corte de Suavia. Tus bacanales son partidas de restaurant á quinientos francos; escapadas de colegial que ha leído cuatro malas novelas. Los antros infernales á que desciendes con miedo mal disimulado... éstos. ¡Salve Imperator! ¡Heliogábalo! ¡Hijo del sol!

PRÍNCIPE FLORENCIO

¿Has terminado? Por esas verdades no conseguirás que te odie... Los tiempos no consienten Nerones ni Heliogábalos... Tampoco tú has podido llegar á Shakespeare, aunque hayas escrito sonetos como los suyos; uno, por cierto, copia de otro italiano del siglo XVII.

HARRY LUCENTI

(Muy indignado.) ¡Mentira! Yo no plagio á nadie... Calumnias de envidiosos; ya demostré que el soneto italiano era apócrifo; lo inventaron para mortificarme; lo demostré y ya nadie lo cree. Es un imbécil el que diga... Tú lo eres si lo dices...

PRÍNCIPE FLORENCIO

(Riendo.) Ya ves, querido Harry, cómo es más fácil hacerse odiar de un poeta con la verdad, que de un Emperador.

HARRY LUCENTI

¡Bufone! *(El Príncipe se levanta y se dirige hacia Nunú y Tommy.)*

PRÍNCIPE FLORENCIO

Querido Harry, vamos, combina algo grande y dia-

bólico para esta noche. Tienes crédito por más de quinientos francos. Buenas noches, Nunú; buenas noches, Tommy.

NUNÚ

¡Alteza!

PRÍNCIPE FLORENCIO

Sentáos, cubríos... ¿No habéis trabajado todavía?

NUNÚ

No, nuestro número va casi al final; os esperábamos.

PRÍNCIPE FLORENCIO

¿No faltará nadie esta noche? ¿Ni la *tua* Donina?

NUNÚ

Donina...

PRÍNCIPE FLORENCIO

Dí que eres tú quien no quiere que vaya... Lo voy sospechando; quieres pasar por cínico; dices: ¡Bah! la *piccola* Donina *me n'infischio*... Y estás enamorado y la guardas para ti solo.

NUNÚ

¡Oh, no, Alteza! Ella es la que está enamorada de mí; ya lo sabéis... (*Fijándose en una sortija del Príncipe.*) Permitid. ¡Qué hermosa sortija!

PRÍNCIPE FLORENCIO

¿Te gustan las joyas?

NUNÚ

Más que todo.

PRÍNCIPE FLORENCIO

(*Reparando en una de Nunú.*) Ya veo...

NUNÚ

Es un vidrio de color... De noche, á la luz, hace bien... Cuando no se puede otra cosa... ¿Y esa piedra cómo se llama?

PRÍNCIPE FLORENCIO.

Rubí; y ésta es un ópalo.

TOMMY

Esa es de mala suerte.

PRÍNCIPE FLORENCIO

Para los demás. ¿Te atreves á llevarla? (*Arrojándole la sortija.*)

TOMMY

¡Ya lo creo! (*Poniéndose la sortija.*) Gracias, Alteza. Lo que sentiré es no poder llevarlas mucho tiempo; porque entre nosotros, llega un día de apuro... Esa será la mala suerte.

NUNÚ

(*Ofendido.*) Ahora es Tommy vuestro amigo.

PRÍNCIPE FLORENCIO

Tú no lo eres mío. Para ti no hay regalo. Estamos reñidos.

NUNÚ

¿Y si esta noche os preparo una sorpresa?

PRÍNCIPE FLORENCIO

Entonces tendrás una sortija que haga morir de envidia á todos tus compañeros.

NUNÚ

¡Oh, *bella!*

PRÍNCIPE FLORENCIO

Y otras muchas cosas que yo sé que deseas. (*El Príncipe saca una petaca de oro y ofrece cigarrillos.*)

NUNÚ

¡Otra petaca! De oro... Todas son de oro... Pero ésta tiene piedras. ¿Es vuestro nombre?

PRÍNCIPE FLORENCIO

No, unos versos en inglés... Guárdala, Nunú.

NUNÚ

Alteza...

PRÍNCIPE FLORENCIO

Guárdala, te digo.

NUNÚ

¡Oh, *bella!* ¿Has visto, Tommy? Son brillantes y... como eso...

TOMMY

Rubíes...

NUNÚ

¿Y decís que son versos?... (*Leyendo.*) *Oh you the master mistress*... No leo más.

HARRY LUCENTI

Ni te hace falta.

NUNÚ

Ahí viene Donina con Zaida.

HARRY LUCENTI

¿Esa muchacha árabe, según dice ella?

NUNÚ

Sí, sí lo es. De Constantina, en Argelia. Es hebrea. Bailaba danzas orientales; después su empresario se la dejó al nuestro y baila con nosotros. Puede pasar por napolitana.

PRÍNCIPE FLORENCIO

Yo creí que lo era.

NUNÚ

Es una muchacha tristona: siempre llora; llora por todo.

PRÍNCIPE FLORENCIO

¿Y esa con quién está?

NUNÚ

Con ninguno. A mí me quiere, lo conozco; pero es tan amiga de Donina, que cuando le digo algo se pone

como una fiera. A Donina la quiere con ceguedad; es una leona para defenderla.

HARRY LUCENTI

Entonces, acabaréis por quereros todos.

NUNÚ

Os digo que no. Es inocente como un niño recién nacido.

PRÍNCIPE FLORENCIO

No es extraño. Entre vosotros... Ya no nos veremos hasta luego. ¿Iréis desde aquí?

NUNÚ

Con los trajes del teatro, como se ha convenido.

PRÍNCIPE FLORENCIO

¿No faltará nadie?

NUNÚ

Creo que no. Quiero probaros que soy vuestro amigo.

PRÍNCIPE FLORENCIO

Hasta luego. Vámonos, Harry. *(Viendo á Imperia, que ha salido momentos antes con Donina y Zaida.)* ¡Ah, Imperia! ¿Has visto, Harry? *(Nunú y Tommy se han acercado al grupo de las mujeres. Donina se levanta y disputa con Nunú, algo apartados de los otros.)*

HARRY LUCENTI

Sí; me han contado la historia que le trae por aquí. Amistad antigua y fraternal (entre estas gentes todo es *fraternal*) con la madre de Donina: fueron compañeras de *troupe*. Supo que la chiquilla estaba aquí; vino á verla una noche... y ha vuelto. Esta es la verdad oficiosa.

PRÍNCIPE FLORENCIO

No sabrá mi tío que su amiga frecuenta estos luga-

res; le parecería una falta de decoro. Habrá que decírselo.

HARRY LUCENTI

¡Oh, sí! Debe decirse todo lo que puede molestar. *(Salen el Príncipe y Harry.)*

NUNÚ

(A Donina.) Ya has visto con quién hablaba.

DONINA

Y antes en la escena. ¿Crees que no lo sé, que no lo he visto? No quedaba otra; la japonesa, mientras su marido trabajaba... Y esta noche sé que hay gran fiesta; pero no has contado conmigo.

NUNÚ

Al contrario: estás invitada.

DONINA

¿Yo, yo? Para que delante de mí... Lo que me da más rabia no es que tú rías con otras y las abraces y las beses. Es que si alguno pretende hacer lo mismo conmigo, tú lo consientes y te rías también.

NUNÚ

¡Qué tonta eres! *(Saca la petaca y enciende un cigarrillo.)*

DONINA

(Viendo la petaca.) ¿Qué es eso? ¿Quién te ha dado esto? ¿Qué dice aquí?

NUNÚ

¡Ja, ja, ja!

DONINA

(Furiosa, pisoteando la petaca.) ¡Mira, mira: ya no dice nada; ya no es nada! ¡Y lo mismo haría contigo y con quien!...

NUNÚ

(Amenazándola.) ¡Donina!... ¿Qué haces? ¿Qué has hecho? ¡Te juro que!...

IMPERIA Y ZAIDA

(Se interponen.) ¡Quieto, Nunú!

NUNÚ

¡Si no fuera porque estamos aquí!...

DONINA

¡Pégame, mátame! ¡Sí, es preferible todo!...

ZAIDA

(Abrazando á Donina.) ¡Donina! ¡Pobre Donina!

NUNÚ

Vámonos á vestir, Tommy, vámonos. Esta noche vendrá. *(Salen Nunú y Tommy.)*

ZAIDA

No llores aquí; hay gente. Que no vean...

DONINA

¡Qué me importa todo!

IMPERIA

Y ahora, ¿quieres venir conmigo?

DONINA

¡No, no! ¡Con él siempre, aunque me mate! ¡Si antes no era así!... ¡Me quería mucho! Me engañaba con todas, es verdad; pero yo era siempre su Donina, la primera, la única después de todo. Y yo, en el fondo, hasta me sentía orgullosa de que todas le quisieran y que él, después de burlarse de ellas, volviera á mí siempre sin haberme olvidado. Pero ahora, no: hay peor voluntad en él. Más que con engañarme, parece que goza con que yo lo sepa. Y son esos hombres; desde que vinieron...

ZAIDA

Es muy malo Nunú, ahora es muy malo. Yo le quería antes. Donina no tenía celos de mí; sabía bien que le quería por ella; un cariño del corazón... Yo era como una hermana de los dos, Donina lo sabe. Pero es verdad, Nunú no es como era. Ya no reimos con sus bufonadas; porque era alegre, alegre. Cuando estaba contento, todo era risa á su alrededor.

DONINA

¿Verdad que sí? ¡Éramos tan felices!...

ZAIDA

Horas enteras nos pasábamos riendo y cantando y bailando de alegría para nosotros solos y sin cansarnos, sin pensar que luego, en el teatro, teníamos que cantar y bailar en serio para el público.

DONINA

¡Eramos muy felices!

ZAIDA

Y los tres juntos lo hubiéramos sido siempre.

DONINA

Son esos hombres, han sido esos hombres del infierno; ese Príncipe pálido que hiela la sangre solo con mirar.

IMPERIA

Sí, el Príncipe; le conozco bien; solo goza atormentando y envileciendo.

DONINA

Pero esta noche iré con ellos; eso es lo que quiere.

IMPERIA

¡No, eso no! Por el hombre que quieres, por el que eligió tu corazón y es igual á ti, vive... como se vive...

entre goces y penas; ya ves que ni te aconsejo ni te aparto de su cariño. Pero del Príncipe, sí; nunca te acerques adonde esté ese hombre. A su lado solo se respira el odio, la miseria, la vergüenza. Sus queridas han de vestir harapos y son maltratadas sin piedad; se rodea de miserables y, á fuerza de dinero, no hay infamia que no consiga. Entrega una niña á un viejo repugnante; un mozo fuerte y sano á una mujerzuela enferma, y compra las hijas á los padres, las hermanas á los hermanos... Esas son sus fiestas de infierno. Muchas veces allá en Suavia, en una noche de hielo, recogía por las calles á cuantos dormían al raso, y con su séquito de hambrientos miserables llegaba al depósito de muertos, de cuantos se suicidan ó mueren en la calle asesinados, ó de frío ó de hambre. En invierno los había á montones: hombres, mujeres, criaturas también... ¡Era horrible! Y él arrojaba monedas de oro sobre los cuerpos muertos, y era una rebatiña cruel de aquella turba alocada por el brillar del oro. Una moneda caía sobre una herida abierta, y cien manos se estrujaban encima. Se empujaba á los muertos, se los pisoteaba, y él... ni reía siquiera: contemplaba, contemplaba siempre, como debe contemplar el demonio desde el infierno, todas las maldades que pueden cometer los que tienen hambre, obligados por los que no tienen corazón. Ese es el Príncipe pálido, el que hiela la sangre solo con mirar.

DONINA

Por algo le odio. Y Nunú no volverá nunca con él, ó no me verá más.

IMPERIA

¿Vendrás conmigo?

DONINA

¡No, sin él, no! He dicho que no me verá más, porque me mataría. De otro modo no puedo dejar de verle.

IMPERIA

Amor á vida ó muerte... ¡Sea!

ZAIDA

Donina, oigo la música del número que va antes del nuestro. No lleguemos tarde.

DONINA

Es verdad. A cantar y á bailar. No irá esta noche, no irá. ¿Entrarás á verme?

IMPERIA

Sí.

DONINA

Hasta luego. Dame un beso. *(Por Zaida.)* Y á ti también.

ZAIDA

También yo la quiero mucho, señora; á todos los que quieran á Donina. *(Salen Zaida y Donina. Entran la Condesa Rinaldi y Leonardo.)*

LEONARDO

Lo que no me parece bien es que, apenas acabo de salvaros de un grave peligro, según asegurábais, os encuentre hablando con Rujú-Sahib, el domador de elefantes.

RINALDI

¿Vais á suponer?... ¡Un indio, un bárbaro!... Me refería particularidades de sus elefantes. Es muy curioso... La vida de esta gente es muy interesante, más divertida que la nuestra. ¿Qué os parece si yo, de pronto, me presentara en un circo? ¿Qué diría la gente?

LEONARDO

Que habíais sentado la cabeza, porque no sería el mayor disparate que habíais hecho.

RINALDI

La verdad es que esta vida siempre igual... ¡Qué monotonía!

LEONARDO

Y como suprimáis en lo que consiste la monotonía de vuestra vida, sospecho que vais á aburriros mucho.

RINALDI

Vaya, convidadme. Quiero tomar un helado; un *tutti frutti*, son deliciosos.

LEONARDO

Con mucho gusto. ¡Ah, Imperial ¿Habéis visto?...

RINALDI

Sí, y otras noches...

LEONARDO

¡Qué extraño! ¡Y viene sola! ¡Y con ese traje!...

RINALDI

Ella siempre viste imperialmente. Pero también alterna con los artistas; solo que no trabaja en mi género.

LEONARDO

No entiendo...

RINALDI

¡Qué inocente! ¡Como si no conociérais á vuestra *modelo* mejor que yo! A propósito. Cuando la conocísteis, ¿qué era de su vida? ¡He oído tantas historias!...

LEONARDO

Yo la conocí en Roma, entre la multitud de modelos que pueblan la plaza de España. Donina, como la llamaban entonces, era una figurilla vulgar, de una pobreza triste; esa pobreza de las grandes ciudades, que no es solo de hambre de pan, es hambre de todos los goces de la tierra. Entre otros modelos de oficio men-

digaba una limosna de atención; los artistas no hallaban en ella belleza alguna. Tampoco yo; pero un día me pidió una limosna; su voz no era débil ni plañidera: era una voz firme que exigía atención; hablamos, y al hablar su cara era otra, otra la expresión de sus ojos, la actitud de su cuerpo. Ya no era la pobre modelo, era una obra de arte... era mi estatua... Imperia, que muy poco después daba á conocer mi nombre... ¿La recordáis? Era ella, con las piernas descalzas, una faldilla hecha jirones y el cuerpo medio desnudo; figuraba haber trepado por una roca con penoso esfuerzo, y ya, en la cima, su cuerpo caía rendido sobre un trono y su cara resplandecía con una expresión indefinible... una sonrisa de vida que triunfa ó de muerte que lleva al descanso... Hace tiempo que no he vuelto á contemplar mi obra; mi sentimiento del arte no es el mismo de entonces, pero estoy seguro de que algo había en ella. Una combinación de materiales atrevida: las rocas del pedestal eran de granito, la figura de mármol y el trono de bronce dorado resplandeciente.

RINALDI

¿Y qué significa aquella estatua?

LEONARDO

¡Qué sé yo! Quiere el artista hablar en sus obras y las obras hablan por nosotros. La estatua era... ya lo veis; era mujer, Imperia; una mujer miserable que sube entre rocas, destrozado su cuerpo, y llega á un trono... Podía ser también algo más grande. El poderío del mundo conquistado al fin por todos los miserables de la tierra. ¡Qué sé yo! Era el esfuerzo humano por lograr lo que sueña... ¿Y quién no sueña un trono? Un trono en que triunfe nuestra voluntad con sus egoísmos y con sus amores.

RINALDI

¿Y cuánto tiempo duraron vuestras relaciones con Imperia?

LEONARDO

Muy poco. El mismo aliento que dió vida á mi estatua infundió un nuevo espíritu en Donina; fué la estatua hecha mujer... fué Imperia. El Príncipe Florencio la conoció en mi estudio, cuando yo terminaba mi obra. Era todavía la pobre Donina, con sus harapos y su carita de hambre... Ya conocéis los gustos del Príncipe. Una mañana se despidió de mí. «¿Adónde vas, chiquiquilla?», le pregunté. «A Suavia», me respondió. «A ser Emperatriz». No pude reirme; había tal firmeza en sus palabras, tal fe de iluminada en sus ojos, que no era posible oponerse á su destino: aquella muchacha podía ser Emperatriz.

RINALDI

¿Y no ha desistido de su sueño todavía?

LEONARDO

De su vida después, no sé nada. Dicen que el Príncipe Florencio la maltrataba como un rufián; que ella quiso matarle; que salió desterrada de Suavia; que en París se reunió con el Príncipe Miguel, y desde entonces vive tranquila y solo piensa en enriquecerse.

RINALDI

El Príncipe Miguel es el más rico de los príncipes de Suavia.

LEONARDO

Y es pródigo como un soberano de otros tiempos.

RINALDI

¿Pues qué mejor imperio que el dinero para dominar al mundo? A esa realidad más práctica habrán quedado

reducidos los sueños imperiales de vuestra Imperia. ¿No era dorado el trono de vuestra estatua?

LEONARDO

Era dorado, porque dorada es la luz, y era un trono de luz, de sueño, de ideal. *(Imperia se levanta y va á saludarlos.)*

IMPERIA

¡Condesa! ¡Leonardo! ¿No me habíais visto?

RINALDI

No. Perdonad...

IMPERIA

¿Y hablábais de mí?

RINALDI

¿Nos oíais desde allí?

IMPERIA

No; pero no era difícil adivinarlo... Me mirábais de cuando en cuando... Comentábais mi presencia aquí, sin duda.

RINALDI

Eso no; también estamos nosotros.

LEONARDO

¿Y á la Condesa le sería difícil explicar la causa?

RINALDI

¿Difícil? ¡Nada de eso! Aquí, poco más ó menos, todos estamos por lo mismo. Podemos saludarnos y hablar con franqueza, aunque mañana parezca que no nos hemos visto.

IMPERIA

Son nuestras almas brujas las que se saludan; las llamo así por un recuerdo mío. Cuando yo era una chiquilla, cerca de nuestra casa vivía una pobre mujer, muy vieja y de aspecto muy venerable. Vivía sola, y parecía una

buena mujer. Tenía su casa muy limpia, cuidaba sus flores, daba de comer á sus palomas, cosía sus ropas: ¡muy afanada todo el día! Una vida siempre igual y siempre apacible. Pero las gentes murmuraban que era bruja y que todos los sábados, apenas daban las doce, volaba al aquelarre, y allí, con otras brujas, rendía adoración á Satanás. Lo cierto es que un día, al amanecer de un domingo, la vieja apareció muerta fuera de su casa, muy lejos de ella, en un descampado; tenía un puñal clavado en el corazón; pero nadie supo del asesino, ni la causa del asesinato, ni el motivo de hallarse aquella mujer en aquel sitio, cuando todos la vieron la noche antes cerrar su puerta como todas las noches, y á la mañana siguiente la puerta seguía cerrada.

RINALDI

¿Y creéis que en efecto?... Habrá que creer en las brujas.

IMPERIA

En aquéllas, no; pero, entre las horas de la vida más apacible, hay para todos una noche del sábado, en que nuestras almas brujas vuelan á su aquelarre. Vivimos muchos días indiferentes por una hora que nos interesa. Vuelan las almas brujas, unas hacia sus sueños, otras hacia sus vicios, otras hacia sus amores: hacia lo que está lejos de nuestra vida y es nuestra vida verdadera.

RINALDI

Es verdad. Estamos en nuestro aquelarre. Podemos saludarnos. ¡Salud, hermana!

IMPERIA

¡Salud, hermanos! ¿Hacia dónde voláis, hacia el bien ó hacia el mal?

LEONARDO

Yo, hacia donde la vida se desvanece como un sueño.

RINALDI

Yo, hacia el reino de los amores, donde no penetra nunca la muerte.

LEONARDO

Y tú, Imperia, ¿qué buscas?

IMPERIA

Yo me busco á mí misma. Busco á Donina pobre, á Donina ignorante, á Donina enamorada. Tu arte me reveló la belleza que yo poseía, y por ella conseguiré lo que sueño.

LEONARDO

¿Y es?...

IMPERIA

Atesorar, atesorar; el dinero es la fuerza; con él todo se consigue: el bien ó el mal, la justicia ó la venganza.

RINALDI

Ha terminado el espectáculo. La gente vuelve á invadir estos sitios.

LEONARDO

Y ya debemos retirarnos.

RINALDI

Ved... El indio... ¿De veras no os interesa saber cómo se domestica á los elefantes?

LEONARDO

No; pero me interesa saber cómo se domestica á un domador... Si queréis nos sentaremos á su lado.

RINALDI

No seáis imprudente. Se ve que no tenéis costumbre de estas cosas.

LEONARDO

Podéis creerlo. Pero todo será acompañaros... (*Sale Zaida corriendo y llorando y se abraza á Imperia.*)

ZAIDA

¡Señora! ¡Señora! ¿No sabéis? Donina...

IMPERIA

¿Qué?...

ZAIDA

Está loca; no ha querido hacerme caso... Después de lo que habéis dicho, deja que la lleve Nunú con esa gente, con el Príncipe.

IMPERIA

Ese miserable Nunú la ha vendido. ¿Tú sabes dónde están, verdad?

ZAIDA

Salieron con el mismo traje de escena... Sí, sé dónde están; no sé el nombre, pero conozco el sitio.

IMPERIA

Ven conmigo.

ZAIDA

Sí, vamos, vamos... Pero así... ¡No sabéis entre qué gente!...

IMPERIA

¿Qué importa el traje? Voy entre los míos... Ya me conocerán. Voy á impedir una infamia más de un poderoso ó á vengar muchas de una vez en una sola. Vamos. Buenas noches, Condesa; buenas noches, Leonardo.

RINALDI

¿Dónde vas, Imperia?

LEONARDO

Buenas noches, Imperia.

IMPERIA

Más lejos todavía. Hacia otras almas brujas. Es la noche del sábado. *(La gente ha vuelto á llenar el salón y la música de tziganes á tocar.) (Telón.)*

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

La taberna de Cecco. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

MARINEROS y gente maleante juegan y beben en diferentes grupos. CECCO y GAETANO sirven vino y atienden á todos. MAESTÁ, vieja harapienta, sentada sola á una mesa, parece dormitar. PIETRO; después el COMISARIO.

MARINERO 3.°

Aquí ese dinero. Por mi cuenta, más vino.

GAETANO

Va en seguida.

MARINERO 2.°

No juegues más.

MARINERO 3.°

¡Déjame!

MARINERO 2.°

Yo retiro mi dinero. Es bastante.

MARINERO 3.°

Toma, hombre; no quiero oirte.

MARINERO 2.°

No; si tú sigues...

MARINERO 1.°

¿Se juega?

MARINERO 3.°

Sí... Va todo.

GAETANO

(A Cecco.) ¿De dónde es esta gente? No conozco...

CECCO

De un *yate* que llegó esta mañana. Llevan sus colores. ¿Cómo va eso?

GAETANO

Se defienden. Traen dinero.

CECCO

Ya veo. Pero esta noche no conviene ruido. Que se entretengan, pero sin llevarles todo. No salgan luego gritando. Ya volverán mañana.

GAETANO

Si quieres, se acaba la partida.

CECCO

No; tampoco conviene que esto se quede solo. Mientras estén tranquilos... *(Entra el Comisario.)*

COMISARIO

Buenas noches, Cecco.

CECCO

Buenas noches. ¿Hay novedad?

COMISARIO

Ninguna. Ya hemos visto entrar al Príncipe.

CECCO

Sí; allí está.

COMISARIO

¿Qué gente hay con él?

CECCO

Yo no conozco á todos. El inglés y esa gente del circo.

COMISARIO

(Leyendo una lista.) No sé si falta alguno; tu dirás. Lucenti... el inglés, Nunú y Tommy, de la *troupe* napolitana. Donina, Celeste, Teresina, mujeres de la misma *troupe*. Dick y Freed, *jockeys* del duque de Sealand y dos muchachas inglesas... ¿Hay más?

CECCO

Nadie más.

COMISARIO

Si ocurre algo, cerca estamos.

CECCO

Ya sé; ahora os llevarán algo con que entreteneros. La noche está fresca.

COMISARIO

Sí; hay una neblina... Hasta luego, Cecco... ¿Y esa gente?

CECCO

La de siempre.

COMISARIO

¿Y esos marinos?...

CECCO

De un *yate* que llegó esta mañana. ¿No le has visto?

COMISARIO

Ya sé. Hasta luego.

MARINERO 1.º

Hoy es día grande. Anda por aquí buena gente. ¿Estaremos seguros?

CECCO

Se ve y se calla.

UNO

(Acercándose á Maestá y sacudiéndola.) Y tú, ¿cómo no eres de esa fiesta?

CECCO

Dejad á la pobre. No se mete con nadie.

UNO

El Príncipe ha debido invitarte. Es que no te habrá conocido. Has debido decirle: «Alteza, somos iguales... En un tiempo yo también fuí reina, todavía me llaman todos Maestá.»

MUCHOS

(Riendo.) ¡Ja, ja, Maestá!

MAESTÁ

¡Canallas!

CECCO

Dejadla he dicho. No hagas caso, Maestá.

MAESTÁ

¿Yo? Ni los veo ni los oigo. Están muy lejos.

MARINERO 3.°

¿Es una loca?

PIETRO

No; es que á estas horas está siempre...

CECCO

Pero es verdad lo que dice. Yo lo sé porque lo he oído contar á gente que la conoció entonces. Ha sido muy hermosa y querida de un rey, y ha tenido palacios y coches y brillantes.

MARINERO 3.°

Serán historias.

UNO

Por vieja que sea y por mucho que haya cambiado, no es posible. Yo no lo creo.

MARINERO 3.°

La verdad es que viéndola...

UNO

Vamos, cuenta esa historia. ¿Qué rey era ese? ¿Dón de estaban tus palacios?

PIETRO

Cuenta, abuela, cuenta. Pues señor, este era un rey...

CECCO

Dejadla tranquila.

MAESTÁ

¡Canalla, gentuza! ¿Qué voy á contaros? Sí no creéis más que lo que ven vuestros ojos. ¿Me veis ahora? Pues he sido hermosa, y retratos de mi cara y estatuas de mi cuerpo guardan en palacios y museos; pero aunque os llevara delante y os dijera... esa soy yo... no lo creeríais. Me han querido muchos hombres muy poderosos, muy grandes, muy sabios... También un rey, que por una palabra mía hubiera dejado su corona. ¿Me veis así? Pues vestidos bordados con perlas que valían un reino, he llevado encima de mi cuerpo... En flores gastaba yo en un día lo que ahora quisiera para vivir lo que me queda de vida. ¿No lo creéis? No queda nada en mí, ¿verdad? Sí; acercáos. *(Quitándose unos mitones de lana.)* Quedan estas manos que nunca trabajaron. Manos de reina, que muchos han besado agradecidos... Es mi orgullo. Para guantes nunca me falta; aunque no coma. Vedlas. ¿No son de reina?

PIETRO

Sí es verdad.

UNO

Algo había de quedarte. Aún puedes tener besamanos.

MAESTÁ

Vosotros podéis llegar á poseer todas las riquezas de la tierra, ó conquistar todos sus reinos, ó proclamaros reyes... Y vuestros nietos no tendrán unas manos como estas mías.

PIETRO

Manos rotas.

UNO

Pudieron guardar algo más que la blancura; no te verías como te ves, si es verdad lo que dices.

MAESTÁ

Estas manos no saben guardar. Saltaban sobre ellas los tesoros como el agua en la concha de mármol de una fuente, para caer más esparcidos.

UNO

Harías muchas limosnas.

PIETRO

Mucho bien.

MAESTÁ

Bien ó mal, ¡qué sé yo! Llegaba á mí gente necesitada, llegaba gente perdida... Para todos igual... ¡Si fuera uno á pensar!... El diablo se ríe de esos prudentes que niegan la limosna pensando en que puede ser para vino... Hay que repartir alegría alegremente. Para muchos es más necesario el vino que el pan... Nadie come flores y flores da la tierra. Muy seco está el corazón que no da flores.

PIETRO

¡Bien dicho!

UNO

¡Vaya, abuela!

CECCO

¿Nos os dije que no está tan loca? Vaya, ahora convidadla.

PIETRO

A lo que ella quiera.

MAESTÁ

Es lo mismo.

MARINERO 3.°

A champagne, ¡qué menos para una reina!

UNO

Champagne, champagne... Traedlo, aquí se paga.

PIETRO

¿Tienes champagne?

CECCO

Esta noche sí; lo traigo si no es broma.

UNO

Ya que no te convida el Príncipe, te convidamos nosotros.

MAESTÁ

El Príncipe de Suavia; yo he conocido al Emperador; entonces era Príncipe heredero; le ví en una revista militar, en un caballo blanco; era una arrogante figura... Ya debe ser muy viejo. También conocí á la Princesa Etelvina, la madre de este Príncipe; era una niña entonces. ¿Quién la conocerá?

CECCO

El Champagne, vengan vasos.

PIETRO

A su Maestá primero. Un brindis. ¿Quieres vivir mucho todavía?

MAESTÁ

¿Porqué no? Lo que Dios quiera.

PIETRO

Por tu salud entonces.

MAESTÁ

Por la vuestra y por vuestra felicidad, que aún es tiempo para vosotros. Sí, es champagne.

CECCO

¿Pues qué creías?

MAESTÁ

Que era burla. ¡Cuánto tiempo que no lo había bebido!... ¡Dios os lo pague! ¡Otra copa! Es un vino alegre; y no es malo éste, Cecco; yo lo entiendo.

PIETRO

Esta noche no eres la única Maestá que hay en la casa.

ESCENA II

Dichos, IMPERIA y ZAIDA, que aparecen en la puerta.

IMPERIA

¿Es aquí?

ZAIDA

Sí señora. ¿No os da miedo?

IMPERIA

¿Porqué? Así era mi casa. ¡Adelante!

PIETRO

(Viendo á Imperia.) Es noche de reyes.

CECCO

¡Silencio!

PIETRO

¿Eran así tus vestidos, Maestá?

UNO

¿No conoces á esta reina?

MAESTÁ

¿Reina?... ¡Como yo lo fuí! No la conozco. Las que yo conocí ó han muerto ó son ya viejas.

IMPERIA

¿Ha venido el Príncipe? No lo ocultéis. Sé que venía aquí esta noche; sé con quién está.

CECCO

¿Os esperaba? Nada me ha dicho.

IMPERIA

No, no me espera. Un momento. (*Escribe con lápiz en un papel.*) Entregadle esto y traedme en seguida su contestación.

CECCO

Está bien. ¿Queréis sentaros?

IMPERIA

No. ¿No habrá otro sitio donde aguardar?

CECCO

Un cuartucho peor, allá arriba.

IMPERIA

No tardes.

CECCO

No tengáis miedo; es buena gente. (*Vase Cecco.*)

IMPERIA

No me asusto.

ZAIDA

Señora... Ya siento haberos dicho...

IMPERIA

¿Porqué? ¿Crees que tengo miedo? Ni extraño el sitio ni la gente; me extraño á mí misma.

PIETRO

(*A Maestá.*) Sí; debes ofrecerle una copa. Entre iguales...

UNO

En casos como éste debes hacer los honores.

MAESTÁ

(*Tambaleándose, con risa de embriaguez.*) Venga, venga... (*Ofreciendo una copa á Imperia.*) ¡Señora!...

ZAIDA

(Asustada.) ¡Ay!

IMPERIA

No te asustes. ¿Qué desea, buena mujer?

MAESTÁ

También yo soy Maestá... ¿No me conocéis?

PIETRO

No tengáis miedo; es una loca muy divertida.

MAESTÁ

Esta noche he tenido fiesta en mi palacio; os ofrezco una copa de champagne. Bebed sin miedo: no está envenenado. Yo no tengo porqué quereros mal. ¿Qué podéis quitarme? Yo soy feliz. ¿Quién puede quitarme esta felicidad? Pero tened cuidado; no todos son como yo. Hay gente mala. A mí también me han hecho mucho mal; pero yo, ¡á nadie, á nadie! Por eso estoy alegre. ¡La alegría no pueden quitármela!

ZAIDA

Tengo miedo.

IMPERIA

Yo, no; al contrario; me agrada oir estos desconciertos de locos. Hay en ellos algo sobrenatural que puede ser profético. ¡Toma, pobre mujer!

MAESTÁ

¿Oro? ¿Lo veis? Más champagne. *(Arrojando las monedas.)* ¡Champagne!

PIETRO

Guárdalo, guárdalo; te hace falta.

MAESTÁ

Nada, no necesito nada; para vosotros. Que traigan más champagne. *(Cae amodorrada.)*

ESCENA III

Dichos. HARRY

HARRY LUCENTI

¡Imperia!...

IMPERIA

¿Y el Príncipe?

HARRY LUCENTI

Me envía á ofreceros el brazo para que nos acompañéis, ya que habéis venido hasta aquí.

IMPERIA

¿Y sabe el Príncipe porqué he venido?

HARRY LUCENTI

Tal vez por celos...

IMPERIA

¿De quién?

HARRY LUCENTI

Estas noches os han visto en el Circo...

IMPERIA

Pensaréis de mí algo monstruoso, algo digno de vos y del Príncipe.

HARRY LUCENTI

Algo divertido... El Príncipe se alegrará de veros. El brazo...

IMPERIA

Sí, llevadme. (*Se oye gritar dentro.*) ¿Qué es eso?

CECCO

(*Entrando precipitadamente.*) ¿Qué ocurre?

HARRY LUCENTI

¿Quién grita?

CECCO

(Cierra la puerta.) ¡Silencio! ¡Todos quietos! ¡No salga nadie!

ESCENA IV

Dichos; CECCO y TOMMY sosteniendo al PRÍNCIPE. CELESTE, TERESINA, los dos jockeys, NUNÚ y DONINA. Todos presos del mayor espanto.

UNO

¿Qué es eso?

OTRO

¿Qué pasa?

CECCO

¡El Príncipe!...

IMPERIA

¡Sangre!

HARRY LUCENTI

¿Está herido?...

MARINEROS Y GENTE

Vamos de aquí. ¿Qué es esto?

CECCO

(A Gaetano.) Cierra bien esa puerta. De aquí no sale nadie. *(Gaetano saca un cuchillo y defiende la puerta.)*

PIETRO

¡Paso! ¡Quita ó!... *(Algunos sacan cuchillos y puñales.)*

CECCO

Es peor. Vendrá la policía y nos cogerá á todos. ¡Calma, calma!

NUNÚ

(A Donina, con violencia.) ¡Has sido tú!... ¡Tú!... ¡Estamos perdidos!

DONINA

¡Sí, yo he sido, yo he sido! ¡Por ti, miserable, miserable!

IMPERIA

¡Tú!...

DONINA

Me había vendido, ¿no sabes?... ¡Miserable, miserable!

CELESTE

¿Pero van á dejarle morir así?

CECCO

¡Sea lo que sea! De aquí no sale nadie.

HARRY LUCENTI

No brota sangre. Mala señal. No vuelve en sí.

CECCO

La policía está cerca. Habrá oído los gritos... Si viene hay que abrir. ¡Calma! ¡Esa sangre!... *(Vierte una botella.)* ¡Ya está!... Vosotras, alrededor. Sostenedle bien. Y vosotras, cantad y bailad. ¿Dónde está la armónica? ¡Es la policía! ¡Pronto... ó estamos perdidos! *(Hacen todos lo indicado.)*

DONINA

¡Dios mío, Dios mío!

NUNÚ

(Empujándola.) ¡A bailar! ¿No has oído? *(Donina, Nunú, Zaida y Tommy bailan la «tarantela».)*

ESCENA V

Dichos y el COMISARIO

COMISARIO

¿Qué ocurre?

CECCO

Ya lo veis... ¡Nada!

COMISARIO

Oimos gritos...

CECCO

La fiesta... Ya nadie sabe lo que se hace. Hay buen humor... El Príncipe apenas puede sostenerse. Ahí está... Cerramos la puerta para que no entrara nadie á estas horas. ¿Queréis tomar algo?

COMISARIO

No. Buenas noches.

CECCO

Buenas noches. (*Los sigue con la vista, desde la puerta, á los de dentro.*) ¡Seguid, seguid!... (*Las mujeres que estaban al lado del Príncipe se levantan aterradas. El Príncipe rueda bajo la mesa.*)

CELESTE

¡Está muerto!

TERESINA

¡Ay! (*Gran confusión. Todos quieren salir.*)

CECCO

¡Me habéis perdido! ¿Qué hacemos ahora? ¡De mi casa no sale nadie!

NUNÚ

(*Amenazándole.*) ¡Saldremos todos!

CECCO

Es inútil. La policía tiene los nombres de todos los que estáis aquí; os cogerán pronto. Entre todos hay que salvarse.

IMPERIA

¡Harry, á mi casa en mi coche! Es lo mejor. Que no le encuentren aquí. Ya pensaremos... ¿Estáis dispuesto?

HARRY LUCENTI

¡Sí, en seguida!

CECCO

¿Vais á sacarle? Es lo mejor; pero más tarde; hay que esperar... Pasa gente á estas horas. Yo alejaré la policía. Vosotros id saliendo poco á poco... ¡y cuidado!

PIETRO

Por supuesto. ¡Cualquiera habla!

UNO

A todos nos importa callar.

CECCO

Y vosotros no dejéis de cantar y de bailar. ¡Vamos!

DONINA

(Dejándose caer rendida.) ¡No puedo más... aunque me maten!

CECCO

(Acercándose á Maestá.) Esta no ha visto nada. Esos no dirán nada.

HARRY LUCENTI

(Por el Príncipe.) ¡Está muerto! ¡Frío ya!...

IMPERIA

Sí. ¡Muerto, muerto! ¡Qué horrible!... *(Telón.)*

FIN DEL CUADRO TERCERO

CUADRO CUARTO

Un gabinete en la Villa de Imperia.

ESCENA PRIMERA

IMPERIA y la CONDESA. Imperia escribe una carta que entrega á un Criado. Se oye dentro la voz de la Condesa Rinaldi.

RINALDI

(Dentro.) Para mí está siempre, os lo aseguro; no tengáis cuidado. *(Imperia se levanta precipitadamente y va al encuentro de la Condesa.)*

IMPERIA

¡Condesa!

RINALDI

Qué inesperada visita ¿verdad? Ni el portero, ni los criados, querían dejarme pasar. Me dijeron que descansábais. Pero necesitaba veros con urgencia y atropellé por todo. Estoy perdonada. Ya veo que estáis sola. Al venir he visto al Príncipe Miguel muy cerca de la Villa de la Princesa; sin duda iba á visitarla.

IMPERIA

Sin duda. ¿No habéis hablado con él?

RINALDI

No; él guiaba un cochecillo, yo he venido á pie. Necesito andar mucho para fatigar estos nervios. Nos sa-

ludamos nada más. Y anoche ¿cómo terminó vuestro aquelarre?

IMPERIA

Anoche...

RINALDI

No sois buena conmigo; tanto como os quiero y tenéis secretos para mí. Si fuérais de otro modo, algunas veces podíamos comunicarnos impresiones y aventuras... Y eso que he decidido cambiar de vida por completo; acabaron las locuras. Por fortuna he encontrado á tiempo á un hombre que será mi salvación. ¡Ah, si le hubiera encontrado antes en mi camino, en lugar de tantos otros por los que he comprometido locamente mi nombre y mi tranquilidad!...

IMPERIA

Y es...

RINALDI

No es de estos hombres que por desgracia nuestra encontramos á cada paso; es un alma primitiva, un corazón sencillo... Le conocéis.

IMPERIA

¿Yo?

RINALDI

¿Habéis visto los siete elefantes del Circo?

IMPERIA

¡Condesa!

RINALDI

Pues bien; el domador... ¿Os reís?

IMPERIA

Decíais que habían acabado las locuras.

RINALDI

¿Os parece una locura? Es que todavía no conocéis mis proyectos.

IMPERIA

Decid, contadme. ¡Ojalá fueran las mayores extravagancias, las más extrañas locuras!... ¡Sueños, locuras, cuanto aleje de nosotros la realidad que quiere imponerse!... ¡Si supiérais!... Hay sueños, pesadillas horribles con tales apariencias de realidad, que escapándose de nuestro sueño quieren entrarse en nuestra vida... Yo he soñado, estoy segura de que he soñado algo que me parece haber visto y oído en efecto; algo que no puede ser, que no ha sido... Por eso ahora deseo oiros cosas extrañas, fantasías de sueños... locuras; para llegar á confundirlo todo, á no saber cuándo se sueña entre fantasmas, cuándo se vive entre realidades...

RINALDI

Mis proyectos son muy razonables. Quiero poner en orden todos mis asuntos; dedicarme por completo á la administración de mis bienes. Para ello se me presenta una ocasión única; una especulación brillante, para triplicar el capital en un año.

IMPERIA

No sabéis cuánto os agradezco la visita. Todo se olvida á vuestro lado.

RINALDI

Si lo tomáis á risa .. Es un asunto muy serio.. Rujú, se llama Rujú... ¿Lo sabíais? Un nombre oriental... Pues bien, Rujú no es el verdadero Rujú...

IMPERIA

No comprendo.

RINALDI

El verdadero Rujú-Sahib era el anterior propietario y domador de los elefantes; éste de ahora era su criado nada más... Cuando murió el verdadero Rujú, su viuda, una inglesa... heredó los siete elefantes y propuso al

criado que él continuara trabajando con ellos mediante un sueldo que ella le pagaría... Pero es una explotación infame. Mientras él expone su vida y solo cobra un miserable jornal, la viuda, la propietaria, cobra de las empresas cantidades fabulosas... ¿Qué os parece? ¿No tienen razón los explotados para maldecir de los explotadores? El pobre Rujú se lamentaba con lágrimas en los ojos... ¡Ah! me decía: si los elefantes fueran míos; si yo tuviera cien mil francos, si yo encontrara quien quisiera asociarse conmigo...

IMPERIA

No digáis más, os conmovísteis; pensáis comprar los elefantes... y presentaros en el Circo...

RINALDI

Yo, no. ¡Qué locura! Yo los compro; él los presenta; yo cobro el cincuenta por ciento de las contratas... ¡No tenéis idea! Son doce mil francos al mes; contrato todo el año... y los siete elefantes domesticados en cien mil francos es una ocasión única... No sabéis lo que cuesta un elefante... Y estos son de la India, de la mejor clase; se los distingue por las orejas y por la trompa.

IMPERIA

Se ve que habéis estudiado el asunto, que no es una locura.

RINALDI

¡Qué ha de ser! ¿En qué pueden emplearse mejor esos cien mil francos? Por eso he venido á veros tan de mañana. Yo no dispongo por el momento de esa cantidad; mi cuenta del Crédito solo llega á sesenta ó setenta mil francos... Es cuestión de quince días. Sé que á cualquiera que me hubiera dirigido... Pero quiero daros una prueba de confianza y de amistad...

IMPERIA

Yo quisiera corresponder... pero ahora mismo no puedo contestaros. Ignoro si puedo disponer de esa cantidad.

RINALDI

¿Cantidad? ¿Llamáis á eso una cantidad?

IMPERIA

Esta tarde podré contestaros; creedme.

RINALDI

Esta tarde... Sé que la tardanza es una coquetería de vuestra parte. El príncipe no os niega, no puede negaros nada... Ya veis que os he hablado como una amiga verdadera, y que vuestra amistad me ha costado el sacrificio de otras amistades; no es que yo quiera hacerlos valer...

IMPERIA

Ya digo que os enviaré la contestación. *(Un criado anuncia.)*

CRIADO

Su Alteza.

ESCENA II

Dichos y el PRÍNCIPE MIGUEL

PRÍNCIPE MIGUEL

¡Condesa! *(A Imperia.)* ¿Cómo estás?

IMPERIA

Bien... La Condesa me dijo que te había visto camino de la *villa* de la Princesa. ¿Has estado allí?

PRÍNCIPE MIGUEL

Sí; debía haber almorzado allí; ¿pero no sabes?...

IMPERIA

¿Qué?

PRÍNCIPE MIGUEL

Ya te diré... Anoche no pude ir al Circo como pensaba; un nuevo telegrama de Suavia me obligó á buscar al Duque.

IMPERIA

¿Qué ocurre?

PRÍNCIPE MIGUEL

Nada.

RINALDI

Alteza... comprendo que tenéis que hablar con Imperia.

PRÍNCIPE MIGUEL

Nada urgente.

RINALDI

Ya sabéis que si prescindo de invitaciones cuando se prescinde de mí injustamente, no las necesito para retirarme espontáneamente cuando temo ser indiscreta. Hasta la vista, Alteza... Querida amiga, no saldré de casa en toda la tarde; espero vuestra contestación. *(Sale la Condesa.)*

ESCENA III

IMPERIA y el PRÍNCIPE MIGUEL

PRÍNCIPE MIGUEL

¿Cuánto te ha costado la visita de la Condesa?

IMPERIA

Veo que la conoces.

PRÍNCIPE MIGUEL

Eso sí, en compensación siempre cuenta historias muy divertidas. Su nueva aventura vale cualquier dine-

ro. Me la refirió Leonardo. Tú la sabrás; es historia del Circo... Y tu Donina, ¿la viste anoche? Ya ves que no se me ocurre dudar de ti; creo cuanto me dices.

IMPERIA

Haces bien. Has sido noble y generoso conmigo. Tu lealtad bien merece la mía. No trataste de retenerme junto á ti por cálculo interesado; de una vez me entregaste riquezas bastantes para rescatar mi libertad. Yo no quiero esclavos, dijiste. Y al darme libertad, para siempre me obligó á ti la gratitud.

PRÍNCIPE MIGUEL

¿Para siempre? Tu espíritu es inquieto, ambicioso de grandes sueños; y yo solo quisiera que todos los días se pareciesen; que pasaran como un solo día, sin una inquietud, sin una preocupación... Y la amenaza del Imperio se aproxima de nuevo... El niño Príncipe se muere...

IMPERIA

¿Se muere?...

PRÍNCIPE MIGUEL

Nació con un soplo de vida... Telegrafiaron de nuevo á poco de recibir el telegrama anunciando su nacimiento. El Emperador desea que el Príncipe Florencio y su madre vuelvan á la corte, desea reconciliarse con él... tal vez piense abdicar; está muy cansado, el pueblo amenaza con revoluciones. Ya no es posible un imperio despótico... Y la salud de Florencio conspira en contra mía. Otra vez cerca del trono.

IMPERIA

Muy cerca... El Príncipe Florencio nada más... ¿Y le has visto hoy?

PRÍNCIPE MIGUEL

No; estuve en la *villa*, debía haber almorzado allí;

pero su pobre madre está muerta de pena... Florencio no ha vuelto desde anoche.

IMPERIA

Y no saben...

PRÍNCIPE MIGUEL

Nada puede habérsele ocurrido. Le amanecería en cualquier tugurio, y por no salir ya de día... He enviado recado al Prefecto.

IMPERIA

Dices que su madre...

PRÍNCIPE MIGUEL

Le costará la vida; no puede acostumbrarse, es un sobresalto continuo. Hoy estaba más alarmada que otras veces. Dice que á media noche se despertó sobresaltada; que le pareció oir un grito...

IMPERIA

A media noche...

PRÍNCIPE MIGUEL

Y ya le parece un presentimiento... A mí mismo ha llegado á preocuparme. Aunque tengo la seguridad de que nada ha ocurrido, ya sabríamos... la policía le vigilaba... No es posible. Tampoco se ha visto á Harry Lucenti por ninguna parte. No tardará el Signore en traerme alguna noticia.

IMPERIA

¿Sabéis dónde estaba?

PRÍNCIPE MIGUEL

Lo sabían, y con quién estaba... Si no, es posible que... ¿Es que tú también crees que puede haberle ocurrido algo?

IMPERIA

¡Ese grito que oyó su madre!... ¿No crees tú que las almas pueden llamarse desde lejos? Sí; él debió pensar

en su madre; gritó... ¡Madre mía!... Y su madre oyó el grito.

PRÍNCIPE MIGUEL

¿Qué dices, Imperia? ¿Deliras?

IMPERIA

Digo, si algo le hubiera sucedido. Sí... debe temerse todo, debe esperarse todo. *(Entra un criado.)*

CRIADO

El señor Prefecto desea ver á su Alteza.

PRÍNCIPE MIGUEL

En seguida. Pronto sabremos... *(Sale el Príncipe.)*

ESCENA IV

IMPERIA y después HARRY LUCENTI. Imperia escucha á las puertas. Harry Lucenti, en el mismo traje, pálido y con muestras de embriaguez, aparece en una de ellas.

IMPERIA

¿Quién es? ¡Ah! ¿Porqué venís aquí? No le dejéis solo.

HARRY LUCENTI

Puede estar solo. No se mueve. Oí que hablaban... Saben ya...

IMPERIA

No... buscan; lo sabrán pronto. En este momento quizás. Volved allí, que no os vean; no le dejéis solo.

HARRY LUCENTI

Está bien oculto, bajo una tela de brocado: digno sudario de un emperador. ¡Qué insignificante muerte; como su vida!... Luís de Baviera fué el último rey.

IMPERIA

¡Oh! ¡Callad, callad! No quiero oiros... No quiero veros... Sois como él... Así debía morir; ¿qué importa porqué mano?...

HARRY LUCENTI

¿Creéis que ha sido castigo del cielo?... No creáis esas cosas, Imperia. Casualidad, casualidad. Hay muchos bribones que mueren de viejos en su cama y bendecidos por sus hijos.

ESCENA V

Dichos y LEONARDO

IMPERIA

¡Leonardo! ¡Cuánto has tardado!

LEONARDO

Ahora mismo recibo tu carta. ¡Oh, Harry!... ¿Qué haces aquí?

HARRY LUCENTI

Imperia te dirá... ¿Yo? Un triste oficio que no da que hacer, pero da que pensar... ¡Silencio! *(Se retira.)*

ESCENA VI

IMPERIA y LEONARDO

IMPERIA

Desde que nos separamos, yo no sé lo que piensas de mí, Leonardo, cuál será tu recuerdo... Yo sé que en los momentos decisivos de mi vida, cuando en el corazón habla la verdad de nuestros afectos, solo he pensado en ti como en un amigo leal y seguro. ¿Estoy engañada?

LEONARDO

No, Imperia; nos separamos sin odio y sin lucha. Tú amabas la vida, y quisiste realizar mi sueño... la idea de mi obra de arte... Yo, en tanto, huyendo de la vida, me refugiaba en los sueños del pensamiento... Nos separó la realidad... Dí porqué me llamas ahora.

IMPERIA

Para destruir la realidad que quiere imponerse á nuestra vida. Tu idea, nuestro sueño, el trono de tu Imperia... ¡Qué cerca! No es heredado, no; los miserables no heredamos tronos, pero es nuestra la fuerza para derribarlos, nuestra la inteligencia para llegar muy cerca de ellos y reinar sin ser reyes. ¿Te acuerdas? Voy á Suavia á ser emperatriz, te dije. No soy emperatriz, pero reino en el corazón de un emperador; su vida es mía, lo conozco, lo sé; no puede vivir sin mí... ¿Qué dices? Es tu Imperia, tu obra de arte... Es tuya el alma que alienta en mí... Creación de tus sueños de artista.

LEONARDO

Sí; mi Imperia, mi amor; mi único amor; vive por mí, triunfa por mí. Yo no supe más que soñar.

IMPERIA

Sí, triunfaré... Pero es preciso destruir la realidad... El Príncipe heredero de Suavia se muere... El viejo emperador abdica la corona...

LEONARDO

Entonces... el Príncipe Florencio...

IMPERIA

El Príncipe Florencio ha muerto.

LEONARDO

¿Ha muerto?

IMPERIA

Sí; ha muerto asesinado esta noche, delante de mí. No; yo misma le he asesinado.

LEONARDO

¡Tú! ¿Qué dices, Imperia? ¡Deliras!

IMPERIA

¡Sí... yo .. yo! Es igual, mi Donina, mi hija... Defendía su juventud, su inocencia, su amor. Ha sido la venganza de cuantos sucumbimos antes. ¿No lo crees? Mira, es su propio puñal; es, como suyo, un precioso estilete, una joya cincelada con arte; el puño es de oro y de piedras preciosas. Dicen que jugaba con él entre amenazas y caricias. «¿Serías capaz de matarme?», preguntaba. «Un beso antes, y es tuyo»; y ofrecía como una joya el puño de oro. Mi Donina, al sentir sus besos, le hundió la hoja de acero en el corazón. No, no deliro; no son fantasmas de aquelarre... ¿Te acuerdas? «Es la noche del sábado», te dije al despedirnos. Sus horribles fantasmas me persiguen en la realidad; llegaron hasta aquí. ¿Quieres verle? Ahí está. Harry Lucenti vela su cadáver.

LEONARDO

¡No, no es posible! Eso no ha sucedido. Me cuentas un sueño, una pesadilla.

IMPERIA

Yo lo he creído también. Cuando llegué aquí me olvidé de todo; hace un instante hablaba y reía con la Condesa... y todo me parecía lejano ya, como una pesadilla de otro mundo, del aquelarre de nuestras almas brujas; pero es verdad, Leonardo, es verdad.

LEONARDO

Entonces, ¿qué esperas? Si saben que tú...

IMPERIA

Nada temo; lucharé, venceré; los fantasmas no me acobardan. Pronto vendrán; acaso sepan... Ya ves, estoy tranquila. Verás cómo todos callan.

LEONARDO

No, Imperia; tu cuerpo tiembla. ¿Qué miras?

IMPERIA

No, no; estoy tranquila. ¡Silencio! Vienen.

LEONARDO

Sabrán...

IMPERIA

Lo diré yo si no lo saben.

ESCENA VII

Dichos, el PRÍNCIPE MIGUEL y el SIGNORE

PRÍNCIPE MIGUEL

Imperia, el señor prefecto desea hablar contigo. Leonardo, perdonad; no os había visto.

LEONARDO

Alteza...

PRÍNCIPE MIGUEL

(Al Signore.) Si deseáis hablar á solas, yo acompañaré á Leonardo.

IMPERIA

No, yo deseo que asista también al interrogatorio, porque supongo que el señor prefecto desea interrogarme.

LEONARDO

En efecto.

IMPERIA

Y yo deseo contestar en presencia de mis amigos; sola, ante la autoridad del señor prefecto, acaso me acobardaría demasiado.

PRÍNCIPE MIGUEL

Desgraciadamente, los indicios de que al Príncipe Florencio le ha sucedido algo grave, aumentan por momentos. Nadie le ha visto en toda la mañana; no ha sido posible dar con su paradero.

SIGNORE

Se sabe que anoche estuvo en la *trattoria* de Cecco. Esta es la lista de las personas que allí estaban, de todas... Leedla. ¿Falta alguna?

IMPERIA

Ninguna.

PRÍNCIPE MIGUEL

Tu nombre está en esa lista...

IMPERIA

Eso prueba que el Signore está bien servido por su policía.

SIGNORE

Entonces, puede ser verdad que el Príncipe salió de la *trattoria* antes de amanecer, según parece, algo embriagado, y sostenido por Harry Lucenti y el dueño de la *trattoria* subió á vuestro coche y llegó á vuestra casa. Vos llegásteis á poco en compañía de una muchacha del Circo, una tal Donina, á quien debéis conocer, porque no es la primera vez que os han visto con ella.

PRÍNCIPE MIGUEL

El Signore sabe quién es Donina; las relaciones que te unen con ella.

SIGNORE

Lo sé todo. A excepción de las personas que, sin duda, se hallan en vuestra casa, cuantos acompañaban anoche al Príncipe están detenidos, procurando que nada trascienda; el asunto es muy delicado, y cualquier indiscreción podría comprometer á personas de calidad, que no pueden ser tratadas como vulgares malhechores. Es el amigo quien os interroga, señora. Cuantos estaban con el Príncipe aseguran que salió de allí al mismo tiempo que vos, como os he dicho. ¿Se trata de una aventura amorosa? ¿De una intriga política? ¿Es cierto que el Príncipe Florencio está en vuestra casa?

IMPERIA

El Príncipe Florencio está en mi casa. Yo le traje, ¡pero le traje muerto!

PRÍNCIPE MIGUEL

¡Muerto!

SIGNORE

¡Muerto!

IMPERIA

Sí; el Príncipe Florencio se ha suicidado.

SIGNORE

¿Qué decís, señora?

PRÍNCIPE MIGUEL

¡No es posible!

LEONARDO

¿Qué intentas?

IMPERIA

(Con firmeza.) ¡Se ha suicidado! Contra todo lo que sepáis, contra todo lo que veáis, ésta será la verdad.

SIGNORE

No puede creerse así. Nada indica...

PRÍNCIPE MIGUEL

Vamos pronto...

IMPERIA

No; oidme primero. Ha muerto asesinado; esa es la verdad, la que yo sé, la que yo he visto; pero nadie puede ser responsable de ese asesinato; y si tratáis de perseguir y de castigar; si pretendéis esclarecer la verdad, la verdad se perderá para siempre; y la mentira, la calumnia, la infamia nos envolverán á todos en el mismo crimen, á todos: desde esos miserables, que solo con su aspecto pregonan la abyección de ese Príncipe odioso, al mismo Emperador de Suavia, que bien pudo pagar á un asesino si le estorbaba el heredero del Imperio.

PRÍNCIPE MIGUEL

¡Qué infamia!

SIGNORE

¡Señora!...

IMPERIA

Sí; yo estaba allí; tu amante, la amante del heredero del trono. Nadie sabe porqué estaba yo allí; puedo acusarme y acusaros á todos; el Príncipe tiene partidarios en Suavia, y la aureola del martirio sentaría muy bien á su recuerdo. Y si queréis desengañar á todos; si queréis proclamar la verdad, decid, decid; también la diremos nosotros; decid cuál era la vida de vuestro Príncipe; contad sus crímenes y sus vicios; manchad bien su memoria, y el odio y el desprecio del mundo entero os alcanzará por igual á todos sus iguales.

ESCENA VIII

Dichos y el DUQUE DE SUAVIA

CRIADO

¡Alteza!

PRÍNCIPE MIGUEL

¿Quién es?

DUQUE

Alteza, la Princesa supo que el Príncipe estaba aquí, y quiere verle; no ha sido posible detenerla.

PRÍNCIPE MIGUEL

No; llevadla de aquí. ¡Pronto, venid!

DUQUE

Sí, no le dejéis; que no sepa... *(Salen el Príncipe Miguel, el Signore y el Duque de Suavia.)*

ESCENA IX

IMPERIA, LEONARDO y después DONINA

LEONARDO

¿Crees que no dirán la verdad?

IMPERIA

No; tienen miedo. La verdad les asusta. ¿No ves que yo conozco su verdadera vida, sus intrigas, sus crímenes, sus vicios? No hablarán: mi silencio por su silencio. El Príncipe no ha sido asesinado; nadie es culpable de su muerte; fué una pesadilla. ¿Lo ves? Puede destruirse la realidad, puede triunfarse de ella; basta querer, y huye como un fantasma.

DONINA

(Dentro.) ¡Dejadme, dejadme!... *(Entra.)* ¡Madre! ¡Madre mía!...

LEONARDO

¿Es tu hija?

IMPERIA

¡Sí, mi hija! ¿Porqué huyes? ¿Porqué tiemblas?

DONINA

¡Defiéndeme, ocúltame! Vienen por mí. No me importa la vida, pero que no me vean, que no me hablen... nada diré...

IMPERIA

¡Leonardo, llévatela lejos de aquí!

LEONARDO

No es posible salir de aquí sin que nos vean.

DONINA

¡Que me maten! Nada me importa... Pero es que he vuelto á verle... Le veré siempre...

IMPERIA

¿Tú?...

DONINA

Sí; desperté estremecida de espanto... ¡Quise huir y salí corriendo sin saber!... ¡Y le he visto, le he visto, le veré siempre!... ¡Me volveré loca!

IMPERIA

¡Silencio! ¿Oyes, Leonardo?

LEONARDO

Sí, es la Princesa... ¡Llora!...

IMPERIA

No, no escuches... ¡No es nada!...

DONINA

¡Sí, llora!... ¡Es su madre que llora!... ¡La oigo llorar! ¿Oís? Ahora más cerca, más cerca, cada vez más cerca...

LEONARDO

Vienen hacia aquí... La impiden el paso sin duda.

IMPERIA

Esperad... Ahora pasan... ¡Ah, vamos, vamos de aquí!

DONINA

¿Oyes cómo grita: «¡Hijo mío, hijo mío!»?

IMPERIA

¡Vamos de aquí, vamos!...

DONINA

¡No!... ¡La oiré siempre, siempre!... «¡Hijo mío, hijo mío!»

IMPERIA

¡No puedo más... Leonardo! ¡No eran fantasmas, no se destruye la realidad!... Penetra en nuestra vida, nos vence... Esa madre que llora por su hijo, mi hija que se muere de espanto y de pena, ¡se aferran al corazón, lo destrozan!... Yo nada puedo. ¡Suceda lo que suceda!...

LEONARDO

¡Imperia, no! Tu voluntad es fuerte... No destruyas así tu vida. ¡Lucha, triunfa!...

IMPERIA

¡No, no, déjame, no pienses en mí!... ¡Salva á mi hija, Leonardo, salva á mi hija! *(Telón.)*

FIN DEL CUADRO CUARTO

CUADRO QUINTO

Jardín en la Villa de Imperia.

ESCENA PRIMERA

DONINA, LEONARDO y NUNÚ

LEONARDO

No se trabaja más por hoy, Donina.

DONINA

Si no me canso. Por mí no...

LEONARDO

Ya lo sé; estás fuerte, ya no hay que temer por tu salud; no es la modelo, es el artista el que se cansa. ¿Y quién trabaja hoy? ¡Qué hermoso día! Si los hombres para nuestras pobres fiestas pedimos al cielo días como éste, hoy que la naturaleza está de fiesta, con mejor razón debe pedirnos que nuestros afanes no turben su divina calma. ¿Trabajar hoy? Ni con el pensamiento. Para gozar en un día así de la vida basta que vean los ojos, que la boca respire toda la luz del cielo, los olores todos del mar y de la tierra.. ¿Estás triste, Donina? ¿Porqué estás siempre triste?

NUNÚ

Tiene miedo á morirse.

LEONARDO

¿No sabes que los médicos han dicho que ya estás buena? Y ahora que eres dichosa, ¿piensas en morirte? ¿No eres muy dichosa, Donina?

DONINA

Muy dichosa; por eso tengo miedo.

NUNÚ

¿Se ve desde aquí el *yate* del Príncipe Miguel?

LEONARDO

Sí, debe verse. Allí está. Llegó esta mañana.

DONINA

¿Porqué vuelve el Príncipe Miguel? ¿No decían que iba á ser Emperador?

LEONARDO

Nada sé, Donina. Nada debe importarnos. El imperio de Suavia está muy lejos.

DONINA

Demasiado cerca todavía.

NUNÚ

¿Porqué no nos embarcamos como ayer? ¿Vamos á pasarnos aquí toda la tarde?

DONINA

¿Te aburres?

NUNÚ

Yo no; pero el aire del mar te conviene. No salimos nunca de aquí.

DONINA

¡Es tan hermoso!...

NUNÚ

Sí, pero cansa. Está uno como preso...

DONINA

¡Como preso!...

LEONARDO

(Bajo á Nunú.) ¡Qué mal finges, Nunú!...

NUNÚ

Es que no puedo más con esta vida.

ESCENA II

Dichos. IMPERIA

IMPERIA

Pronto ha terminado hoy el trabajo. ¿Es que no está buena Donina?

DONINA

No, ha sido Leonardo.

LEONARDO

Sí, yo, yo... siempre perezoso; falta muy poco para terminar.

DONINA

¡Si vieras qué parecida estoy!

IMPERIA

No quiero ver la obra hasta que esté terminada. ¿Se parece á mí cuando me conociste, cuando fuí tu modelo?

LEONARDO

No, Imperia; en las líneas hay algo, pero la expresión es otra; había más vida en ti... Donina no podría subir entre rocas y llegar á un trono.

IMPERIA

¿Para qué? No, ahora copia fielmente su dulzura triste, copia nada más, no expreses idea alguna en tu obra. Mi estatua era para que todos la admirasen, para que

triunfara eternamente... y ésta es para mí, solo para mí; sepa tu arte robar á la muerte cuanto pueda de esa vida, que no podemos salvar de otro modo.

LEONARDO

Dije que yo me cansaba, pero es que me asustó su palidez, su respirar fatigoso. ¡No hay remedio!

IMPERIA

Y aseguran que los que mueren así nunca conocen que llega la muerte... Y Donina solo habla de morir; lo conoce, lo espera...

LEONARDO

No lo creas. Es malicia de enfermo, es el mismo temor á la muerte... Ella sabe que es síntoma funesto no saber que se muere y finge saberlo para engañarse á sí misma... pero no lo cree... *(Se oye reir á Donina.)*

IMPERIA

¡Ríe!... ¡Está alegre!... ¡Es dichosa! ¿Qué haces, Donina?

DONINA

Coger flores, rosas para ti. ¿No es tu flor preferida? Me reía porque Nunú me contaba una historia á propósito de las rosas... Una historia desvergonzada... pero de mucha risa... como él las sabe... Es de las rosas del jardín de un convento; llega el diablo al convento y de cada rosal prende un diablillo color de rosa; tan de color de rosa, que más parecen angelitos... Las pobres monjas creen que están en pecado, y por no escandalizar quieren ocultarlos en sus celdas; pero los pícaros diablillos se escapan, corren, brincan... hacen mil travesuras; cantan en el coro, bailan al son del órgano, voltean las campanas en el campanario y al final... no, el final no le cuento... Es de mucha risa, pero me da

vergüenza... Cuéntalo tú, Nunú, para que se rían como yo me río.

NUNÚ

¡Qué tontería! Ven á coger más rosas.

IMPERIA

¡Ríe, ríe, Donina! ¡Ah, Leonardo! ¿Porqué perderemos nuestra vida en sueños ambiciosos? La verdadera vida es esta; la que nace de nuestro amor en nuestras entrañas... ¡La risa de un hijo es la única razón verdadera que nos da la vida de lo que vale nuestra vida!

LEONARDO

Entonces... ¿no irás á Suavia? El Príncipe Miguel que solo ha vuelto por ti... marchará solo á regir el Imperio.

IMPERIA

Afirma que si no vuelvo con él no aceptará el Imperio; que para siempre perderá en los mares su barco hacia un país ignorado, donde vivirá sin que nadie sepa de su existencia... Su espíritu indolente solo halla energía en mí.

LEONARDO

Y tú...

IMPERIA

Mientras viva mi hija, mi vida está aquí.

LEONARDO

¡Será tan poco tiempo!...

IMPERIA

Nunca he deseado como ahora detener la vida... En un día como este parece que no puede morirse nunca; que no podemos pasar por la vida como sombras para contemplar al paso la tierra, el mar y el cielo, que nos dicen á un tiempo su eternidad y nuestra muerte... ¡Se-

ría una burla cruel nuestra vida! No; algo inmortal hay en nosotros más eterno, más grande que ese mar y ese cielo.

LEONARDO

¿Pero qué hay en nuestra vida que merezca ser inmortal? ¿Lo que fuimos, lo que aparentamos ser, lo que se amó, lo que soñamos? ¿Dónde está nuestra vida verdadera? (*Vuelven Donina y Nunú con un brazado de rosas.*)

DONINA

¡Mira qué hermosas rosas de todos colores!... Tráelas aquí, Nunú... Las hemos cortado todas... ¿Qué importa? Mañana estarán otra vez cuajados de ellas los rosales.

IMPERIA

No hay flores más hermosas.

LEONARDO

Ni que más hablen de la vida. Todos los colores de la carne son sus colores; rojas como sangre, como labios encendidos; rosadas como carnes de niño; ambarinas con suave caricia de carmín, como desnudos del Ticiano; éstas, opulentas de vida, como diosas de Rubens... éstas, exangües, pálidas, como manos de virgen...

DONINA

Y éstas amarillas como la cera, como los muertos.

LEONARDO

¡Calla, Donina! No; todas viven, ninguna habla de muerte... Mira cómo viven... Así, vueltas, semejan mujercitas; como faldas, las hojas de sus corolas... Mira ésta, parece una graciosa marquesa *Pompadour* con sus *paniers* de rosa, y el tallo el talle esbelto, y estas dos verdes hojas á los lados, las mangas abullonadas. Algo le falta... verás; de un pétalo figuro una cabecita ligera

sobre el cuello fino de mi marquesita; aquellos cuellos que se afinaban para la guillotina, como dijo el poeta... Esta parece una infanta de España con su pomposo guarda-infante... Y esta de carmesí aterciopelado, triunfante dogaresa veneciana... ¿No es verdad que vueltas así las rosas parecen figurillas de mujer?

DONINA

Es verdad. ¡Qué graciosas! ¡Parecen mujercitas! Mira, Nunú... No mires, eres capaz de creer que son mujeres y enamorarte de ellas... Antes las deshojo todas. Toma, toma... *(Tirándole rosas.)*

NUNÚ

Es batalla de flores... espera. *(Tirándole rosas también.)*

DONINA

Espera tú... *(Salen corriendo y tirándose rosas.)*

IMPERIA

No puede ser la muerte, Leonardo; es feliz mi Donina.

LEONARDO

Mentirosa felicidad. Tú sabes lo que te cuesta.

IMPERIA

Sí... Donina no podría vivir sin él... á pesar de todo. Yo le obligué á venir; por miedo y por interés le tengo bien sujeto, condenado á fingir amor. El miserable quiso huir, pero yo le amenacé con hacerle llevar á Suavia acusado de la muerte del Príncipe Florencio; lo creyó... ¡Y qué importa que mienta, si mi Donina le ha perdonado y es dichosa creyéndose querida como nunca y muere feliz con su ilusión! Sin este engaño hubiera muerto desesperada con la tristeza del remordimiento y de la traición.

LEONARDO

¿Y crees que Nunú sabrá fingir mucho tiempo?

IMPERIA

No cuento con su virtud, cuento con su interés. Estoy aquí para obligarle.

LEONARDO

El coche de la Condesa Rinaldi se detiene á la entrada del jardín.

IMPERIA

La traerá el deseo de saber si vuelvo á Suavia. Habrá visto el *yate* del Príncipe. Dí que no estoy, despídela pronto. Me es odiosa esa mujer...

LEONARDO

¡Odiosa! ¿Porqué? Es otra sombra triste que pasa por la vida; eterna perseguidora de ideales... (*Sale Imperia.*)

ESCENA III

LEONARDO y LA CONDESA

RINALDI

¡Leonardo!

LEONARDO

¡Querida Condesa! ¿Os han dicho que Imperia no se hallaba aquí?

RINALDI

No he preguntado. Nadie me salió al paso. Estaba segura de encontrar á alguien. Desde que Imperia vive en familia... y vos sois de los más allegados...

LEONARDO

Siempre como artista.

RINALDI

Todo vuelve á su tiempo cuando no se fué para siempre. Pero tened cuidado; el Príncipe Miguel ha vuelto también á pesar de todo.

LEONARDO

¿A pesar de todo? Pensó volver siempre.

RINALDI

Parecía que después del suicidio del Príncipe Florencio... suicidio; advertid cómo respeto la verdad oficial.

LEONARDO

Es la única verdad; después de todo, de ella vivimos.

RINALDI

Lo malo es que la gente se atiene más á la... mentira verosímil... ¡Como nadie pudo explicarse el suicidio!...

LEONARDO

Preguntad al Signore.

RINALDI

Por él no quedaría. Un crimen hubiera asustado á la clientela aristocrática que se deja aquí el dinero... Aquí no puede nadie morirse ni matarse sino por algo agradable. Se muere uno de felicidad, y se mata por no hacer á nadie desgraciado. En fin, hemos convenido en creerlo todo. Son historias de la noche del sábado... como la de Lady Seymour.. ¿No sabéis?

LEONARDO

¿También se ha suicidado?

RINALDI

No; la he visto con un brazo en cabestrillo; una caída de automóvil. . El año pasado fué un golpe en una

ceja... caída de un caballo. Coinciden siempre estas caídas con un largo viaje de su marido, que dura dos ó tres meses... lo bastante para que se cicatricen las heridas.

LEONARDO

Físicas y morales, ¿no es eso?

RINALDI

Me atengo á la verdad oficial.

LEONARDO

Nunca nos falte. Os hallo de muy buen color y de aspecto muy saludable... y de una austeridad en la *toilette*...

RINALDI

El cambio de vida... La neurastenia se apoderaba de mí, pero el médico me impuso un régimen severísimo. «Hay que sujetar esos nervios», me dijo. «Tened presente que la neurastenia ya no está de moda; el reinado de los nervios ha concluído; se inicia el renacimiento de la musculatura».

LEONARDO

Seréis el Miguel Angel de ese renacimiento.

RINALDI

Por fortuna, no me ha costado trabajo cambiar de vida. El cielo ha querido ponerme en camino de salvación.

LEONARDO

¿Sin elefantes?

RINALDI

No recordéis esas locuras. Todo ha concluído. Figuráos que, en uno de mis paseos higiénicos por los alrededores, llegué por casualidad á la puerta de un convento de franciscanos; se me ocurrió entrar; predicaba un fraile pálido, de luengas barbas. ¡Qué sermón!

¡Cómo hablaba del amor á las criaturas y del amor divino!

LEONARDO

De la primera parte hubiérais podido predicar con más conocimiento.

RINALDI

No os burléis. Soy otra desde entonces. He vuelto á oirle todas las tardes. Es un San Francisco de Asís... He tomado á mi cargo reedificar el convento; pienso organizar una serie de fiestas.

LEONARDO

¡Pobre santo! Las de San Antonio no fueron nada.

RINALDI

No habléis así; no le conocéis.

LEONARDO

Pero os conozco.

RINALDI

Acepto los juicios del mundo como una humillación merecida; aún quisiera que todos me juzgaran peor... Por realizar mi obra, iré pidiendo de puerta en puerta. Cuento con Imperia y con vos. Me enviaréis alguna obra vuestra para la *kermesse* que organizo.

LEONARDO

Con mucho gusto. Algo alusivo... Una Magdalena. ¿La queréis antes ó después del arrepentimiento?

RINALDI

Que no esté muy ligera de ropa.

LEONARDO

Entonces antes; por el desierto ya sabéis cómo andaba; como andaréis vos dentro de poco, salvo el desierto.

ESCENA IV

Dichos, DONINA y NUNÚ

DONINA

(Persiguiendo á Nunú.) No corras, no; dame esa carta, dame ó...

NUNÚ

(Por la Condesa.) ¡Calla! ¿No ves?... Siempre lo mismo.

DONINA

Siempre lo mismo, tú...

NUNÚ

Que calles te digo.

RINALDI

(A Leonardo.) No busquéis una explicación .. Son los protegidos de Imperia... ¿Dafnis y Cloe? ¿Pablo y Virginia? Esta *villa* es el jardín del amor, por lo que veo.

LEONARDO

Del amor profano; no es para vos.

RINALDI

Diréis á Imperia el objeto de mi visita.

LEONARDO

Anunciaré vuestra conversión.

RINALDI

Primeramente; después le diréis que cuento con ella para...

LEONARDO

Descuidad.

RINALDI

Son interesantes estos enamorados. Son dos niños... Él, ¿qué edad tiene?

LEONARDO

Muy buena edad, Condesa. *(Salen la Condesa y Leonardo.)*

ESCENA V

DONINA y NUNÚ

DONINA

Dame esa carta, dame esa carta...

NUNÚ

Eso es, grita, llora, patalea como siempre; que se enteren todos, que tenga yo la culpa si te pones peor. ¿No te digo que es para Tommy? ¿No lo ves? ¿Qué quieres que le diga?

DONINA

Para Tommy... el sobre: pero dentro puede ir otra carta; puede ser convenido... Si no tuviera nada de particular la hubieras escrito sin ocultarte... me lo hubieras dicho. ¿No puedo yo saber lo que escribes á Tommy?

NUNÚ

Merecías saberlo.

DONINA

Pues lo sabré... la carta...

NUNÚ

¡Suelta, suelta!

DONINA

¡Ay, no puedo!... ¡Dios mío, me ahogo!

NUNÚ

¿Lo ves?

DONINA

¡Dios mío!

ESCENA VI

Dichos y LEONARDO

LEONARDO

¿Qué es eso? ¿Qué tiene Donina?

DONINA

Nada, nada.

NUNÚ

Está loca. Se empeñó en leer una carta que he escrito á un amigo. No puede uno vivir... Y creen que le pagan á uno porque nada le falta... ¡Si no fuera!...

DONINA

Que te pagan... ¡Si no fuera!... ¿Qué quieres decir?

LEONARDO

¡Nunú! ¿Porqué atormentas á Donina?

DONINA

No gozó nunca de otro modo; cuando he dado mi vida y mi alma por él... Porque por él me muero y por él... he matado, para que mi alma se condene.

LEONARDO

¡Donina! ¿Qué has hecho, miserable? ¡Tanto te costaba esperar!

NUNÚ

¡Esperar!... Yo he esperado bastante... ¡No puedo más! ¡Basta de esclavitud! ¿Quieres leer la carta? ¿Quieres saber lo que escribo á un amigo?... ¡Lee!... ¡Lee!...

DONINA

(Cogiendo la carta.) ¡Ah!...

NUNÚ

¡Lee!... Yo no tengo la culpa...

LEONARDO

¿Qué dice esa carta?

DONINA

(Cayendo desplomada.) ¡Jesús!...

LEONARDO

¿Qué has hecho?... ¡Donina... Donina!

NUNÚ

Yo no tengo la culpa.

ESCENA VII

Dichos. IMPERIA

LEONARDO

Imperia, Donina se muere.

IMPERIA

¡Mi hija!... ¡Donina!...

DONINA

¡Dejadme, dejadme! ¡Quiero morirme sola! ¡Todo mentira!

IMPERIA

¿Qué ha sucedido? ¡Esta carta!... ¿Qué dicé esta carta?

DONINA

¡Dejadme, dejadme!

IMPERIA

¡Ah, miserable! ¡Has matado á mi hija, has matado á mi hija!

NUNÚ

Yo no tengo la culpa. ¡Ella lo ha querido!... Bastante he soportado... Quiero mi libertad.

IMPERIA

¡Tu libertad! ¿Olvidas que estás en mi poder?... ¡Miserable, miserable! Yo creí que bastaba poner buen precio á tu alma para hacer de ella lo que se quisiera... bueno ó malo... Pero no era la vida que tú llevabas la que te hacía ser malo; era tu corazón perverso, tu alma hermana del Príncipe Florencio; ¡alma de infierno como la suya, incapaces de amor y de piedad!

DONINA

¡Dejadle ir, dejadle ir! ¿Porqué le obligaste á mentirme? ¿Porqué mentiste tú también? Eres libre, Nunú, yo te perdono... No tendrás que esperar mi muerte con impaciencia para cobrar tu engaño... No le niegues nada. Fingió bastante... Yo sé la verdad... ¡Que me muero!... Es la única verdad que le debo.

IMPERIA

Esa carta la escribiste para que llegara á sus manos, estoy segura. Sabes asesinar á mansalva.

NUNÚ

No es verdad. Fué ella...

IMPERIA

¡Vete, sal de aquí! No des tiempo á que Donina no pueda pedirme tu perdón. ¡Sal de aquí, pronto!

NUNÚ

¿Así?...

LEONARDO

Descuida. Se te pagará. *(Salen Nunú y Leonardo.)*

DONINA

¿Porqué has mentido? Si todo lo que era mi vida era mentira, ¿cómo puedo vivir?

IMPERIA

¡Donina!

DONINA

Y para ti también es un estorbo mi vida. Te esperan allí... El Príncipe de ese Imperio de maldición, de ese Imperio de hielo... Allí está el barco blanco con sus hombres pálidos... El que ha de llevarte á ese Imperio que ambicionas.

IMPERIA

¡No, no, Donina! ¡Aquí siempre, aquí contigo!... Verás alejarse ese barco como un fantasma blanco, y yo siempre contigo, ¡siempre! La verdad de nuestro cariño será la única verdad de nuestra vida. ¡Contigo siempre, siempre!

DONINA

Esperando mi muerte... como él la esperaba.

IMPERIA

¡No, Donina! ¡Tu vida, que es mi vida!...

DONINA

Antes que el barco, como un fantasma blanco, me iré yo para siempre, sin sentir... como una sombra que pasó por tu vida.

IMPERIA

¡No, mi Donina, hija de mis entrañas... del único amor de mi vida!... Como sombras puede pasar por nuestra vida... todo... todo... Solo queda lo que vivió en el corazón.

ESCENA VIII

Dichos, LEONARDO y el PRÍNCIPE MIGUEL

LEONARDO

Imperia... El Príncipe...

IMPERIA

¡Ah! ¿Porqué vienes?

PRÍNCIPE MIGUEL

Nada me contestaste. Esperé todo el día...

DONINA

Viene por ti.

IMPERIA

No iré.

DONINA

Sé la verdad. Te juro que me mataré si, por mentir, todavía eres más cruel quedándote aquí á esperar mi muerte.

IMPERIA

¿Qué dices?

DONINA

Dime que no esperarás, que hoy mismo... ¡Juro que me mataré antes que ser un estorbo en tu vida! ¿Irás?...

IMPERIA

Iré... hoy mismo. Ahora, déjame... Leonardo, acompaña á Donina.

LEONARDO

¡Donina!

DONINA

No, no es nada... Ya estoy tranquila, ya sé que es la muerte. *(Salen Leonardo y Donina.)*

ESCENA IX

IMPERIA y el PRÍNCIPE MIGUEL

PRÍNCIPE MIGUEL

¿Vendrás?

IMPERIA

Iré.

PRÍNCIPE MIGUEL

Sin ti no hubiera vuelto nunca.

IMPERIA

¿Hubieras renunciado al Imperio?

PRÍNCIPE MIGUEL

Seguramente. Si ya es difícil conseguir para uno mismo una amable tranquilidad... piensa lo que será para un Imperio. Millones de seres humanos que pretenden ser dichosos y esperan su felicidad de nuestras sabias leyes...

IMPERIA

No hables así. ¡Qué cobardía! ¡Renunciar á un derecho divino! Los millones de seres humanos de tu Imperio no lograrán por ti su felicidad. ¡Ni á los que están más cerca de nuestro corazón podemos hacer felices! ¡La muerte y el dolor son invencibles; pero el esfuerzo, solo por vencerlos, ya nos iguala á Dios! Tú nada sabes de la vida: ni el bien ni el mal tienen sentido claro para tí; para mí, sí. Yo he luchado en mi vida como puede lucharse en muchas vidas... La miseria, la vergüenza, el odio, crueldades, injusticias... todo lo he padecido; por eso puedo decirte: «Haz obra de amor y de justicia, y tu Imperio será glorioso entre todos.»

ESCENA X

Dichos y LEONARDO

LEONARDO

Donina duerme; gracias á un calmante pude conseguir que durmiera. Si has de partir, mejor es ahora; la despedida sería muy triste. Yo quedo aquí á su lado.

IMPERIA

¿Qué dices? ¿Marcharme? ¡No, no!

PRÍNCIPE MIGUEL

Tráela contigo.

IMPERIA

Sería matarla. ¡No, no!

LEONARDO

¡Si su muerte es inevitable!

IMPERIA

Aún vive. ¡No! Aquí, con ella... ¿No puedes esperar? ¡Oh! ¡No... es horrible! ¡Esperar!...

LEONARDO

Alteza, dejadla ahora. Os aseguro que irá.

PRÍNCIPE MIGUEL

Imperia, si no vienes antes de anochecer, mi barco partirá sin mí, llevando mi abdicación. Yo volveré aquí á tu lado, á nuestra vida. Y el imperio de Suavia se habrá perdido para ti como un sueño. *(Sale el Príncipe.)*

IMPERIA

¡Leonardo!... ¿Qué debo hacer? ¡Soy tu Imperia, tu idea! Dame tu voluntad. ¿Qué debo hacer?

LEONARDO

Tu vida es tuya, tu voluntad es tuya. ¿No sabes dónde está tu vida?

IMPERIA

Sí, mi vida es tu idea... mi sueño... Iré, iré... Pero mi hija... ¿Dices que duerme? Quiero verla.

LEONARDO

Te faltará valor.

IMPERIA

No. ¡Quiero verla, quiero verla!

LEONARDO

¡No te irás si la ves!... ¡Imperia!... ¡No irás, no irás!... *(Entra Imperia. Leonardo escucha. A poco vuelve Imperia.)* ¡Imperia!...

IMPERIA

¡Duerme!... Besé su frente, y no se ha despertado.

LEONARDO

¿Besaste su frente?

IMPERIA

Debo partir, ¿verdad, Leonardo?

LEONARDO

¡Sí!... ¡Triunfa, Imperia! ¡Es la idea que triunfa! Pero antes dime, quiero saberlo: cuando besaste á tu hija...

IMPERIA

¿Qué quieres saber?

LEONARDO

¿Su frente estaba fría?

IMPERIA

Sí. ¿Quieres saberlo? ¡Está muerta! ¡Y no me detiene su muerte! ¿Te espanta?

LEONARDO

Tu alma es grande. ¡Me espantas y te admiro!

IMPERIA

Para realizar algo grande en la vida hay que destruir la realidad; apartar sus fantasmas que nos cierran el paso; seguir, como única realidad, el camino de nuestros sueños hacia lo ideal, donde vuelan las almas en su noche del sábado, unas hacia el mal, para perderse en él como espíritus de las tinieblas; otras hacia el bien, para vivir eternamente como espíritus de luz y de amor. ¡Adiós, Leonardo!

LEONARDO

¡Adiós, Imperia!

IMPERIA

Es el beso del alma que me diste, ¡grande como tu idea!

FIN DE LA OBRA

ÍNDICE

Págs.

Alma triunfante (drama en tres actos dividido en cuatro cuadros). 7
El automóvil (comedia en dos actos y en prosa.). . . 69
La noche del sábado (novela escénica en cinco cuadros). 183

OBRAS COMPLETAS

DE

JACINTO BENAVENTE

Cartas de mujeres. Quinta edición esmeradamente corregida.

Figulinas. Segunda edición notablemente corregida y aumentada.

TEATRO

Tomo primero.

El nido ajeno (comedia en tres actos, en prosa). *Gente conocida* (escenas de la vida moderna, divididas en cuatro actos).—*El marido de la Téllez* (boceto de comedia en un acto).—*De alivio* (monólogo).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo segundo.

Don Juan (comedia de Molière en cinco actos).—*La Farándula* (comedia en dos actos).—*La comida de las fieras* (comedia en tres actos y un

cuadro).—*Teatro Feminista* (apropósito en un acto), música del maestro D. Pablo Barbero.—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo tercero.

Cuento de amor (Twelfth night or what you will), de Shakespeare, comedia fantástica en tres actos y un prólogo).—*Operación quirúrgica* (comedia en un acto).—*Despedida cruel* (comedia en un acto).—*La gata de Angora* (comedia en cuatro actos).—*Viaje de instrucción* (zarzuela en un acto y cuatro cuadros), música del maestro Vives.—*Por la herida* (drama en un acto).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo cuarto.

Modas (sainete en un acto).—*Lo cursi* (comedia en tres actos).—*Sin querer* (boceto de comedia en un acto y en prosa).—*Sacrificios* (drama en tres actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo quinto.

La gobernadora (comedia en tres actos).—*El pri-*

mo Román (comedia en tres actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo sexto.

Amor de amar (comedia en dos actos).—*¡Libertad!* (comedia en tres actos de S. Rusiñol).—*El tren de los maridos* (comedia en dos actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo séptimo.

Alma triunfante (drama en tres actos).—*El automóvil* (comedia en dos actos).—*La noche del sábado* (novela escénica en cinco cuadros).—Precio: 3,50 pesetas.

EN PRENSA

Tomo octavo.

Los favoritos (comedia en un acto).—*El hombrecito* (comedia en tres actos).—*Porqué se ama* (comedia en un acto).—*Mademoiselle de Belle-Isle* (comedia en cinco actos de A. Dumas, padre).—*Al natural* (comedia en dos actos).

Tomo noveno.

La casa de la dicha (drama en un acto).—*No fumadores* (entremés en un acto).—*El dragón de fuego* (drama en tres actos y un epílogo).

Tomo décimo.

Richelieu (drama en cinco actos, de Bulwer Lytton).—*La Princesa Bebé* (escenas de la vida moderna), comedia en cuatro actos.

Teatro fantástico. Segunda edición notablemente corregida y aumentada.

EN PREPARACIÓN

En Madrid y en varias casas (novela).

Para los pedidos de estas obras dirigirse á D. Antonio López Gómez-Salas, Alcalá, 172 (Pasaje Moderno, hotel núm. 5), Madrid; y en Barcelona á los Sres. Toledano López y C.ª, Elisabets, 4, librería.

Se acabó la impresión de este tomo VII, en el Establecimiento tipográfico de Fortanet, el 30 de Octubre de 1904.

BINDING SECT. JUL 9 19[illegible]

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
6603
E6A19
1904
v.7
c.1
ROBA